

FRANK LESLIE Illustration Americana

Entered according to Act of Congress, in the year 1866, by FRANK LESLIE, in the Clerk's Office in the District Court for the Southern District of New York.

Año 1^o

NUEVA YORK, 28 DE NOVIEMBRE DE 1866.

Número 6.



EL GENERAL ROBERTO EDMUNDO LEE, COMANDANTE EN JEFE QUE FUE DEL EJERCITO CONFEDERADO EN VIRGINIA.

Al Alto Magdalena.

En mis primeros años
Con otras compañeras
Llegaba á tus riberas
¡Oh río encantador!
Con el gozo inocente
Que es propio de la infancia,
Igual á la fragancia
De la exquisita flor.

Acia tus frescas ondas
Saltaba de la Peña,
Agil, viva, risueña,
Colmada de placer,
I rápida jugaba
Como feliz ondina
En tu agua cristalina
Que hoy triste veo correr.

Erame el mundo entonces
Bellísimo y divino,
De flores mi camino
Miraba tapizar;
Sin temer que mas tarde,
Después de adolescente,
Doblegaran mi frente
Los dardos del pesar.

Hoy vuelvo á tus orillas
Dó gozo en tu frescura,
Magnífica hermosura
Y mágico esplendor.
Vengo á calmar los males
Que amargan mi existencia,
Pues solo tu presencia
Mitiga mi dolor.

Tú, siempre hospitalario,
Dulce, gentil, hermoso,
Me ofresces generoso
Tu excelsa magestad.
En tus riberas hallo
La dicha apetecida,
La calma que á mi vida
Robó la sociedad.

Recibe, manso río,
Mi desacorde canto,
Pobre eco del quebranto
De una infeliz mujer,
Que tierna te profesa
Profunda simpatía,
Pues llenas de alegría
Su contristado sér.

M. S.

JULIA

Ó ESCENAS DE LA VIDA EN LIMA.

ROMANCE POR BENJAMIN LUIS CISNEROS.

(Continuacion.)

VII.

Julia había realizado todas sus esperanzas, y alcanzado cuanto soñara su caprichosa fantasía. Habitaba una hermosa casa, vivía rodeada de suntuosos muebles, de deslumbrantes espejos, de magníficas cortinas de damasco, de aterciopeladas alfombras de tripe y gozaba de todas las comodidades que en Lima pueden proporcionarse para la vida. Joven, hermosa y casada con un muchacho rico, su amor propio debía estar completamente satisfecho. Era una notabilidad de elegancia y de belleza. Alberto la había relacionado con la aristocracia y, enrolada en ella, frecuentaba todos sus círculos. No se daba una tertulia de buen tono sin que se la invitara, y su persona era en todas ellas, una cosa notable. Alguna que otra vez se presentaba en el teatro en compañía de algunas familias distinguidas, ó se la veía en la alameda ocupando un asiento en el carruaje de otras. Solo cuando se daban óperas ó conciertos, la afición á la música la atraía constantemente al teatro. Entonces era ella quien conducía á su palco á diversas de aquellas amigas.

Como tú sabes, estas son las únicas distinciones que nuestros hábitos y nuestro estado social permiten á la aristocracia. Un momento después, las familias que han formado parte de la concurrencia en el teatro ó en la alameda, se hallan en una íntima conversación sobre las impresiones que acaban de recibir, y al día siguiente se encuentra instalado en un hotel un grupo de elegantes jóvenes. En el diálogo de estos y de aquellas, se escuchan estas palabras:

— ¡Qué elegante estaba anoche en el teatro Edelmira M...!

— ¡Qué vestido tan rico el de Sofia E...!

Esas palabras compendian la pobre gloria á que aspiran nuestras inocentes hijas de familia. Hé allí la celebridad á que había aspirado y que había alcanzado Julia.

Sabia yo todo esto por mis amigos, pues, en cuanto á mí, llevaba una vida de aislamiento, huía de toda ocasión en que pudiera encontrar á la señora de X... y aun me había impuesto la prohibición de pasar por la calle que habitaba.

A mi regreso fui visitado por D. Antonio, y supe por mi madre que Pepa, con una solicitud de hermana, había mandado donde ella para saber de mí á la llegada de todos los vapores. Me encontré, pues, en la necesidad de retornar un día la visita del señor R... y, por otra parte, quería manifestar á Pepa mi gratitud por el tierno cariño que la inspiraba. Un domingo cumplí con este deber.

D. Antonio habitaba una nueva casa. Al entrar fui sorprendido por el humilde aspecto de las habitaciones, y distinguí en la sala, notablemente deteriorados, los muebles de la antigua. Había en todo no sé qué cosa de desmantelado y descolorido.

La confianza de Pepa me reveló todo lo que había pasado durante mi ausencia, las circunstancias que habían acompañado al matrimonio de Julia y las que se habían seguido á su separación de la casa. A pesar de que todas las formalidades exteriores habían sido digna-

mente llenadas, D. Antonio y su hija se habían conservado inflexibles en su repugnancia por el enlace realizado. Alberto se había apercibido de esa oposición y, una vez separada Julia del lado de D. Antonio, le había prohibido volver á la casa, ó para expresarme con mas precisión, volver á ver á su tío. Dominada Julia por el mismo sentimiento, había accedido á esta exigencia, y la cumplía con un rigor extraño. Este precepto por una parte, y las prevenciones que existían por la otra, habían originado la mas estricta interdicción entre ambas familias. Solo Pepa iba, uno que otro domingo ó día de fiesta, no muy repetidos, á pasar algunas horas en casa de su prima.

La misma conducta, aunque mas fundada, había observado el joven X... respecto de Da. Clara. Había comprendido que, si en clase de soltero le era permitido visitarla y llamarla galantemente su amiga, una vez casado, no debía admitirla en su casa ni permitir que Julia conservase la amistad de una mujer que excitaba la murmuración y quizá la reprobación pública. La señora de S... había sido desterrada de la casa de X... merced á uno ó dos desaires bien estudiados.

Pero ¿de dónde provenía la desgraciada situación económica de D. Antonio?

El pobre viejo me declaró, profundamente afectado, que había sufrido un gran quebranto en su fortuna y que no conservaba, deducido el valor de la finca propia, ni la cuarta parte de lo que ántes poseía en capital disponible. Los desembolsos extraordinarios para sostener una decencia superior á sus fuerzas durante las visitas de Alberto y la amistad de Da. Clara, los convites retornados, las *soirées* improvisadas, la compra de un piano que había pagado bien caro y los regalos para Julia el día de su boda, habían dado fuertes golpes á aquel capital y consumido insensiblemente una suma notable. Por otra parte, le había parecido hasta cierto punto indigno dejar que su sobrina se uniera á un hombre de la posición de Alberto, que, andando el tiempo, podía echarle en cara la pobreza y la desvalidez en que la tomaba por esposa, sin que llevara á su enlace algunos bienes de fortuna. Con este pensamiento, y creyendo cumplir un deber de familia que reclamaba su conciencia, había entregado á X... al día siguiente al de su boda, una letra de cuatro mil pesos que constituía la dote de Julia. De esta manera veía el buen anciano reducido insensiblemente su capital á la pequeña suma de dos mil pesos que, unidos á la finca, estaban afectos á la dote de Pepa.

La consiguiente disminución de su renta le había hecho concebir que, tomando otra casa proporcionada á su pequeña familia, compuesta solo de su persona y de su hija, podría arrendar la que ocupaba, y realizar de esta manera un ahorro. La idea fué inmediatamente puesta en ejecución, entrando como causa principal el pensamiento de alejar á Pepa de la peligrosa vecindad de Da. Clara.

De este modo la señora de S... había quedado completamente aislada de las señoritas R... y solo una que otra vez venía á visitar á Pepa. Reconocióse á pesar de todo que abrigaba para sus amigas un interés verdaderamente sincero. Por muy extraviado que se halle el corazón de esta clase de mujeres, jamás deja de ser accesible á ciertos sentimientos de ternura y no es extraño que conserven profundas y cordiales afecciones.

El sueldo de oficinista, unido á las entradas de que he hablado, proporcionaba á D. Antonio una renta mensual que le era suficiente para vivir en una escasa medianía. Lo mas digno de observarse y lo que por momentos entristecía á este inocente hombre, era que si él se había arriesgado á llevar cierta vida, á efectuar ciertos gastos y á satisfacer los caprichos de las muchachas, lo había hecho en la persuasión de que, comprometida su sobrina á casarse conmigo y enamorado Alberto de Pepa, iba muy pronto á realizar todas sus esperanzas, estableciéndolas al fin y quedando completamente libre. Calculaba dividir entonces su capital en dos dotes iguales, cedernos para vivir unidos la antigua casa y retirarse tranquilo á pasar los últimos años de su vejez sin otra renta que su haber de empleado. Desgraciadamente los acontecimientos habían truncado todos sus planes. No estaba satisfecho del matrimonio de Julia é inculpaba fuertemente á su falta de prevision, á su ceguera y á su condescendencia.

No encontré palabras con que condenar la vanidad é irreflexión de las familias que solo por hábito, sin meditar jamás lo que hacen y alocinadas por un mútuo y falso ejemplo, malgastan durante el año en sedas, en adornos y en una multitud de objetos innecesarios y caprichosos un capital que, reservado, podría formar al fin el patrimonio de sus hijos y ser el sosten de una nueva familia.

El torrente impetuoso de ostentación y de lujo que arrastra á nuestra sociedad, sin conciencia del término, había encontrado un momento en su camino al severo D. Antonio; y como sucede á todo el que obedece á su impulso, llegado el día de la expiación, se encontraba en presencia de su falta y en la hora del arrepentimiento. La conciencia de que el enlace de Julia no era feliz y el recuerdo de la esterilidad con que había visto desaparecer gran parte de una fortuna, recuperada merced á algunos años de tramitaciones y fallos judiciales, lo afligía profundamente. Su inquietud por lo primero y su pesar por lo segundo aumentaba al reflexionar que, después de haber entregado á Alberto la dote de Julia, se había orientado, por repetidos y fidedignos informes de que Alberto jugaba!

La verdad es que las circunstancias poco felices en que se encontraba y los acontecimientos que las habían creado no tenían su origen en faltas ni defectos suyos sino en nuestros vicios sociales.

Cada veinte días ó cada mes consagraba una visita á Pepa. Aquel era para mí un día de verdadero júbilo al que me preparaba como para una fiesta.

Encontraba un consuelo desconocido, ó, mejor dicho, yo no sé qué pena oculta, hallaba

un vago alivio en ir á pasar dos ó tres horas en esta casa y en compañía de esta familia.

Cuando oía el nombre de Julia en boca de mis amigos, me causaba despecho y tristeza; pero en los labios de Pepa estaba lleno para mí de gratos recuerdos. Tenía no sé qué perfume de santidad y de pureza que me hacía soñar con el pasado.

Esa pena eran los celos. Ese perfume santo era el amor. ¿Para qué ocultarlo? Amaba á Julia con el mismo delirio y con la misma llama que el día en que por primera vez había estrechado su mano contra mi corazón enamorado. Y sin embargo—¿lo creerás?—no la había visto ni una sola vez después de mi regreso.

Era la mañana de un domingo de mayo. Había pasado una noche de insomnio y la aurora me había sorprendido despierto. Me levanté, y con el propósito de oír misa me dirigí hacia la iglesia de San Pedro, tomando la calle de Tagle.

La mañana estaba fresca. No había sol, y el rocío caído durante la noche había humedecido un poco las baldosas de la vereda.

Una multitud de gente salía del templo. Yo caminaba preocupado con la vista en el suelo por temor de pisar en el lodo. De repente ví dos pequeños piés que, ceñidos por delicados botines, caminaban hacia mí. Alcé los ojos y percibí los contornos de una hermosa mujer. El cuerpo era esbelto y la cabeza altiva. El tul de una lujosa basquiña ocultaba su rostro. La manera graciosa con que su mano delicada, cubierta por un guante negro, levantaba la falda del vestido me llamó la atención. Llevaba un traje de seda azul oscuro, guarnecido por tres bobos bordados de terciopelo negro que, suspendidos, dejaban ver tras de sí el ancho y rico encaje de la enagua. En la otra mano llevaba un pequeño devocionario con pasta de ébano incrustada de concha de perlas de colores. El aspecto revelaba una limeña elegante y de alta sociedad. Como caminábamos de frente, pude fijar en ella una mirada escudriñadora para percibir sus facciones resguardadas por el tul.

¿Sería efecto de la casualidad ó de la coquetería? Yo mismo no pude adivinarlo. La verdad es que un momento ántes de pasar á mi lado se levantó el velo.

Era Julia!

Había renunciado desde el principio á hacer un retrato detallado de esta. El hombre apasionado adivina, sorprende y descubre en las facciones, en las miradas, en las líneas, en los contornos vaporosos, en los movimientos ingenuos, en las actitudes infantiles y muchas veces hasta en los defectos de la mujer que ama, secretas bellezas que solo se revelan al alma enamorada. Estos encantos ocultos, estas revelaciones íntimas, estos misterios entre el ídolo y el idolatra, á que se habitúan el pensamiento y la vista, son inaccesibles á los indiferentes. La facultad de percibirlos es intrasmisible y la palabra humana no alcanzará jamás á revelarlos. Es la reproducción interior, única, misteriosa, exclusiva de una sombra que se ha creado solo para nosotros, que tiene como un santuario en nuestra alma, que la contemplación continua del amor ha delineado poco á poco en secreto, que la felicidad ilumina con todos sus colores y que ignora el mundo entero, excepto nosotros mismos. Juzgo imposible describir á Julia, tal como yo había llegado á trasfigurarla, como la veía y como la amaba. Pero llego á un momento en que no puedo dejar de bosquejarla con ligeros rasgos.

La verdadera limeña, la limeña joven, existe bajo dos formas distintas. Bajo la primera es una hada pura, aérea, tierna, ágil y espiritual que apenas toca al suelo con su planta. Bajo la segunda es un tipo cándido, negligente y esencialmente voluptuoso, aunque siempre delicado y divino. Podría decirse que esta sombra se roza con el polvo de la tierra: pero si es así, la roza purificándolo. Julia era á mis ojos la completa realización de este último tipo.

Distinguiábase sus facciones por la graciosa pureza de líneas que posee la generalidad de nuestras mujeres hermosas. Cuando se la veía con frecuencia y de cerca, esa pureza llegaba á hacerse perfecta. Su cutis terso, suave y moreno como el azahar tostado por el sol pero no marchitado, dibujaba un rostro mas redondo que agudo. Las pestañas largas, negras y arqueadas de sus ojos debilitaban, adormecían y suavizaban el fulgor de sus pupilas.

Los ojos negros realizan para mí un gran misterio físico y estético de la naturaleza. Círculos de fuego y oscuridad, de llama y lobreguez, de irradiación y sombra, Dios ha querido manifestar al crearlos lo infinito de su poder y lo inagotable de su fecundidad, condensando en el radio de una pupila todas las tinieblas de un abismo é impregnándolas con la luz reunida de todos los astros del firmamento. Los de Julia reverberaban, iluminaban y enloquecían al mismo tiempo. Tenía en uno de los párpados una imperceptible inflexión que, según he observado, no es muy rara en la limeña. Esa inflexión prolonga la pestaña y da á la pupila un rayo de íntima alegría, rayo que parece salir desde el fondo del alma, que brota al reírse mi centellas y que pudiera llamarse la sonrisa perpetua de la mirada.

Su cuerpo ligero, aunque un poco abandonado á sí mismo, estaba dividido por una cintura de niña sobre la cual se equilibraba un talle arqueado hacia atrás con cierto aire de magestad. Su pecho levantado y saliente era de estatua. Los pliegues del traje dibujaban al desprenderse de su cintura las líneas de dos arcos laterales que describía la vaporosa ondulación del vestido con la suavidad de una pluma de cisne. Esta notable belleza envolvía la parte inferior de su cuerpo en una atmósfera flotante de voluptuosidad y le daba algo de exclusivo en esa gracia indefinible que solo la limeña posee al caminar.

El pié, mas pequeño aun que la mano hacia saltar el peso de la boca, si se me permite la expresión, cuando un descuido lo dejaba deslizarse—valiéndome de un verso de Zorrilla—por bajo la ola del traje. El brazo era un modelo perfecto que desearían todos los escultores de la Italia.

Los labios no solo tenían el color sino toda

la apariencia de una hoja de rosa cortada y amoldada bajo tal forma. No poseían el brillo que en otras mujeres, lo que dejaba resaltar, cuando se reía, unos dientes diáfanos, transparentes é iguales como dos pequeñas diademas de nácar. Pero lo que mas embellecía y chocaba con la blancura radiante de esos dientes, era la sombra proyectada por un pequeño hoyo que se le formaba en el vértice de la boca con la gesticulación de la risa. Ese hoyo, capricho encantador de la naturaleza, es cualidad exclusiva de las mujeres de nuestra raza, y no se podrá definir jamás todo el atractivo, toda la hermosura, toda la seducción que tiene en la limeña. Si Julia hubiera sido desheredada de toda belleza física, le habría bastado esa sola para verse, como se había visto, rodeada de adoradores, desde su mas tierna juventud.

Recuerdo haber visto en una de las galerías de pintura de París un cuadro que representa á Rafael en una calle de Roma copiando, para una de sus vírgenes, la fisonomía de una campesina de la ciudad eterna. Mas de una vez me he preguntado en presencia de ese cuadro, si el pincel de ese genio no habría idealizado mas el tipo de sus vírgenes conociendo el de las mujeres de nuestro cielo; y después de amar á Julia, he pensado siempre, haciendo abstracción de las leyes del tiempo, que si Rafael se hubiera encontrado por casualidad en presencia de mi amada, como por casualidad se había encontrado en una calle con la campesina de Roma, pálido y demudado se habría detenido sin duda ante ella, pedido su paleta, arrebatao á sus colores los tintes mas puros, y golpeado con la mano su frente, habría demandado para copiarla su último secreto á la inspiración, su última revelación á los cielos!

Tal es el molde en que Dios había vaciado, ó para expresarme mejor, en que Dios ha vaciado, amigo mío, esa criatura angelical. Concibe la palidez con que el matrimonio había teñido sus mejillas, sin quitar un rayo de esplendor á sus ojos; dále la negligencia de la limeña al caminar, cierto desden estudiado y el esplendor de una visión repentina; pon en su frente la auréola de la juventud dichosa, y comprenderás la impresión que esa mañana me estaba reservada.

El corazón me palpitó con violencia. Me sentí embarazado en la acción, y solo un momento después pude darme cuenta de mis impresiones. La salud con una amabilidad forzada que indicaba la satisfacción del orgullo.

Ella me contestó sonriendo.

Entonces me asaltó el pensamiento de volver y hablarla. Pero el amor propio me detuvo.

No pude, sin embargo, contenerme, y un momento después había olvidado mi orgullo para hacer una cosa peor. Volví y la seguí de lejos hasta la puerta de su casa. ¿Con qué objeto? Yo mismo no lo sé.

Seguir una mujer en compañía de un amigo es un capricho entretenido, agradable y galante. Seguir la solo es una acción de niño, extravagante y embarazosa. Hay á pesar de todo no sé qué secreto encanto en seguir con la vista á la mujer que se ama cuando se la encuentra en la calle, y en ir tras de sus pasos contemplándola de lejos. En una sala, jamás ha pasado ante mí, aérea y voluptuosa, una mujer á quien haya creído amar, sin seguir con la vista los pliegues ondulantes de su traje, y sin que haya rebosado de una sensación inefable. En cualquiera otra actitud la mujer oculta parte de su hermosura. De pié, ostenta toda la belleza de sus formas; caminando, revela toda la gracia de sus contornos. En la calle parece que purificara el aire que respira, que divinizará el polvo que huella, que levantará á su alrededor una atmósfera santa á que no se osa llegar y que dejara tras de sí como una estela de perfume.

Me habría creído humillado si Julia se hubiera impuesto de que la seguía. Sin embargo, cuando la ví cruzar el dintel de su puerta y desapareció tras ella la última ondulación de su vestido sin que se apercibiera de mí, experimenté una amargura secreta é indefinible.

VIII.

Ocho días después pasaba por la puerta del gran almacén de Porta en la calle de Bodegones. Ese lugar es siempre un ramo de flores mas ó menos bellas, mas ó menos humildes. Al fijar la vista en el fondo del almacén percibí á Julia. El mismo aturdimiento, el mismo saludo, la misma sonrisa y el mismo pensamiento de seguirla.

Esta vez fui mas dichoso. Se apercibió de mi intención, y á ratos volteaba como por casualidad la cabeza para ver si la seguía aún. Es preciso declarar que las mujeres no saben todo el mal que hacen con esas miradas furtivas de curiosidad que pueden traducirse por interés.

De esta manera el acaso me traía la tentación. La tentación me arrastraba y mi amor mal dormido revivía.

La tarde de un domingo volvía de toros. La belleza de un día de otoño había atraído una inmensa concurrencia á la alameda. Sus alas estaban pobladas de gente á pié y la calle del centro de caballos y carruajes. Me acompañaban algunos amigos. De repente vimos pasar un hermoso coche ocupado por cuatro figuras de estatua que deslumbraron nuestros ojos y que se hubieran tomado por el grupo caprichoso de una fantasía del escultor.

—Allí va Julia X...! exclamó uno de mis amigos.

— Es decir, la encarnación de la hermosura y de la voluptuosidad, dijo otro siguiendo con la mirada la carrera del coche.

— Mientras tanto el desgraciado Alberto se halla en la plaza del brazo con su amigo el coronel T...! dijo un tercero con un tono equívoco entre la chanza y la malignidad.

— ¿Qué quieres decir? preguntaron varios á la vez.

Yo tenía en los labios, trémulo de emoción, la misma pregunta.

— Me es extraño que Vds., lobos de esas cosas, no lo sepan. El coronel T... vive en

las piezas del patio de la casa de Julia y Alberto pasa las noches en el juego.

— ¡Y bien?

— Lo demás es excusado.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para dominarme.

— Imposible! replicó uno.

— Yo refiero lo que me han asegurado.

Sentí impulsos de abofetear á ese hombre.

— Cuando se habla de esa especie de hechos, es preciso poseer una prueba evidente, dije yo con un acento de gravedad. Creo sin embargo que no se deben revelar sin objeto.

— Es que hay cierta clase de necios que de-
testo; y Alberto X... es uno de ellos. No tengo prueba alguna, pero la mas evidente de lo que digo es que comienza á hacerse público.

El que se expresaba en estos términos, no conocia mi historia con Julia. Sus palabras no me hicieron tanto mal como el tono de seguridad con que fueron pronunciadas. Sin embargo, ese hombre acababa de declarar que no poseia prueba alguna de lo que afirmaba. El coronel T*... es el mismo que encontré en casa de Julia la noche en que fui presentado en ella.

— Lo mas original, agregé nuestro interlocutor con una torpe brusquedad, nacida de un carácter apasionado y vulgar, es que, Alberto no ignora, al parecer, lo que sucede; y que hace algunos meses el lujo de la casa se mantiene por sí solo.

La curiosidad de todos estaba profundamente excitada.

— Habla claro! exclamó una voz.

— Quiero decir que mientras el azar ha tratado desastrosamente á Alberto en el tapete, parece que la suerte ha protegido al viejo coronel.

— Hé allí el destino de los jugadores! La mala estrella de unos es la buena de otros.

El diálogo hubiera seguido mas adelante. Pero creo que el amigo que me daba su brazo sintió felizmente el estremecimiento del mío. Una señal hizo comprender á todos que esa conversacion podia afectarme. Mi rol de mártir fué respetado.

En medio de las alegres carcajadas de mis amigos, continuamos nuestro camino, deteniéndonos por momentos para recoger esas palabras encantadoras que solo salen de los labios de las tapadas. Mientras mis compañeros tomaban la ofensiva sobre ellas, yo permanecia aislado, triste y pensativo.

Cuando atravesamos el puente, volvia el carruaje en que habiamos dividido á Julia. Fijé la vista en ella con altivez y la saludé con el mayor desembarazo. Me parecia que la conciencia de su falta debía humillarle ante mí.

Cuando quedé solo y reflexioné tranquilamente, terminé por dudar de lo que acababa de oír.

Siempre me ha llamado la atención en el espíritu de nuestra sociedad cierta tendencia á aceptar sin reserva el mal que se nos dice de otro. Esa tendencia va alcanzando un peligroso exceso que solo puede explicarse por la ligereza irreflexiva que constituye el carácter del país. No estamos tan desheredados de virtudes sociales que debamos concebir sin resistencia entre nosotros todos los crímenes. El que oye referir una accion imputable ó ridícula, no se cuida de obtener la prueba, y aunque se encuentre de por medio el honor de un hombre, corre bajo las impresiones del momento y de la excitacion que nos inspira una imaginacion naturalmente novelesca, á transmitir el hecho á otros que, á su vez, le prestan, sin meditar, el carácter de autenticidad y lo reproducen con él. Esto sucede en toda esfera y en todo orden de cosas, especialmente si el hecho está constituido por un escándalo público ó doméstico. De esta manera se ven muchas veces manculados la probidad de un magistrado, la honra de un marido, la reputacion de una hija ó el nombre de una familia entera que ignora tal vez una fábula, que ha recibido ya el asentimiento general. Formando un círculo vicioso, sirve entonces de prueba ese mismo asentimiento imprudentemente prestado. Hay entre nosotros hombres que entran por moda en la indignacion pública. Hay personas de cuya vida entera se apodera el espíritu del mal ó del ridículo y á quienes se atribuye sin cesar repetidas y falsas acciones que se creen sin excitacion. De esta facilidad para aceptar la calumnia, depende que tengamos una conciencia exagerada de nuestra relajacion social, en verdad, menos grave de lo que se cree. El desconocimiento de nuestras propias virtudes es la fatal consecuencia á que nos ha conducido la predisposicion irreflexiva á prolijar la calumnia. Esa insensata predisposicion del espíritu de nuestra sociedad se ha convertido en una loca mania. Ella arrastra aturdidamente á cada cual, sin pensar que mañana puede, á nuestra vez, hacernos víctimas suyas en nosotros mismos ó en nuestras mas caras afecciones.

Yo me pregunté si la revelacion que habia escuchado no debía su origen á una calumnia sin fundamento, puesto que el que acababa de transmitírmela no hacia mas que repetirla, segun sus propias palabras.

Yo habia dividido siempre en el fondo del carácter de Julia una noble y altiva elevacion del sentimiento de su honra. Nadié mas que yo que habia conocido en casa de D. Antonio la atmósfera de pureza en que su alma de niña habia respirado y vivido; nadie mas que yo, que habia estudiado profundamente su corazón de virgen y que la habia elegido para esposa, podia comprender hasta qué punto se hallaba arraigado en ella el amor de la virtud. No me explicaba, por otra parte, qué género de circunstancias podia haberla arrastrado hasta faltar á su deber, por un hombre como el viejo y cojo coronel T*... .

Como quiera que fuese, la verdad es que la sociedad murmuraba sordamente esta acusacion y que, aunque sin corroborarla, llegaron hasta mí repetidos rumores, ecos de otros rumores á su vez.

Si mi profesion no me hubiera rodeado en esos dias de graves atenciones, me habria vuelto loco. Por instantes me dominaba con tal

fuerza el recuerdo de la falta que se atribuía á Julia, que hubiera querido preguntar á cuantas personas venian á hablarme el grado de verdad que habia en ella.

Una mañana acababa de dejar la cama y, como de costumbre, leia el "Comercio" que habia encontrado sobre mi mesa.

El nuevo dia levanta en la memoria el recuerdo del anterior como la orilla que dejamos al otro lado de ese abismo tranquilo y misterioso de que no tenemos conciencia y que se llama sueño. El alma piensa con dolor en las horas que no volverán; y así como en la última hora de la noche buscan y recorren las impresiones íntimas del dia que acaba de pasar, expansiva por naturaleza, al despertarse en la mañana, busca por instinto y recorre por hábito esas hojas de papel diarias, fugaces y vivientes en que la civilizacion ha llegado á consignar las impresiones, borrascosas á veces, casi siempre monótonas, que constituyen el movimiento providencial de las sociedades y de todo lo que existe al rededor nuestro.

Leia, llevado por una estúpida curiosidad, esas dos páginas escritas con lodo que contiene siempre el "Comercio" y que se llaman *Comunicados*, muchas veces carteles impresos con caracteres de fuego que se colocan sobre la frente de algunos hombres y de familias enteras. No tardé en percibir un artículo que tenia por epígrafe—Alberto X... Era una revelacion escrita en ese estilo brutal de sarcasmo, tan comun entre nosotros, que basta para dejar en duda, si no para destruir, la reputacion de cualquier hombre.

Alberto habia sido arruinado en el juego. La necesidad lo habia obligado á servirse de algunas cantidades de la casa cuyo cajero era. Descubierta por esta, comprometido en otros créditos y abrumado con la vergüenza de su falta, habia huido, embarcándose en el último vapor con destino á Chile.

Dudé de lo que leia, me vestí precipitadamente y un cuarto de hora despues estaba en casa de D. Antonio.

Mi presencia hizo prorumpir en lágrimas y sollozos al pobre viejo y á su hija.

Los tres permanecieron en silencio algunos momentos.

Pepa me refirió al fin la dolorosa escena que acababa de pasar en casa de Julia.

(Concluirá.)

Las Mujeres de la Revolucion Francesa.

LA SEÑORA TALLIEN.

I.

No se trata aquí de la belleza de las heroínas pálidas, melancólicas, llorosas, sofocadas y nocturnas, se trata de la belleza en todo su esplendor, rebotando en juventud, respirando vida por todos los poros, alegría y luz. Es fuerte porque la sangre circula en sus venas generosa y ardiente, porque la pasion la arrebatada y compele á acometer cualquier aventura. Pero no representará el papel de amazona, como Teroigne de Mericourt, porque en ella la gracia sobrepuja á la fuerza, porque no es tres veces mujer sino para ser amante, esposa y madre.

Para pintar á la señora Tallien, un historiador de la escuela realista se contentaria quizas con la filiacion que se lee en el registro de la cárcel de la Petite-Force.

Teresa Cabarrus, mujer de Fontanay.

Edad, 20 años.

Naturalidad, Madrid, en España.

Ocupacion, ninguna.

Residencia, Versailles.

Estatura, 4 pies 11 pulgadas.—Cabellos, castaños.—Cejas, ídem.—Frente, comun.—Ojos, pardos.—Nariz, regular.—Boca, pequeña.—Barba, redonda.

En el dia se saca el retrato fotográfico de todos los criminales célebres, lo que sin duda alguna servirá de mucho á los historiadores futuros; pues que en vez de una filiacion que no dice nada, habrá un retrato que diga todo. Lamartine pinta un poco mejor á la Señora Tallien. Segun este escritor, era ella una jóven española de deslumbrante belleza, "nacida en Madrid, de madre valenciana, que habia robado Cabarrus. El fuego del mediocidio, la languidez del Norte, la gracia de la Francia, reunidas en su persona, hacian de ella la viva estatua de la belleza de todos los climas." Todavía este no es mas que un retrato vago. Conforme á estas líneas flotantes y mezcla de colores, confieso que me cuesta sumo trabajo formarme una idea exacta de Teresa Cabarrus. Encuentro ahí solamente el rayo de sol de España y los tonos nebulosos de la Francia; pero el historiador, segun su costumbre, ha querido pintar el alma y el corazón, sin cuidarse mucho del exterior.

Con mas viveza nos la pintaron los periódicos de moda del Directorio. Un historiador de esa época, M. de Cassagnac, es pintor mas hábil:—"Todos los contemporáneos estan de acuerdo, dice, en dar de la señora Tallien una idea maravillosa, reuniendo su belleza en el grado mas eminente estas dos cualidades tan difícilmente asociadas: la extrema pureza de los lineamientos y exquisita gracia, la magestad que impone y la elegancia que seduce."

La señora Tallien no era solamente bella por la perfeccion de sus facciones, sino por el encanto de sus maneras. No repetiré aquí los versos de La Fontaine, porque las españolas tienen algo mas seductor que la gracia, quiero decir, un no sé qué deslumbrante que penetra; sus ojos parece que emiten un rayo de dicha, de amor y poesia.

II.

La señora Le Brun tambien ha pintado á la señora de Fontanay, tratando un tanto los colores de fuego de otros pintores. En su retrato, cargado de luz, la jóven sonríe y sueña;

parece que contiene los latidos de su corazón y el fuego de sus ojos bajo el velo de un recuerdo cariñoso. No se descubre sino á medias la impetuosidad de su espíritu; sin embargo, ¡cuanta elocuencia en aquella mirada abstraída, y en aquella boca de ángulos recogidos!

No solo poseia la señora Tallien la belleza estatuaría, poseia el encanto penetrante, á la vez vivo y dulce; su boca hubiera sido muy voluptuosa si no se hubiera revelado la burla en el ángulo de sus labios, si el chiste no se pintara en su sonrisa criolla. Su risa era la mas bella imaginable, acompañada de labios de púrpura y perlas vivas, bella risa que parte del corazón, iluminada por los dientes. Sus ojos profundos, pero radiantes; en ellos se pintaba su corazón como se ve el cielo en el fondo de un río. Sus grandes pestañas hacian sombra á aquella luz viva y derramaban dulzura voluptuosa, como las ramas que quiebran los rayos del sol.

Conocia la antigüedad, habia visto todas las bellas estatuas, y habiéndose comparado con ellas, ha podido exclamar: Yo tambien soy hermosa!

Conociendo la antigüedad, aprendió el arte de peinarse. Dióle la naturaleza la mas hermosa cabellera, larga como un manto real, copiosa y ondeante como un río de ébano. Sus hermosos cabellos que se dirian plantados por Cleomenes ó Praxiteles, cubrian voluptuosamente la frente, como la verdadera corona de la juventud y la belleza.

Una línea firme y fina, con ventanas movibles, indica la nariz adherida á la frente con fuer destacándose con gracia fugaz por cima de los contornos de las mejillas y los labios. La barba se presenta sin traspasar el rasgo consagrado por las Gracias; aun allí hay energia, templada por la gracia ondeante y femenil. Hasta la oreja está adorablemente esculpida y tallada; tiene su fisonomía: se ve que comprende el espíritu ántes de oírlo.

Sus manos y pies tenian toda la limpiez del desnudo: en las fiestas del Directorio la señora Tallien, siempre hacia pedazos sus guantes y llevaba en sus sandalias de oro la pierna al aire, que apenas cubrian los anillos del mismo metal.

III.

DUPLESSIS Bertaut, que habia cantado el 9 termidor, porque era poeta de corazón, como era pintor, ha representado á la señora Tallien, en la danza de la clámide, que es una de las virtudes de la Corina de la Señora Stael, pero que fué el triunfo de aquella española afrancesada, desprendida en aquel dia de los frescos de Pompeya.

La señora Tallien, la de Beauharnais, la de Recamier, vestidas, como se decia entonces, por el amor de Dios, tal era la casta desnudez con que aparecian en los bailes, llevaban al brazo una clámide. Así que los violines daban la señal, se las veia gravemente lanzarse al teatro de sus gracias, y, armadas de esta tela ligera, como se decia en el tiempo de las peripecias, tomaban las actitudes mas voluptuosas y las mas castas por el modo con que se embobaban. Ya la "tela ligera" era un velo que ocultaba lo amoroso ó la emociion de lo amoroso; ya era un ropaje para defender el pudor escandalizado; ya era un cinturón, el cinturón de Venus, que enlazaba las manos de las Gracias y que desataba la mano del amor. Oera la liga española, ó la nube de Willis. No pueden imaginarse comedias mas adorables; no dió jamas la ópera fiestas semejantes: las Sainval y las Contat se confesaban vencidas por estas comediantas del teatro universal. ¡Cuántas veces, tambien las señoras Tallien, Recamier y Beauharnais no fueron arrebatadas, semi-muertas al camarín vecino, por la ola dorada de los entusiastas. De cada una de ellas se ha podido decir como Víctor Hugo:—"Amaba demasiado el baile, este fué quien la mató." Pero el baile no ha matado jamas sino á las que no danzan(*).

Carle Vernet, como Duplessis-Bertaut, ha transmitido á la posteridad las actitudes de las bellas atenienses, que querian que cada uno de sus pasos y de sus movimientos expresasen algo á lo vivo; recordando lo que ha dicho el poeta:—"La danza es una poesia que marcha." Recordaban ellas que la danza es una musa, y que Tersicore hablaba tan alto como una estrofa de Orfeo. Queriendo decir mucho, las danzantes del Directorio se convertian en esfinges; porque debemos advertir que aquel era el tiempo en que se bailaban en la ópera las *máximas* de LaRochehoucauld.

Lleva la fecha de 1794 el retrato de la señora Tallien hecho por Debucourt. Se hizo para la vuenta de Burdeos, ántes de que la hubiesen metido en la cárcel de la Force. Esta era la época en que ella hacia el papel de amazona y de patriota; habia predicado en Burdeos en la iglesia de los Recoletos; su elocuencia acababa de asombrar á la Convencion.

Está pues representada en sus dias de aventuras republicanas; la pluma al aire, el puñal al cinto, resuelta á todo, aun á subir á la guillotina con semblante sereno. Se puede ver por este retrato que el entusiasmo cívico no ha borrado el encanto de la sonrisa. La amazona ha quedado mujer, la soberanía del pueblo no ha podido alterar la soberanía de la gracia; en vano busca la elocuencia en sus discursos sobre la caridad, su verdadera elocuencia descansa siempre en su hermosura.

Una miniatura de santo, que me ha enseñado la señora marquesa del Hallay, representa á la princesa de Chimay en 1824. Pero ¿dónde está la señora Tallien? La moda de la Restauracion, con las mangas de pierna de carnero y los peinados en pirámide, desfigura esa belleza

(*) Un historiador de la señora Recamier confiesa que el amor de la danza duró en el corazón de esta mujer célebre tanto como su vida. Durante el triste invierno de 1812 á 1813, que pasó desterrada en Lion la señora Recamier, un dia, para entreteer el fastidio y sin duda para traer á la memoria el recuerdo de otro tiempo, se propuso darme una idea de la danza del chal. Danzó ella. Nada mas gracioso ni mas pintoresco que aquella sucesion de cadencias, cuyas actitudes hubiera querido fijar por medio del crayon.

de estilo. La princesa está pintada en traje de baile, con dos cordones de oro por cinturón. Ya está muy marchita la mujer esbelta del termidor; allí se descubre un lujo de salud á la Rubens; aquella es la manera tercera, la manera flamenca, subida de color: bajo la flamenca, han desaparecido la española toda fuego, la francesa toda gracia. Por dicha la princesa se revelaba siempre en la viveza de la sonrisa, por dicha el estilo termidoriano aun reina en los semibucles de la frente y en los camafleos de las espaldas.

Isabey la ha pintado en el baño, como ha hecho Gérard con la señora Récamier. ¿No es el agua traje ménos transparente que las telas del Directorio? Este retrato es encantador; es Venus que sale de las aguas, como diria un poeta mitológico. La señora Le Brun pintó la jóven, Isabey pintó la mujer: esto era en los mas bellos dias de la señora Tallien: tenia los hombros redondos, mas orgulloso que nunca se revelaba el seno, todo el busto habia tocado á su desarrollo, como los lindos albércighos nutridos de masa, teñidos de rosa, próximos á caer de la espaldara.

IV.

Son raros los retratos de la señora Tallien; por error es como se ha indicado en un libro moderno una heliografía pretendiendo que es tomada de un cuadro del Museo de Versailles. La señora Tallien no se halla en ese museo, ni en el del Louvre, ni en ningun otro de Francia ni del extranjero. No sé adonde ha ido á parar el retrato pintado por la señora Le Brun, que he visto poco ha, ni un dibujo de Prudhon, que no he visto y que poseia M. Marcille, si no estoy equivocado.

Habia un retrato de la señora Tallien, que la representaba en uno de los calabozos de la Force; iba á partir para el tribunal revolucionario, es decir, para el cadalso; le habian cortado el cabello, para no demorarse en el tránsito fúnebre de la Force al Palacio de Justicia, y del Palacio de Justicia á la barrera del Trono. Este retrato se exhibió en el Salon de 1796. El cuadro se atrevia á hacer la historia contemporánea, ¿qué digo la historia? la sátira del Terror. Porque David se cruzaba de brazos. El ministro del interior habia dicho á los artistas: "La Libertad os invita á trazar sus triunfos, transmitid á la posteridad las acciones que deben honrar la patria. ¿Qué artista frances no siente la necesidad de celebrar la grandeza y la energia que la nacion ha desplegado, la potencia con que ha ordenado los acontecimientos y creado sus destinos? Se han multiplicado en torno de vosotros los asuntos que tomábais en los pueblos antiguos. Tened orgullo, carácter nacional, pintad su heroísmo, y que las generaciones que os sucedan no puedan reprocharos no haber parecido franceses en la época mas notable de nuestra historia!" Pero el estilo era perdido: los pintores no son historiadores sino por capricho ó por pasion.

En esa exhibicion fué cuando apoyada muellemente al brazo de Barras, la señora Tallien, que habia sido á su vez pelinegra y rubia, reina del dia y de la noche, se presentó de nuevo con los cabellos negros y brillantes y en bucles, para hacer aun entonces una revolucion: quedó proscriba la peluca rubia por la peluca negra.

¡Cuántas veces habia cambiado de diadema aquella hermosa cabeza! De la corona de acianos de la muchacha de Caravanche al sombrero de flores de Fontenay á las rosas de la corona de azahares del gorro rojo? del sombrero de plumas á la amazona, á la corona de diamantes á la maravillosa!

En la familia de Chimay existe un retrato en pie de la señora Tallien, entonces condesa de Caraman, pintado por Gérard. Esta es una obra de estilo, algo fiera y fria, que no pinta sino á medias aquella mujer tumultuosa, toda fuego y actividad.

En los momentos en que trazo estas líneas, Auber, que se llama M. Auber, como se llama Ingres M. Ingres, con una sola expresion me pinta á la señora Tallien: "es mi contemporánea." El ilustre músico se ha hallado en todas las fiestas de la princesa en Paris y en Chimay. ¿Qué digo? Su padre la presentó en la *chamrière* de la Avenida Montaigne, al dia siguiente del termidor. Fué en casa de la Sra. Tallien, algunos años mas tarde, donde dió su primera ópera: y como era predestinado, tuvo por primer violin á su jóven amigo Ingres, que hacia novillos en el taller de David.

He aquí como M. Auber, pintor á su manera, hace de una sola palabra el retrato de la hermosa de que se trata:—"Cuando aparecia ella en el salon, hacia dia y noche, el dia para ella, la noche para las otras."

V.

El retrato mas parecido á la señora Tallien, es la señora marquesa del Hallay, su hija. Tal es esta, tal fué aquella. M. Emilio de Girardin, que se crió en el hogar de la princesa de Chimay, á quien vió aun en toda su belleza, me decia una noche delante de un muy elevado personaje:

—Ha comprado V. un retrato de la señora Tallien, pero yo no conozco mas que uno que vale mucho mas, porque está mejor dibujado y mejor pintado, porque es mas vivo, porque no le falta la palabra.

Y diciendo esto me enseñó á la señora marquesa del Hallay.

—Ah! Sí, le dije inclinando la cabeza, *Tere via Cabarrus fecit.*

A. HOUSSAYE.

A una mujer llena de gracias, sincera y leal recta en sus juicios, noble en sus inclinaciones, pura en sus pensamientos, ¿qué le falta para ser un ángel en la tierra? Debe sentirse bastante grande para ser humilde, bastante bella con su virtud para no ser vanidosa.

LA ESPOSA CIEGA.

SUCESO TRÁGICO DE LAS PALIZADAS.

I.

HACE COSA de noventa años que existía á pocas millas de distancia del fuerte Lee en el Hudson, y no muy lejos de la orilla de este hermoso río, una de aquellas buenas casas antiguas de familia que los ricos Knickerbockers de los primeros tiempos se complacían en edificar. El suelo del patio era de ladrillo bermejo traído de Holanda; pero el del comedor y de los lados de los inmensos hogares era de aquellas losetas blancas y azules que presentan un aspecto tan agradable de limpieza y de frescura. Los cuartos eran muchos y confusamente distribuidos, y tan espaciosos como una casa entera de los tiempos modernos. Los muebles eran adecuados por su tamaño y su consistencia, estando calculados para sobrevivir á algunas generaciones. En el comedor había un aparador inmenso hecho en Amsterdam para el

Muchos y variados eran los cuentos que se referían del origen de esta fantasma, y muchas y variadas las descripciones que se daban de su aspecto; pero la que gozaba de mas boga era la de una señora desdichada á quien había envenenado su marido; cual á otra Desdémona con sus propias almohadas por haberla sorprendido en una cita nocturna con un hermoso joven holandés, en un lugar retirado de la casa que se conocía todavía con el nombre del "paseo del espectro."

Que esta desasosegada persona era mujer se tenía por cosa cierta, porque en la tranquilidad de la noche se oía siempre una voz quejosa que resonaba al rededor de la casa, y á menudo se percibía distintamente el crujir de un vestido de seda anchuroso barriendo el corredor que conducía al cuarto del espectro. Y era tal la fé que la servidumbre ponía en esta tradición, que ni por amor ni por dinero hubiera ninguno de ellos osado atravesar aquel corredor despues de oscurecer.

La casa estaba rodeada de siembras que habían sido dispuestas con mejor gusto del que solían ostentar nuestros antepasados de Holanda, y cultivados con la mira de producir un efecto pintoresco. Una parte del jardín estaba formada al gusto reinante un siglo atrás, y se veía un cuadro consagrado á la antigua idolatría de los Holandeses: el tulipan; en lo que se apreciaba el doble mérito de que todas las semillas habían sido traídas de la metrópoli, y así eran descendientes genuinos de alguna de las famosas raíces ya consagradas en la historia.

Entre los paseos favoritos había uno formado de siemprevistas recortadas con tanta igualdad que remedaban muros, y tan unidas y tupidas que presentaban un antepecho impenetrable. Conociase con el nombre de "Carrera del Amador;" y de trecho en trecho se encontraban en él asientos en que el pasajero cansado ó contemplativo podía tomar reposo y disfrutar del sosegado aspecto de la naturaleza, apartado de todas las importunas vistas de los lugares circunvecinos. Muchos votos de amor se habían articulado entre estos verdes muros, y muchos gajes de amor habían sido allí dados y recibidos por los que yacían desde mucho tiempo atrás en el polvo y el olvido.

Del punto mas elevado del lugar se descubría la orilla opuesta del río desde algunas millas mas arriba de Tarrytown por un lado, hasta la ciudad de Nueva York por el otro. Tal era la mansion de Bertha Leigh, último vástago de su raza, conocida en todos aquellos contornos como el Angel ciego del Hudson. No tenía mas parientes que un primo llamado Fe-

derico De Groot, que la respetaba y quería como si fuese su hermano, y que militaba á la sazón en clase de soldado del ejército de patriotas de Trenton. Ciega de nacimiento, había contribuido la falta misma de la vista á fortalecer en ella las facultades mentales y morales, cultivadas con el mayor esmero por los autores de sus dias, á quienes había perdido tres años ántes de la época en que comienza nuestra historia.

Ni eran ménos notables los encantos de su persona: la forma de su cuerpo era elegante, y su amable fisionomía vaciada en el molde mas fino de la belleza delicada podía servir de modelo al pintor ó al escultor; porque sus bellos ojos azules no presentaban en su exterior señales perceptibles de que estuviesen privados de la inapreciable facultad de ver. Sus cabellos eran de color de oro claro y muy abundantes: su carácter angelical; y pudiera presumirse que la naturaleza se había olvidado de dar luz á sus ojos para dar mas realce á sus otras prendas y virtudes. Vivía en el apartado retiro de su

II.

Era una de las mas hermosas mañanas de Junio, y Bertha y Emelina estaban sentadas en el valle de siempreviva que hemos descrito. Emelina había estado leyendo á su señora, y se hallaban debatiendo acerca del significado de un pasaje del libro que les había llamado particularmente la atención, cuando su mayordomo Hans Peter, encarecido en el servicio de su familia, se acercó á donde estaban y entregó á Emelina una carta que acababa de traer el correo de Nueva York.

—Señora, aquí tiene V. una carta de su primo Federico, le dijo Emelina.

—¡Gracias á Dios, exclamó Berta con fervor, que ha salido con bien de las batallas! Léemela, Emelina.

La cual abrió la carta y leyó lo que sigue:

"Mi querida prima y santa. . ."

Berta se sonrió y dijo:

—Si mi querido primo me viera algunas ve-

soldado de nuestra santa causa. Recíbelo como á mí mismo.

"Si él pudiere prolongar algun tanto su visita, destínelo el cuarto del espectro que, segun dice, será el mayor incentivo que tendrá para dormir una noche en la mansion de los Leighs. Recuérdame afectuosamente á tu otra tú, la buena Emelina.

Tu amoroso primo,

FEDERICO DE GROOT."

—Muchas veces, dijo Berta, he oído hablar á mi primo de ese amigo como si fuera lo que con verdad dice que eres tú para mí, otro él.

—Pues debe ser muy bueno, señora, si es el amigo predilecto de su primo. Pero pensémos en que hay que preparar el cuarto del espectro. ¡Qué idea tan particular! A la verdad, yo no creo nada de espectros; pero, con todo, no me gustaría dormir en aquel triste aposento.

Berta se sonrió, se levantó, y tomando el brazo de Emelina, se encaminaron ambas á la casa.

Una visita á aquella retirada mansion era todo un acontecimiento, y ofrecía á todos una distracción agradable. Hans Peter se dedicó á escoger los mejores vinos y los mas exquisitos bocados para obsequiar al anunciado huésped.

III.

Leonardo Courtlandt llegó al dia siguiente, y la ciega señora de la casa le hizo el recibimiento con su acostumbrada gracia y cortesía.

Al ver aquellos hermosos ojos apenas podía él creer que careciesen de la preciosa facultad de la vista. No recordaba haber visto jamás una hermosura tan cabal, y los encantos de su conversacion completaron la conquista que comenzaron á hacer su talle y su fisionomía. No pocas veces se había sonreído con incredulidad al oír las alabanzas que con prodigalidad hacia de ella su primo; pero ya le parecía que no había acertado á hacerle justicia siquiera: la dignidad en sus modales, sus muchas prendas, su voz argentina y la dulzura de su carácter, formaban en su imaginación un bello ideal como no había sido jamás concebido por ningun pintor ni poeta. Y no fué ménos viva la impresion que hizo él en Berta: su juiciosa conversacion causó en ella un encanto indefinible, y cuando se retiró á su aposento por la noche, le dijo á Emelina que hasta entónces no le había sido nunca tan penosa su desgracia, que la privaba de la facultad de ver á una persona de tanto mérito. Igualmente animadas fueron las alabanzas que hizo su compañera pintando la hermosa varonil de su semblante y la elegancia de su persona.

Cuando á la mañana siguiente anunció él la intencion de proseguir su viaje, le instó ella con su sinceridad habitual á que prolongase su permanencia si no era incompatible con las exigencias del servicio militar. Estaba él demasiado encantado con su patrona para negarse á tan agradable complacencia, y por tres dias sustituyó á Emelina en acompañar á su señora, pasando las horas bien en paseos por los jardines ó cantando con

ella en el salon de música. Emelina contemplaba con placer la impresion que uno y otro se habían hecho mutuamente, y ya se pintaba en la imaginación un tiempo futuro en que Leonardo representaba el papel de señor de las vastísimas tierras de los Leighs.

La mucha estimación que hacia de él Federico era para ella prueba suficiente de que era digno de su idolatrada señora, y con la afición á los cambios propia de su sexo, veía con júbilo que la monótona soledad de la casa sería alterada con la presencia de un amo.

Leonardo, como hombre de naturaleza poética y simpaticadora, encontró en el defecto mismo de Berta un motivo mas para amarla. Su desvalimiento era para él un título irresistible. No obstante, era celoso y de suma sensibilidad, si bien adornado de virtudes incuestionables.

—¿Qué importa que le falta la vista?" decía



LA ESPOSA CIEGA.—"Y ELLA SIGUIÓ ADELANTE, Y DIÓ UN PASO MAS, Y CAYÓ EN EL FONDO DEL PRECIPICIO."

derico De Groot, que la respetaba y quería como si fuese su hermano, y que militaba á la sazón en clase de soldado del ejército de patriotas de Trenton. Ciega de nacimiento, había contribuido la falta misma de la vista á fortalecer en ella las facultades mentales y morales, cultivadas con el mayor esmero por los autores de sus dias, á quienes había perdido tres años ántes de la época en que comienza nuestra historia.

Ni eran ménos notables los encantos de su persona: la forma de su cuerpo era elegante, y su amable fisionomía vaciada en el molde mas fino de la belleza delicada podía servir de modelo al pintor ó al escultor; porque sus bellos ojos azules no presentaban en su exterior señales perceptibles de que estuviesen privados de la inapreciable facultad de ver. Sus cabellos eran de color de oro claro y muy abundantes: su carácter angelical; y pudiera presumirse que la naturaleza se había olvidado de dar luz á sus ojos para dar mas realce á sus otras prendas y virtudes. Vivía en el apartado retiro de su

—Señora, aquí tiene V. una carta de su primo Federico, le dijo Emelina.

—¡Gracias á Dios, exclamó Berta con fervor, que ha salido con bien de las batallas! Léemela, Emelina.

La cual abrió la carta y leyó lo que sigue: "Mi querida prima y santa. . ."

Berta se sonrió y dijo: —Si mi querido primo me viera algunas ve-

ces cuando estoy triste, no hablaria de mi con tanto entusiasmo.

—No podria ser exagerado en eso, replicó afectuosamente su compañera, cogiendo al mismo tiempo la mano de la joven ciega que llevó á sus labios y besó con ternura.

—Ah! parlera engañadora, dijo Berta, lee la carta.

"Mi querida prima y santa: —Aprovecho un correo que envía el general con pliegos para el fuerte Lee, para escribirte unos reglones cuya brevedad dispensarás. Dentro de uno ó dos dias sabrás cuanto me ha pasado, porque un amigo mio, el teniente Courtlandt, con quien durante tres años he participado de los peligros de la campaña, ha obtenido licencia para ir á ver un tio suyo en Albany; y me ha prometido pasar por casa de camino. Este es un verdadero caballero muy instruido, y asimismo un valiente

ella en el salon de música. Emelina contemplaba con placer la impresion que uno y otro se habían hecho mutuamente, y ya se pintaba en la imaginación un tiempo futuro en que Leonardo representaba el papel de señor de las vastísimas tierras de los Leighs.

—¿Qué importa que le falta la vista?" decía



GENERAL J. G. ORTEGA, DE MÉJICO.

para sí, tanto mas necesitará valerse de la mía: no podrá prescindir de mí y será verdaderamente otro yo, como debe serlo toda persona



UNA SERPIENTE ATRAYENDO Á UN PAJARITO.

amada. Yo atraeré todos sus pensamientos; no tendrá rival en su corazón: ¿qué felicidad conducirla á las mas hermosas perspectivas, y

comunicarle sus bellezas por el órgano de mi vista! Le describiré el esplendor de las estrellas y el glorioso espectáculo de la naturaleza. Recibirá de mí diariamente el sustento mental. Ah! cuando descansaba su brazo en el mio esta mañana, dejándome guiar sus pasos, sentí que nuestras almas se comunicaban en silenciosa armonía. Así soñaba despierto.

Bien pudiera ser, sin embargo, que la riqueza y vastas posesiones de Berta fuesen no poca parte en la disposicion de Leonardo á adorar la amable y hermosa criatura que hallaba de improviso en su camino; porque aunque de familia antigua y opulenta no era él rico por sí, y hasta el instante en que fué llamado á lidiar por la independencia de su patria, no habia sido mas que estudiante muy aplicado.

Su afición á la literatura y su natural libre de pasiones lo habian preservado de las locuras y las disipaciones de la juventud, y era tan alta la opinion que tenia de él Federico que muchas veces habia pensado en el placer con que le delegaría la curata de su prima, si no fuera porque la falta de la vista hacia imprudente su matrimonio.

Pero esta desgracia no ofreció objecion al jóven estudiante; y antes que volviese á unirse con sus compañeros de arma ya la encantadora ciega del Hudson era la prometida de Leonardo Courtlandt.

IV.

Quedóse sorprendido Federico cuando supo el compromiso contraido por su amigo, habiendo tenido siempre por imposible que Berta se casara; pero se reconcilió con esta idea luego que tuvo con su amigo una conversacion muy seria, en que le puso de manifiesto las obligaciones solemnes que tomaba á su cargo para con una criatura tan desvalida y tan buena.

—Amigo mio, le dijo, en ella todo es verdad y pureza. Casi es excusado decirte que eres el único hombre en quien tengo fé suficiente para confiarle su felicidad futura. Grandes son los peligros de la guerra, y si muero, será para mí un consuelo saber que dejó á la persona que mas quiera, al cuidado de un hombre tan noble, tan generoso y tan prudente como tú.

Terminada la guerra con la rendicion de Cornwallis, no habian pasado seis meses cuando se vió la iglesia del pueblo inmediato á la mansion de los Leighs convertida en escena de un acontecimiento extraordinario para aquellos sosegados lugares; porque allí entregó Berta su mano y sus riquezas al valiente soldado y aventajado escolar Leonardo Courtlandt, á cuya proteccion entregó Federico De Groot la ciega pero amabilísima heredera.

No cabia mayor felicidad que la de su vida conyugal: como si el entusiasmado esposo no hubiese comprendido bien hasta entónces las virtudes y prendas de la tierna Berta, su union se hacia cada dia mas perfecta. Nada era tan delicioso para Leonardo como prevenir sus deseos y satisfacer sus necesidades. Le leia los libros favoritos que ella estaba acostumbrada á oír de boca de Emelina, y que ahora leídos por un escolar le presentaban en cada palabra una significacion nueva y le ofrecian doble interés que ántes. Todas las mañanas la llevaba á pasear por sus tierras y derramaba en sus encantados oídos descripciones de belleza natural con que ella no habia ni soñado jamás. Berta no se cansaba nunca de escuchar su voz, y con la sencillez de su corazón le decia que ella daba gracias á la Providencia de una privacion que la hacia la mas feliz de las mujeres, por ser él así una necesidad y una bendicion para su existencia.

Emelina veia que su empleo habia caducado; lo que de vez en cuando despertaba en ella algunos celos de la noble y meritoria persona que la habia sustituido en su tarea.

Participaban tambien los campesinos de las cercanías de la felicidad de la heredera, porque apoyada en el brazo de su esposo solia ir á visitar á los enfermos, á consolar á los dolientes, y á ayudar á los pobres con la modesta generosidad que le quita el aguijón á la limosna, y con la juiciosa benevolencia que estimula al desgraciado sin dar alas á la negligencia. Su asistencia á la iglesia, ántes muy rara, se hizo regular y constante, sirviendo de ejemplo á todos los vecinos. Y así corria la vida feliz de

que Leonardo y Berta disfrutaron por muchos meses despues de su matrimonio.

Pero á pesar de tener Leonardo un corazón noble y muchos recursos mentales, habia en su naturaleza algo de variable.

Buscaba estímulos, y á una generosidad propia de príncipe juntaba un egoismo y un genio caprichoso que crecia en él con el tiempo. Luego que se hubo disipado la deliciosa novedad de tener bajo su entera dependencia una criatura tan encantadora y tan completamente desvalida, comenzó á indignarse de su propia apatía y resolvió combatirla; pero, como el corazón es tan sutil, él mismo se forjó su disculpa. Se imaginó que Berta no lo escuchaba con el reconocido afán que al principio; y en lugar de desechar este pensamiento al nacer, lo alimentaba como una especie de justificacion propia que á menudo rumiaba en abstraído silencio. Cuando ella notaba esto y chancéandose afectuosamente le preguntaba si lo habia incomodado, le contestaba él con petulancia; y en una ocasion en que ella prorumpió en lágrimas, la acusó él de malagradecida y exigente.

Apénas habian sus labios pronunciado estas palabras conoció él toda la fuerza de su crueldad; pero no le permitió su orgullo reparar la falta, y el resto del paseo se hizo en silencio, de mera terquedad por parte de él, y de resignada sorpresa por parte de su esposa. En llegando á su casa la dejó al cuidado de Emelina y se fué él á la biblioteca, que era un gran cuarto que daba al campo. Allí procuró calmar su desabrimiento con la lectura, pero volvía una página y otra sin saber lo que leía, y disgustado de sí mismo convirtió su rabia contra su amable consorte.

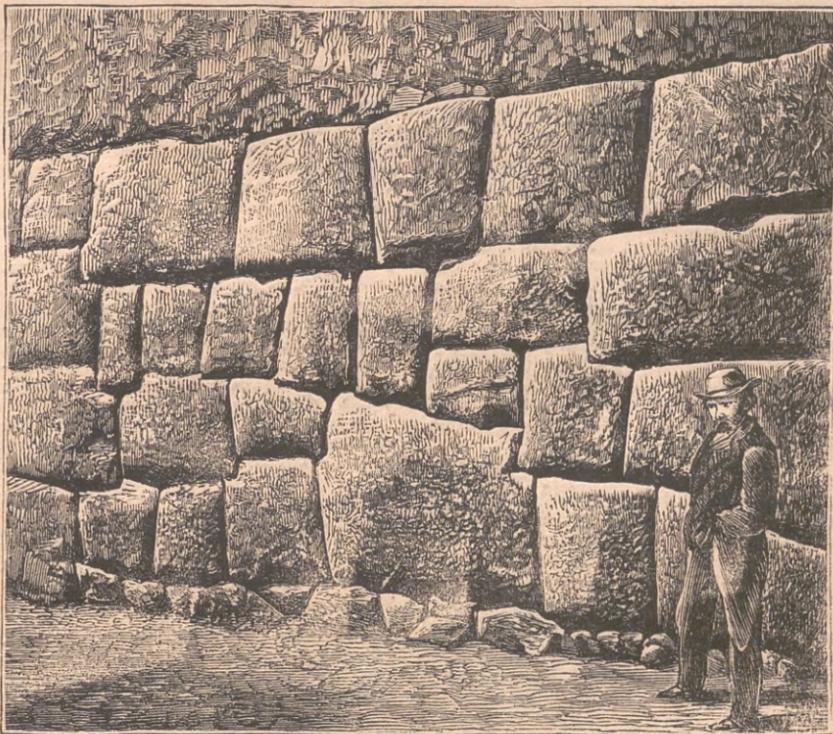
—¿Qué horrible locura haberme hecho cargo de un ente tan destituido de valimiento propio, y que no sabe agradecer el sacrificio que hice

cion de lo justo. Entretanto Berta, con la dulzura angelical y la abnegacion que le era tan característica, comenzó tambien ella misma á forjar disculpas para su marido.

—Razon tuvo él para decir que yo era demasiado exigente: es verdad que yo le embargaba casi todo su tiempo; pero ¡ay! debia conocer que era todo culpa de mi amor; y que él mismo ha enido en parte la culpa. Yo debí prever



ALMIRANTE FARRAGUT, DE LA MARINA DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA.—PÁG. 87.



MUROS CICLÓPEOS DEL PALACIO DEL INCA ROCCA, EN EL CUZCO, PERÚ.—PÁG. 87.

por su amor, haciéndome poco ménos que lazarillo de quien tiene tan poca discrecion como un niño. Pero ya no puedo remediarlo: ahora es preciso enseñarla para que sepa que hay momentos en que un servicio tan incansante cansa y se hace casi degradante."

Y así, con la obsecacion que es propia de los genios arrebatados y egoístas, dejaba que se oscureciese su razon y se embotase su percep-

que tal esclavitud habria de cansarlo: tengo que ser cauta, y combatir esta indiferencia egoísta por su comodidad y conveniencia. Esta casa, sin mas que la carga de esta triste ciega, debe llenarlo de fastidio. Aquí no vienen visitas, y Leonardo que tanto brilla en sociedad debe mirar esto poco menos que como un presidio. Es preciso no cansarlo tanto: en adelante no le exigiré que me acompañe en mis paseos



MINAS DE ORO DE BARBACOAS.—PUERTO DE BUENAVENTURA EN LA BOCA DEL RIO DAGUA, E. U. DE COLOMBIA.—PÁG. 87.

sino de vez en cuando; y Emelina volverá á ocupar su puesto á mi lado.

El día siguiente después de almorzar se retiró Leonardo á su estudio, y Berta hizo que Emelina la llevase al lugar en donde había recibido la primera declaración de amor de su marido. Cuando éste fué al cuarto de su esposa y supo que había ido á su paseo acostumbrado con Emelina, sintió cierta pena, mezcla de remordimiento y de celos, y se fué en busca de Berta, á quien halló en su sitio favorito. Renovada en él toda su ternura, tomó asiento al lado de ella y la regañó afectuosamente por haberse huido; pero hizo esto con mortificación mal disimulada; y ella, con la exquisita percepción de su sexo comprendió que en ello había mas de reprobación de sí mismo que de aquel amor que en otro tiempo hacia su presencia tan deliciosa para él.

V.

Marcia Brantome era de origen francés, y aunque su familia se había americanizado por tres generaciones, brillaba en ella con toda su viveza la sangre de sus antepasados. Era muy generosa, afable, de buen natural y brillante en modales y conversación; y por sus gracias personales se tenía hacia tiempo por la hermosura de Albany. Su padre había sido el amigo de confianza y por algunos años socio en los negocios de Mr. Leigh; lo que había dado ocasión á una grande intimidad de Marcia y Berta en sus primeros años, aunque tenía algunos menos la heredera ciega.

Como el impedimento de Berta no le permitía ir á visitar á su amiga en Albany, acontecia con frecuencia que Marcia se hallase de huéspedes en la antigua casa de las Palizadas. Estas visitas, muy repetidas y prolongadas en su niñez, se hicieron menos frecuentes andando el tiempo; porque el aislamiento y la tranquilidad campestre que reinaban en la casa de los Leighs, no se avenían bien con el carácter de joven tan volátil como Marcia; y así se disminuía en ésta la inclinación á ir á esconderse en una casa de campo, á medida que sus encantos juveniles comenzaban á llamar la atención en las tertulias de buen tono de Albany. Tan escasas habían sido en los últimos años sus visitas á los Leighs, que se echaba de ver que solo el compasivo afecto que abrigaba por su amiga ciega la inducía una vez que otra á ir á vegetar, como decía, en aquel gran jardín Hudson.

Manteniase entre ellas una correspondencia á intervalos regulares, y aunque no había mucha conformidad de carácter ni de gusto entre una y otra, la bondad y la fidelidad naturales en las dos habían conservado el lazo de una amistad en que había cariño y respeto de ambas partes.

Con su humildad acostumbrada resolvió Berta invitar á Marcia á que le hiciese la visita de novia que tanto le había prometido. Era el convite muy exigente para dilatarlo, y Marcia tenía cuanta curiosidad cabe en una mujer de ver al gallardo militar que se había adquirido tanta fama con su atención asidua á su pobre amiga ciega. El ingreso en la familia de tan animado elemento como Marcia Brantome fué para Leonardo un consuelo agradable, aunque con Berta fingió mirar aquella novedad con entera indiferencia; en lo que llevaba el doble deseo de no herir sus sentimientos, y de recobrar el terreno que temía haber perdido en su corazón; porque era tal la morbidez de sus celos, que no podía soportar la idea de ser menos amado, aun cuando se extinguiese su propio amor.

Pero el ingreso de este nuevo y brillante elemento en una sociedad que se miró un tiempo como tan feliz, y que se había vuelto tan cansada, se echó muy pronto de ver en la renovación de las atenciones de Leonardo con Berta. Con el atractivo de la sociedad de Marcia, volvió á acompañar á su esposa con asiduidad, y á leerle con el mayor interés. Harta sagacidad tenía ella, no obstante su sencillez y pureza, para conocer la parte que correspondía á su jovial amiga en aquella transformación; pero esto cuidaba de callarlo, guardándolo en su corazón, aunque no estaba en su mano dejar de suspirar por lo pasado cuando traía á la memoria los días felices en que su presencia sola formaba la felicidad completa de Leonardo, su amante y su esposo. Culpábase á veces á sí misma, diciéndole para sí:

“Ciega, no solo física sino moralmente; cómo pude esperar que un hombre tan lleno de prendas y atractivos se consagrara al cuidado de una criatura tan negada y tan necesitada de constante amparo como yo?”

Y alguna vez corría una lágrima por su fresca mejilla; pero el suspiro era ahogado y enjundado la lágrima tan luego como salían de su estrecha prisión.

Pasado algún tiempo dejó Leonardo á Emelina el cuidado de guiar á su señora, mientras que él iba por delante ó se quedaba detrás con Marcia siempre en conversación muy animada. Y tras esto no tardó en apoderarse de su ánimo la idea de que su matrimonio con Berta había sido un yerro fatal, y de que Marcia era la única mujer que podía haberlo hecho feliz.

“¿Qué necia precipitación la mía, exclamaba, empeñar mi porvenir entero por el mero interés de sus riquezas, y alucinado por sus sencillos modales y su linda cara. ¿De qué sirve la riqueza, la persona y la amabilidad si falta el alma? Hasta ahora no había yo concebido lo hermosos que son los ojos de una mujer. Cuando estoy con Marcia y nuestras miradas se encuentran, me parece que nuestras almas se confunden en una.”

VI.

El tiempo se deslizaba placentero durante la visita de Marcia: los días se empleaban en paseos por aquellos contornos pintorescos, y las noches entre música y conversación. Leonardo recobró de súbito la voz y cantaba duos, á veces con Berta, mas á menudo con Marcia. Cada día, cada hora sentía con mas fuerza el encanto de su vivacidad, de su risa sonora y alegre; y la música de su jovialidad femenina

sobresalía en alegre contraste con la sonrisa angelical de Berta. Momentos hubo en que se vio tentado á violar la santidad del hospedaje y declarar su pasión; pero lo contenía el temor de la resuelta cólera de la brillante Marcia, y renunciaba con un suspiro á aquel sueño de felicidad que renovaba en él el descontento de sí propio por haberse enterrado en vida con una mujer ciega. Entretanto, para no perder sus derechos á la consideración de Marcia, había vuelto á prestar asiduas atenciones á Berta; y con estudio decía á Marcia que se quedase charlando y murmurando con Emelina mientras él sacaba á su esposa á dar un paseo de amante.

La víspera de la partida de Marcia se hallaba Leonardo solo con su esposa en un sitio apartado de su campo.

“Con que se va Marcia mañana?” le dijo: “Se va—contestó ella—á pesar de lo mucho que le he instado para que se esté mas tiempo. En verdad no es extraño que desee volverse á su alegre mansión de Albany. Pero lo siento, porque considero que esto se quedará para tí muy triste cuando ella se ausente.”—y aquí se le escapó un suspiro.

“No me importa—replicó él—deja que se vaya. Temo que tú no le hayas hecho su visita tan agradable como pudieras.”

Al oír esto no pudo Berta reprimir su sentimiento, y á pesar de sus esfuerzos por reprimirlo en un torrente de amargas lágrimas.

“Eso es lo que haces siempre: llorar; que es una triste recompensa para los cuidados que te consagro,”—le dijo su marido con burla cruel, y con el enfado del momento soltó el brazo de Berta.

Quedóse ella en silencio por un instante como aguardando á que él hablase. El dió en tanto algunos pasos y luego se detuvo; y echando una mirada al rededor, vió que se hallaba á veinte ó treinta pasos de un precipicio que daba sobre el río.

Llévase la mano á la cabeza como si le acosase un pensamiento—una nube cubrió su semblante. Pasados unos instantes, dijo:

“Sígueme, Berta.”

Y sentado en un punto saledizo de la orilla de aquellas rocas esperó que ella se aproximara. Adelantóse ella con su acostumbrado paso resuelto, y al llegar á donde estaba él sentado, le dijo él:

“Camina, que yo te sigo.”

Ella se sonrió y continuó su camino—él tenía los ojos clavados en ella—su mirada era intensa al acercarse ella al despeñadero—apenas respiraba—y ella siguió adelante, y dió un paso mas, y cayó en el fondo del precipicio. Un grito confuso—y Leonardo se apartó del lugar precipitadamente.

Al atravesar el campo encontró á Emelina, que viéndolo sin Berta le preguntó dónde estaba su señora.

—No la he visto.
—¿No salió V. con ella?
—Debe estar en el salón de música.
—¿Dónde está Marcia? se hallarán juntas.
—No, no; la señorita Brantome ha ido en carruaje al pueblo á ver si hay cartas.

Y con esto entró Leonardo en la casa, diciéndole:

“La señora debe estar en su cuarto.”

Una hora después se halló el cuerpo asesinado de Berta al pié del precipicio: estaba muerta, pero parecía que su buen ángel le había conservado sus bellas formas libres de daño: no había una sola contusión visible.

Profundos fueron los pesames que recibió Leonardo de cuantos lo conocían.

(Concluirá.)

La Cruz de Hierro.

CONFESION DE UNA MUJER ANTE UNA PEQUEÑA MINIATURA MEDIO BORRADA DE UNA MUJACHA EN TODA SU LOZANÍA.

Apénas puedo creer que este sea mi retrato... Yo, vieja abatida mujer, que contemplo con pesar el tiempo en que los sitios que la conocieron ya la desconocen, y sin embargo, aun yo fui en otro tiempo joven y amorosa. ¡Ay de mí! ¡Qué largo parece! Qué largo, mucho mas largo que á la mayor parte de las mujeres, porque la vejez me acometió temprano, siendo así que cuento mis años casi por mis pesares.

Nací cerca de la costa del mar, ese mismo perdurable océano cuyas aguas puedo contemplar ahora desde mis ventanas, y cuyos vagidos escucho en los momentos en que escribo. Era rico mi padre y me crié en medio del lujo. Murí cuando yo tenía apénas diez años y mas necesitaba de sus cuidados. Hubiera dado la mitad de mi vida por la suya; yo habría sido otra mujer y muy diferente la historia de la mía. Murí, como digo, cuando mas necesitaba de sus cuidados y quedé sola con mi madre, la cual no era al propósito para tomar sobre sí semejante carga. Porque sobre ser débil de carácter, era casquivana y me educó en los gustos por la moda y las locuras, que eran su fuerte. No la culpo porque ha sido tan triste mi vida, pues estubo en mis manos cambiarla y no lo hice. Con el tiempo llegué á ser una mujer hermosa, fascinadora, de moda y muy celebrada. No lo creerá V. porque me ve ahora, pero así fué, no le quepa género de duda. Luego que crecí, descubrí que el lujo en que había vivido mi padre había disminuido grandemente su fortuna, y la persistencia con que mi madre se apegaba á aquel modo de vivir, hizo espantosa correría en lo que restaba. Desaparecía en pocos años mas. Hablé de esto á mi madre, la que reconociendo el hecho, confesó su incapacidad de poner remedio. Antes de un año murió ella. ¡Qué terrible muerte! Me espeluzno toda cuando pienso en ello, aunque fué un año ha, aun me parece oír las últimas palabras que me dirigió—Nellie, no te cases jamas con un hombre pobre. Cásate con un rico.

Cierto que no necesitaba el consejo de mi madre para confirmarme en el deseo de contraer un matrimonio rico, pues ya había adoptado yo ese plan como el único medio de salvarme de la pobreza que me amenazaba de cerca. Me faltaba el valor moral de afrontarla y resolví huírle, sin pensar un momento en la lucha que se me esperaba.

Cuando niña, mi único compañero de juegos era un muchacho unos pocos años mayor que yo. Se llamaba Gualterio Brown, hijo de un vecino de mi casa. No solo habíamos sido compañeros de juego, sino tambien de escuela. A menudo me había tomado en sus brazos y acostumbra llamarme su queridita. A medida que crecimos, nuestro afecto infantil se fortificó y luego que él se hizo un hombre y yo una mujer, nos amamos con un amor inmortal. No estuvimos jamas comprometidos, pero yo sabia que su corazón era mio y el mio suyo. Cuando murió mi madre, se duplicó el cariño de Gualterio. ¡Nunca, tampoco, le amé yo tanto como entonces! Para mostrarle mi gratitud le di una reliquia que había pertenecido á mi padre, suplicándole que la conservase siempre como memoria mia. Se reducia á una crucecita de hierro, ingeniosamente labrada, con esta inscripción en alemán: *Di oro por hierro*, 1813. Era una de las famosas cruces de hierro concedidas por el rey de Prusia en la guerra contra Napoleón, entre otros á mi abuelo por sus méritos y servicios. No había estado nunca en manos indignas y se la di á Gualterio por ser el único que en mi concepto la merecía, pero no pensé entonces en verdad que mis manos iban á colgar en él una cruz de hierro que nunca había de deponerse.

Quería yo entrañablemente á mi madre, y su muerte la lloré largo tiempo; pero este no fué mi mayor pesar. Uno mucho mas profundo tuve, uno del cual soy la sola culpable, es cierto, mas que por eso no fué menos duro de sobrellevar.

Habia resuelto casarme con un hombre rico, pues que no podían durar mucho mas tiempo los pocos bienes de fortuna que heredé, y me mantuve firme en esta resolución. Amaba á Gualterio con todo mi corazón, mas era pobre y sabia que sería fiera su lucha en la vida, y carecía yo del valor de desafiar el mundo con él. Odiaba mi debilidad, habría dado cualquier cosa por ser su mujer, y sin embargo me faltaba la fuerza moral para hacer la prueba. Conozco que era esto malo, mas he sufrido tanto por ello, que si el dolor puede subsanar el pecado, yo he pagado con usura. Algunas semanas después de la muerte de mi madre, Gualterio me llevó de paseo á unas rocas á la orilla del mar, que era uno de los nuestros favoritos. Desde la pérdida sufrida aquella era la primera ocasión que nos velamos solos juntos por mas de unos minutos á la vez. Hablome acerca de mi vida futura y me preguntó qué pensaba hacer. Le contesté que no sabia y que mi porvenir estaba todavía rodeado de las sombras del misterio y de la duda.

—He pensado mucho en esto, Nellie, me dijo con vehemencia, y no creo que hago mal en hablarte con franqueza.

Entonces le miré á la cara y como leyese en sus ojos lo que me iba á decir, me puse pálida y me faltaron las fuerzas.

—No, Gualterio, no, balbucé, ¡no lo digas, no lo digas!

—Preciso es que lo diga, agregó él mirándome con sorpresa mezclada de pena;—y es preciso tambien que tú me oigas. Desde la niñez te he amado y he aguardado este día para reclamarte como mi esposa. Ahora que estás sola en el mundo, creo que tengo derecho á esforzar mi reclamación. Sabes que te amo y creo que tú me correspondes. Tan bien como yo conoces mi situación y esperanzas, sabes que me aguarda una lucha terrible en el mundo, pero con tu aliento y amor, me prometo que saldré triunfante de la prueba. ¿Quieres ser mi esposa, Nellie?

Me desplomé en una roca, no pudiendo seguir adelante. Mis piernas se negaron á sostenerme y tal me pareció que iba á estallar mi corazón. Me cubrí la cara con las manos, é hice esfuerzos grandísimos por contener mis emociones. Todo el amor que sentía por Gualterio se precipitó á mi pecho como un torrente caudaloso y fuerte, amenazando hacer saltar en pedazos las barreras de mi pecaminosa resolución. ¡Cuán noble y bizarro lucía él, abriéndome las puertas de su corazón con tanta sencillez como verdad, y cuán falsa y fea aparecía yo, cuando en mi criminal debilidad hacia por no verle ni oír su confesión! ¡Cuán mejor hubiera sido que yo hubiese muerto entonces! No dije palabra, porque temí me hiciera traición la lengua, y Gualterio continuó así:

—Quiero que decidas teniendo á la mira tu propia felicidad. Si no me amas bastante para ser mi esposa, tal vez pudieras aprender á amarme. Pero si crees que serás mas feliz sin mí, no dudes decirme lo.

—Mas feliz? pregunté con amargo acento. Había estado él contemplando el mar tendido y se volvió de repente para mí al oír mi voz. Tan extrañamente resonó en sus oídos que él mismo se asustó.

—Te sientes mala, Nellie? me preguntó con ansiedad.

—No, contesté con forzada calma, solo que no puedo hablar contigo sobre esto ahora, Gualterio. No puedo ahora. En otra ocasión.

—Me apresuré demasiado; dijo él con ternura. ¡Pobre niña, todavía no se ha calmado tu dolor lo bastante para que puedas pensar en otra cosa que en tu madre. Nellie, yo puedo esperar, no digo una semana, un mes, un año, toda la vida.

Estas palabras me traspasaron el corazón y me costó mucho trabajo reprimir un suspiro de angustia: aquel era un tormento insostenible; no me era posible sobrellevar por mas tiempo la presencia de Gualterio: necesitaba estar sola; y le rogué se volviese al pueblo y me dejase á mis pensamientos. Al pronto esta súplica pareció sorprenderle, pero luego que se la repetí, él se volvió para marcharse. Me levanté de un salto y le cogí la mano.

—¡Gualterio!
—¡Nellie!
—Si sucediera algo por lo cual tu debieras odiarme, ¿me odiarías?

—¿Odiarte yo, Nellie? Se me figura que no podría.

—¿Aun cuando yo te diera causa para ello? Le pregunté sin saber á derechas lo que decía.

—Ni aun entonces, Nellie. En tal caso, sentiría un pesar intenso, pero no dejaría de compadecerte. Pero ¿por qué me haces semejante pregunta?—Diciendo esto me miraba lleno de ansiedad.

—Por nada. Ve, déjame sola: me siento débil y nerviosa.

Se marchó al fin dando un suspiro y al marcharse pareció llevarse con sígo toda la luz de mi existencia. Me volví á desplomar en la roca y me inundé en lágrimas. Sufrí lo que es indecible, la aversión de mí misma casi llegó al delirio; con todo, mi resolución se afirmó en vez de flaquear. Aquel desahogo me facilitó el pasar por lo demas con mas calma, y era de noche cuando volví á casa, en cuyo tiempo la conquista de mi corazón quedó sellada.

Entre mis amigos había un caballero á quien había conocido desde mi niñez. Tenía por lo menos 50 años de edad, cuando yo no contaba mas de 20. Algunos días después de mi entrevista con Gualterio á orillas del mar, recibí una visita de ese señor, el cual antes de despedirse me pidió mi mano en matrimonio. Díjome que hacia mucho tiempo que me amaba, pero que siendo mucho mayor que yo, había temido declarármelo, no fuera que le desairase, sin embargo, que como había quedado sola en el mundo, creía que yo estaría mas dispuesta á disimular sus años.

Poco mas ó menos este fué el tenor de la declaración de su amor que me había hecho Gualterio, y ya se puede imaginar cualquiera la impresión que me hizo; no obstante, le pedí tiempo para reflexionar sobre la proposición que me hacia y me concedió todo el que yo juzgase conveniente. No parecia sino que algun espíritu invisible me hacia este ofrecimiento con el fin de tentarme. He aquí un hombre de corazón noble y generoso que deseaba casarse conmigo. Era rico, mi posición no podia menos de mejorar grandemente... pero no le amaba. Con todo estaba resuelta á hacer un matrimonio ventajoso, y no podia ser mas propicia la ocasión que se me presentaba. ¿Aceptaría su mano? ¡Ah! Qué tentación! qué tormento! qué angustia! Claro se me presentó el partido que debía tomar: engañar á un hombre leal y bueno, que ponía en mí su confianza y renegar de mis mas íntimos afectos.

Evité la presencia de Gualterio, mas no pude menos de verle algunas veces. No volví á decirle nada acerca de la proposición de matrimonio, aunque noté que esperaba mi respuesta con ansiedad. Ni por las mientes le pasaba cuanto me hacían sufrir aquellas entrevistas. Habría dado mi vida por arrodillarme á sus piés y abrirle mi corazón, y rogarle que me protegiera en su noble pecho contra mí misma, y me salvara; pero no pude, no pude.

Resolvi poner término á este tormento y envié á buscar á Mr. Gray para corresponder á su amorosa solicitud. Vino en alas del amor y le prometí casarme con él, y apénas se separó de mí me desmayé, quedando después mi corazón como helado, vacío; sin moverse; mas que una vez, contra mi voluntad.

Una tarde, hácia la caída del sol, salí sola á pasear por la orilla del mar, en los sitios donde había estado tantas veces con Gualterio. Me senté á contemplar las olas que eran entonces de un color sombrío y aplomado, escuchando por largo rato su bramido al romperse contra las rocas á mis piés. La melancolía del espectáculo sirvió para calmar mis vivos pesares, y no sé cuanto tiempo estuve allí como una estatua, casi sin sentir dolor ni pensar en nada. De aquella abstracción vino á sacarme la presciencia de que no me hallaba ya sola; en efecto, no bien levanté los ojos cuando vi á Gualterio de pié á mi lado. Jamas se ofreció á mi vista en un aspecto tan sombrío. Senté á mi lado como solía y conversamos por largo tiempo. La luna surgió á poco de los mares, mas no tardaron en oscurecerse unos nubarrones que se formaron en el horizonte. Con todo eso continuamos allí sentados, deseando yo comunicarle mi compromiso, aunque sin saber cómo principiar la conversación, porque me pareció que sería mejor lo supiese todo por mí misma. Al cabo, amándome de valor, comencé diciéndole con voz áspera y grave:

—Gualterio, ¿conoces á Mr. Gray?

—Ciertamente sí. Es uno de los hombres mas honrados y mejores del lugar. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque estoy comprometida á casarme con él.

Temblé toda como un álamo y sentí que me faltaban las fuerzas. Gualterio no hizo mas que inclinar la cabeza, de modo que no podia verle la cara, y tras un momento de silencio dijo él en voz baja:

—Ha tiempo, Nellie, que temía esto. Aun que no te culpo, permíteme dudar de la sabiduría de tu elección. Es tan viejo!

—Imprudencia! Natural es que la creas imprudencia mia!

Dije esto en tono de ironía, de rudeza, tirando á buscar un motivo de querrela que distrajese el dolor que roía mi corazón, él se puso en pié al momento, se separó unos cuantos pasos, se acercó de nuevo, y dijo:

—Menos dureza, Nellie. Pero dime, ¿amas tú á Mr. Gray?

Me había traicionado sin conciencia de lo que hacia y busqué asilo en la cólera.

—Tú no tienes derecho para hacermela pregunta, replicó con prontitud.

—Tengo derecho de hacerte, y te diré por qué. Se funda en que me has engañado y oprimido mi corazón hasta hacerle casi estallar. Te hago la pregunta porque se han confirmado mis mas rudos temores, porque estás á punto de pisotear mi corazón y el tuyo mismo, todo... por el oro de un viejo. Sí, tengo derecho de hacer la pregunta, y de exigir una respuesta.

A mi turno me levanté. Ya estaba enojada, porque me había hablado como nadie antes lo había hecho, y no me detuve á pensar en los motivos que le había dado de enojo.

—Pues no respondo, exclamé.

—Me responderás, gritó él exaltado.
—Esto es digno de tí, repuse con desden. Puedes insultarme aquí donde no tengo protector. Me parece que la hubiera hecho buena si me caso contigo.

El permaneció un rato en silencio con la cabeza baja, luego me señaló una roca para que me sentara, lo que me negué á hacer.

—Nellie, dijo él despacio, y el sufrimiento que revelaba el tono de su voz me partió el corazón. Perdóname mi rudeza. Cuando eras niña, acostumbra yo llevarte en brazos en todos los lugares ásperos ó peligrosos del camino á la escuela; y aun entonces me complacía en esperar que llegaría un tiempo en que tendría derecho de evitarte las asperezas del camino que todos nosotros debemos pasar en la peregrinación de la vida. Desde entonces no he pensado en otra cosa que en tu felicidad. Te amo como no es posible que yo ame á otra mujer, mas que á mi propia vida; pero si contriñese á tu felicidad que tanto amor se cambiase en pesar de toda la vida, verás como no me quejo.

Dios sabe qué espíritu maligno me empuja, lo cierto es que contesté en tono de burla.

—Se conoce, por lo visto.

Lo vi abatirse bajo el tiro que le solté, mas él continuó con los ojos fijos en el mar.

—Hablo la verdad, Nellie. No podría mentirte aquí donde Dios nos ve y nos habla en el trueno de las olas, rompiéndose contra las rocas. Comprendo que te he perdido para siempre y espero que me creas.

Se detuvo, creo que esperó que yo hablase, pero como no dije palabra, el prosiguió, ya con sus ojos fijos en mí.

—Siento mucho que pienses tan mal de mí; pero pues es así, debo devolverte esto. Cuando me la diste, me dijiste que no debían llevarla sino los hombres buenos y dignos. Ya no debo conservarla.

Y diciendo esto me presentaba la cruz de hierro con mano temblorosa como la de un anciano. No podía yo recibirla, sabía que no era digna de llevarla, y antes habría muerto á sus pies que extender la mano para tomarla.

—Consérvala, le dije con voz apagada. Consérvala, porque eres digno de llevarla. No me atrevo á tocarla.—El corazón se me hacia pedazos dentro del pecho, y exclamé despechada: —¡Ah! Gualterio, ten piedad de mí! El alma se me arranca.

El se abalanzó á mí y me estrechó en sus brazos. Tan fuertemente me sujetaba que apenas podía moverme, y sentía latir su corazón junto al mio. Por breve rato, no hice esfuerzo alguno para zafarme, porque era tan dulce hallarme en aquellos brazos queridos, mucho mas cuando sabía que nunca volvería á verme en ellos. Sobre mis mejillas sentía rodar sus lágrimas abrasantes.

—¡Oh! Nellie, Nellie! exclamó sollozando. No es posible que te cases con otro. Me amas, sé que me amas, con tanto entusiasmo como yo á tí, y sin embargo, vas á condenarnos á los dos á una vida eterna de miseria. Ruégote en el alma no te cases con ese hombre.

Comprendí que no podría resistirme mas si me tiraba entre sus brazos, é hice un gran esfuerzo sobre mí misma.

—Suéltame, Gualterio Brown, le dije friamente. No tienes derecho para obrar así.

—¡Por los cielos! exclamó con fuerza. ¡No me separaré de tí! Mira esas olas. ¿Qué es lo que me impide lanzarte en ellas y salvarte de una vida de infamia? Tú no amas á ese viejo, tú te casas con él por su dinero. ¡Por mi vida que no harás tal! Te hundiré bajo las aguas de ese mar hirviente y te seguiré en pos, antes que seas su esposa.

En aquel momento se oyeron unos pasos precipitados y firmes detras de nosotros y una voz que exclamó en tono de cólera y sorpresa:

—Mr. Brown ¿qué significa esto?

Soltóme Gualterio y ambos dirigimos la vista en torno de repente. Hallábase á pocos pasos de nosotros en pie Mr. Gray. Gualterio le midió de una ojeada, y en seguida saltando de roca en roca, bien pronto se perdió de vista.

—¿Qué significa esto? me preguntó entonces á mí Mr. Gray, con aire de duda.

—¡Pobre mozo! dije yo con calma. Acaba de ofrecermelo su mano en matrimonio y el chasco le hizo olvidarse del respeto que me debía. Me prometió que V. no le hará caso, porque estoy segura que se avergonzará de lo hecho cuando se calme.

Mucho trabajo me costó decir estas palabras; pero las dije con tanta calma y serenidad que Mr. Gray me creyó á puño cerrado.

—Lo siento por él, Nellie, me dijo con sencillez. Si él ama á V. como yo la amo, ya se puede imaginar la pena que le habrá causado su pérdida.

Nos volvimos á la casa en silencio: no volví á ver á Gualterio. Por la mañana recibí una carta con estas palabras únicamente:—"Perdóname"; y por la noche supe que se había marchado de la aldea.

Un mes despues de esta escena ya estaba yo casada. Por entonces ya sabía el arte de regir mi corazón y no titubé al repetir las solemnes palabras en que juré amar á mi marido. Pocas semanas despues de mi casamiento supe que Gualterio había heredado una inmensa fortuna que le dejó un pariente lejano. Este fué el principio de mi castigo. Quería la riqueza y si yo hubiera sido fiel á mi corazón, la habría conseguido con el hombre que yo adoraba.

Mr. Gray era bueno y cariñoso conmigo. Me prodigaba todo cuanto la riqueza y el afecto pueden alcanzar para hacerme feliz; pero cada nueva prueba de su amor y confianza no servía sino para aumentar mi miseria y desprecio por mí misma. Toda yo era la mentira en esencia y presencia, odiaba la vida, pedía en secreto la muerte, y no respondía á mi voz. Al fin, di á luz una niña, inocente criatura de ojos azules. En ella se concentró todo mi amor y mi corazón, y precisamente cuando mas me ocupaba en asegurar su felicidad, Dios me la arrebató. Conoci que el castigo era justo; pero entonces era muy duro creerlo así.

Luego que murió mi hija me abandoné com-

pletamente; nada me importaba: era un tormento el amor de mi marido: cada día hallaba mas difícil soportarlo. Al cabo se presentó uno, que, aunque en la apariencia amigo de mi marido, solicitó su ruina y la mia. Leyó mi secreto del todo y me humilló con él. Me llené de cólera, caí en desesperación. Aun la vergüenza pública era preferible á la vida de traición y falsedad que yo llevaba. El falso amigo de mi marido me observaba de cerca, me seguía como la sombra, hasta que me propuso huir con él, y... en hora menguada consentí. El cielo sabe que no me movió un pecaminoso intento, sino que en medio de la miserable suerte que me había cabido, para escapar de ella eché garra de la primera ocasion que se me presentó.

Dejamos la casa en una noche oscura y tempestuosa, entramos en un carruaje estrecho y partimos al galope para el paradero del ferrocarril. Los caballos se espantaron y salieron á escape. Iba yo en el carruaje muda, clavada por el terror en el asiento y casi sin conciencia de lo que pasaba, hasta que una repentina sacudida, me sacó de mi abstracción y me encontré enclavada en un rincón del carruaje, que se había volcado. Mi compañero saltó con vivacidad, de modo que cuando se reunió gente nadie supo que venía á mi lado. Me ayudaron á levantarme y me congratularon porque me había salvado. Cuando empecé á caminar, vi que sacaron de debajo de las ruedas del carruaje algo como la forma de un hombre y se me dijo que le había atropellado el nuestro y casi muértote, motivo por qué se volcó. Involuntariamente volví atrás y á la moribunda luz de un farol, descubrí las facciones pálidas y transfiguradas de Gualterio Brown. No me desmayé ni grité, sino que sostenida por una sobrehumana energía, en silencio seguí á los hombres con el herido á la taberna mas inmediata. Se hizo venir un médico, quien, habiendo examinado al enfermo declaró mortales las heridas, añadiendo que no era posible amaneciese.—A ruego mio todos, excepto el médico, salieron de la pieza donde habían puesto á Gualterio, y no me separé de allí hasta que expiró. Al cabo de una hora volvió en sí, y como el médico le dijese que debía morir, preguntándole si estaba preparado, una sonrisa dulce y amable iluminó su rostro querido y contestó al punto:

—Sí. Dios sea loado, que el fin de mis males está tan cerca.

En diciendo estas palabras se volvió para mí y me vió. ¡Oh! Qué expresion de alegría animó su semblante!

—¡Qué buena tú, Nellie, en haber venido! añadió en voz apagada.

Durante aquella tristísima noche no me separé de su lado. Dijele que le amaba, que siempre le había amado, que había sufrido un mundo de penas desde que se alejó de mí; pero me guardé bien de decirle, por vergüenza, mi conato de fuga. No quería ni debía amargar sus últimos momentos con semejante confesión.

Retenia una de mis manos entre las suyas amorosamente, y no apartó de mí sus ojos hasta que la muerte se los cerró para siempre sobre la tierra.

—¿Quieres besarme, Nellie? No habrá en ello pecado; me encuentro tan cerca del cielo que en tu beso no habrá ni sombra de terrenal.

Me incliné y le besé en la boca, bañándole entretanto la cara con mis lágrimas. Me soltó, sus ojos se cerraron poco á poco; luego apareció en su semblante una expresion de perfecta felicidad y paz, y conocí que aquella era la paz que se siente al entrar en el cielo.

Pocos años despues murió mi marido, bendiciéndome por haber sido una esposa constante y fiel. Jamas supo cuánto le había engañado é injuriado, y cada vez me alegro mas de su ignorancia, porque su conocimiento habría angustiado las últimas horas de su vida con un pesar, que le ahorró la confianza que tenia en mí.

Aun espero el día que los seguiré al sepulcro. He pecado, pero he sufrido y me he arrepentido. He ido á buscar merced y perdón al pie de la Cruz y humildemente aguardo la hora en que soltaré la pesada carga de la existencia y esta pobre mujer aflijida descansa en el seno de su creador.

Muros Ciclópeos del Palacio del Inca Rocca, en el Cuzco, Perú.

PRESENTAMOS hoy un grabado de la seccion del gigantesco muro que sostiene el terrado sobre el cual se elevan las ruinas del palacio del Inca Rocca, en el Cuzco, Perú; es copia de una fotografía tomada por el Hon. E. G. SQUIER, comisionado que fué últimamente de los Estados Unidos en el Perú, y forma parte de las láminas de la obra que, sobre aquel país, publicará en breve dicho señor. He aquí la descripción del señor SQUIER.

Entre los objetos secundarios de interés en esa antigua capital de los incas, Cuzco, hay que mencionar los restos del palacio del Inca Rocca, célebre por sus esfuerzos en educar á la juventud peruana de noble linaje. Fundó los *Yachahuasi*, ó casas de enseñanza, á las márgenes del riachuelo Tullamayo, llamado hoy Rodadero, donde sus vastos escombros atestiguan todavía su munificencia. Además de esto, hermoseó el vecindario de su capital en que estaban las escuelas y colegios con lo que llamaban los cronistas y lo prueban hoy sus ruinas, un "suntuoso palacio," que era su residencia favorita. Separaba este de las casas de enseñanza, una calle angosta llamada del Triunfo, porque en ella habían sido finalmente rechazados los incas por los españoles.

El terreno forma un declive desde el centro de la ciudad hasta el riachuelo de Rodadero; por manera que para que la base de su palacio y patio quedase nivelado, construyó el inca un terrado de 220 pies de largo y 180 de ancho, siendo su lado mas bajo de 30 pies de alto, y

sostenido todo con piedras de gran tamaño. Estas, las mas de las cuales permanecen en su lugar, y se hallan tan firmes como cuando se colocaron, son de sienito verde, y excesivamente duras. Todas están un poco redondas, como si hubiesen sido labradas con un pico, y se asemejan algo á lo que llamamos "obra rústica," aunque sus juntas están cortadas con la mayor precision. Los sillares son de todas formas y tamaños, presentando numerosas curvas y ángulos, todos los cuales, sin embargo, se ajustan entre sí conforme al estilo llamado ciclópeo.

Pero las piedras que componen las paredes del palacio, propiamente dicho, (de las cuales parte permanece aun en pie) son de *trachito* oscuro de rectángulos regulares, cortado y colocado con admirable precision. El *trachito* se trajo de las canteras cerca de Audahuillillas, á una distancia de diez leguas. No pude averiguar la procedencia de los sillares de sienito que componen los muros del terrado. No se encuentra dicha piedra en los alrededores del Cuzco.

La parte del muro del terrado que se ve en el grabado, dá á la calle del Triunfo, é incluye la piedra llamada de "doce ángulos" que aparece casi en el centro de dicho grabado. Lo angosto de la calle impidió el que yo obtuviese mas luz de la que coincidía con el plano vertical de las piedras, así es que las juntas se hallaban en completa obscuridad por lo que no se podía distinguir bien la exactitud de su colocacion. "La piedra de los doce ángulos," no obstante, la describe muy bien su nombre. Tiene ese número de ángulos, á los que se ajustan perfectamente las piedras que la rodean. Es de 5 pies 4 pulgadas en la parte mas ancha y como de cuatro pies en la mas alta, y está considerada como una de las curiosidades del Cuzco.

He de observar que el estilo ciclópeo de muros fué adoptado solamente en las fachadas de terrados y fortalezas; mientras que los palacios y templos eran casi siempre de piedras cortadas en forma rectangular.

Nueva California del Sur.

En su lugar se hallará una buena vista tomada desde el mar del puerto de Buena-ventura, boca del río Dagna, cerca del cual se han descubierto recientemente las riquísimas minas de oro de Barbacoas; circunstancia que hace se empiece á dar á esa region el nombre de California del Sur. Está comprendida en el territorio de los Estados Unidos de Colombia, y cae á la costa del Pacifico, del estado del Cauca, donde quizás sentó la planta el primer europeo, Basco Nuñez de Balboa. Con tal motivo ha principiado una emigracion vasta de americanos al nuevo *El Dorado*, sobre todo, desde que el gobierno colombiano ha declarado que recibirá con los brazos abiertos á los extranjeros que acudan á la explotacion de las minas.

Pero no es ahí en Barbacoas donde se ha descubierto oro en abundancia solamente, que tambien lo hay en Atrato, Portogalete, Cerro Gordo, Quinamayó y Telima. Las minas de Santander reciben nuevo impulso, y se animan los municipios de Túquerres y Cali, con la apertura de caminos y el cultivo del café, el algodón, el añil, y demas frutos intertropicales.

El General Jesus Gonzalez Ortega.

Sentimos no tener á mano los datos para hacer la reseña biográfica, que merece un individuo tan distinguido por sus servicios en bien de la libertad é independencia de su patria Méjico, como el general Don Jesus Gonzalez Ortega. Solo podemos decir ahora que nació en Zacatecas en 1829, y que recibió una educacion esmerada y brillante. Como soldado ya se ha dado á conocer al mundo por su célebre victoria de Calpolalpan contra el partido reaccionario, y sobretodo por su heroica y hábil defensa de Puebla á que habían puesto sitio los franceses. Despues pasó á este país, donde ha permanecido hasta hace poco en que ha seguido á Nueva Orleans, con el fin de entrar en Méjico.

El general Don Jesus Gonzalez Ortega le disputa á Juárez el derecho á la Presidencia. Este hecho ha servido, mas que sus méritos como militar y como estadista, á dar al señor Ortega en este país, una gran popularidad, por cuanto sus pretensiones, justas ó injustas, no sabemos, á la primera magistratura de Méjico, parece que se han estrellado últimamente contra la política que el Gabinete de Washington ha inaugurado respecto á los negocios de esa vecina Republica.

El Contra-almirante D. G. Farragut.

El Contra-almirante David G. Farragut nació en el Estado de Tennessee al fin del siglo pasado, de padre español, segun una noticia que vemos circular en los periódicos de este país. En 1810 entró de guardia marina en la de los Estados Unidos sin estudios previos en la escuela naval de Rhode Island. A las órdenes del comodoro Porter sirvió en la fragata *Essex*, cuando el famoso crucero de esta contra los ingleses de 1812 á 1813. Despues de la captura de ese buque sirvió á bordo del navio de linea *Independence*. Graduado de teniente con honor, se le destacó á la estacion naval de las Antillas, sirviendo bajo esa capacidad en la fragata *Brandwine* de 44 cañones. Despues de algunos servicios prestados en la costa del Brazil, se le nombró en 1847 comandante de la *Saratoga*, de 20 cañones, con la cual tomó parte en el bombardeo de Veracruz cuando la guerra de Méjico.

No bien estalló la civil de estos Estados Unidos, Farragut tomó el mando de la escuadra del Golfo, cooperando con el General Butler á la rendicion de Nueva Orleans, para lo cual forzó la entrada del río Mississippi, defendida por dos castillos, una cadena y la escuadrilla sutil de los confederados, en abril de 1862. En seguida se le entregaron dicha ciudad

y la de Nátchez, y se presentó á poco delante de Vicksburgo, cuyas baterías estuvo batiendo por algun tiempo; pero la baja de las aguas del río, le obligó á volver á Nueva Orleans. Fué él el primer oficial de la marina de los Estados Unidos en 1862, elevado al rango de almirante; en 1863 forzó las baterías de Port Hudson, y concurrió con el General Grant á la rendicion de Vicksburgo.

En 1864 Farragut recibió la órden de atacar y tomar á Movila. Se apoderó de dos fuertes á la entrada del puerto, con la pérdida del acorazado *Tecumseh* y todos cuanto lo tripulaban, batió la escuadrilla confederada, y se hubiera apoderado de la ciudad misma si durante los preparativos no se hubiera declarado la paz entre el Norte y el Sur, con motivo de la entrega de Lee en Virginia y Johnston en la Carolina del Norte.

El Contra-almirante Farragut, es hoy quizás uno de los marinos mas antiguos de los Estados Unidos, y sin duda alguna el que mas se ha distinguido por su habilidad, por su intrepidez y por los muchos y señalados servicios que ha prestado á su patria.

El General R. E. Lee.

ROBERTO E. LEE, cuyo retrato se vé en la primera página de nuestro periódico, comanda en jefe del ejército confederado en Virginia, hijo del general Enrique Lee, amigo de Washington, nació en ese Estado en 1808. Despues de recibir una educacion cumplida, entró de cadete en 1825 en la Academia militar de West Point. En julio de 1829 fué agregado al ejército regular de los Estados Unidos con el rango de segundo teniente de infantería; se le promovió al de primero de la misma arma en setiembre de 1836, y al de capitán en julio de 1838. En 1845 entró á componer parte del cuerpo de ingenieros, y jefe del mismo al año siguiente en el ejército invasor de Méjico. Por su bizarra conducta en Cerro Gordo, fué promovido á mayor el 18 de abril de 1846; á teniente coronel por su intrepidez en Contreras y Churubusco el 20 de agosto de 1847; y á coronel, en fin, por su valor é inteligencia en Chapultepec, el 13 de setiembre de 1847.

Cuando concluyó la guerra volvió á entrar en el cuerpo de ingenieros y en 1852 se le nombró superintendente de la Academia militar de West Point, cuyo elevado puesto ocupó hasta marzo de 1855 en que le promovieron al grado de teniente coronel de caballería. El 16 de marzo de 1861 obtuvo el despacho de coronel de la misma arma, y el 25 de abril de dicho año, hizo su dimision en el ejército de los Estados Unidos y ofreció su espada á su patria Virginia, que acababa de separarse de la Union; y que aceptó desde luego sus servicios nombrándole comandante en jefe de las fuerzas de dicho Estado. En el verano de 1861 se le ordenó por el gobierno hacerse cargo de las que operaban en la region occidental montañosa de Virginia, donde no hizo nada de importancia, por causas que no tenemos tiempo de referir. Volvió á Richmond, y hasta junio de 1862 estuvo ocupado en la organizacion y equipo general de las tropas confederadas.

El general José E. Johnston que mandaba en jefe el ejército confederado delante de Richmond, quedó gravemente herido en la batalla de los Siete Pinos; y el general Roberto E. Lee asumió el mando; siendo así como se encontró frente á frente con su antiguo compañero de armas y socio en la comision enviada por el gobierno de los Estados Unidos en 1854, al asiento de la guerra de la Crimea, para observar el progreso del sitio de Sebastopol. En la campaña que se siguió con el objeto de tomar á Richmond, el general McClellan, comandante en jefe de las fuerzas de la Union, avanzó varias veces contra las líneas enemigas, durante siete dias seguidos se dieron otras tantas batallas campales obstinadas y sangrientas, y el resultado fué un triunfo completo para Lee, pues McClellan tuvo que replegarse al río James, y ampararse bajo los cañones de la escuadra de la Union.

En agosto siguiente obligó á Pope, sucesor de McClellan, á huir y encerrarse en las fortalezas de Washington. No fué tan feliz en su campaña de 1862 y 1863 en Maryland. El choque sangriento de Antietam ó Sharpsburgo, que ocurrió el 17 de setiembre de 1862, fué una batalla campal; pero Lee tuvo que repasar el Potomac; y la de Gettysburgo, dada en julio de 1863, ocasionó tales desastres á las armas confederadas, que apenas si los subsanó el órden admiralable con que el jefe efectuó su retirada.

En diciembre de 1866 el general Lee derrotó completamente á Burnside delante de Frederisburgo; venció despues en 1863 á Hooker en Chancellorsville; y desde el principio de mayo de 1864, hasta su rendicion con un pequeño resto de sus fuerzas en 1865 al S. O. de Richmond, á las muy superiores en número del general Grant, en muchos y memorables encuentros, desplegó tanta estrategia, tales recursos, é indomable resolucion, que le han ganado la admiracion del mundo.

El general Lee es alto de cuerpo, bien formado, de aspecto agradable, que fue hermoso en otro tiempo, de suaves maneras y costumbres tan templadas como puras. En la victoria como en la derrota conserva la ecuanimidad característica de su ánimo, al cual adornan la calma, la humanidad, la piedad y el valor que distinguen en todos tiempos al caballero perfecto. Al presente, Lee desempeña la direccion de la Academia militar de Lexington en su patria, Virginia.

La bondad de corazón es virtud que hace bien sonriendo y consolando. Y es tanta su excelencia y lleva tantas ventajas á la hermosura, que un hombre de corazón, casado á disgusto con mujer fea, á la vuelta de poco tiempo se acostumbra á ella, y la encuentra agradable, y al fin la ama cautivado por su bondad.



GRANDE INCENDIO EN COLON, ASPINWALL, E. U. DE COLOMBIA.

Grande Incendio en Colon, Aspinwall, EL 19 DE OCTUBRE DE 1866.

La lámina referente al incendio de Aspinwall, la hemos tomado del croquis de esa calamidad que hizo Mr. C. C. Koehl, del vapor de los Estados Unidos De Soto, cuando todavía las llamas se cebaban en el caserío de madera.

Colon, á que llaman aquí Aspinwall, de un miserable villorrio que era hace pocos años, se ha convertido en una poblacion decente, desde que se abrió á la explotación del mundo el ferrocarril de Panamá. No obstante la afluencia de los americanos, á los cuales debe su prosperidad y crece Aspinwall, la mayoría de los moradores son negros de Jamaica, junto con algunos blancos y mestizos de Colombia, quienes por supuesto hablan el castellano y siguen las costumbres del país.

La ocupacion de los negros y mestizos se reduce principalmente al porteo de los equipajes y otros efectos pertenecientes á los viajeros que atraviesan el Istmo en ambas direcciones, de Aspinwall á Panamá y vice versa. Esto les basta para subsistir, que es, al parecer, el término de sus aspiraciones terrenales. El aspecto del poblado, hácia la marina al ménos, no puede ser mas americano; hácia el interior, sin embargo, aun conserva su carácter rústico y primitivo.

El incendio ocurrido el 19 de octubre de este año, á que hace referencia nuestro grabado, principió á la una y media de la mañana, atribuyéndose al descuido si no ya á la malicia de la gente baja, que siempre está dispuesta á sacar provecho del tumulto consiguiente á las calamidades de esa especie. Comenzó en la parte oriental de la poblacion. Apenas asomaron las

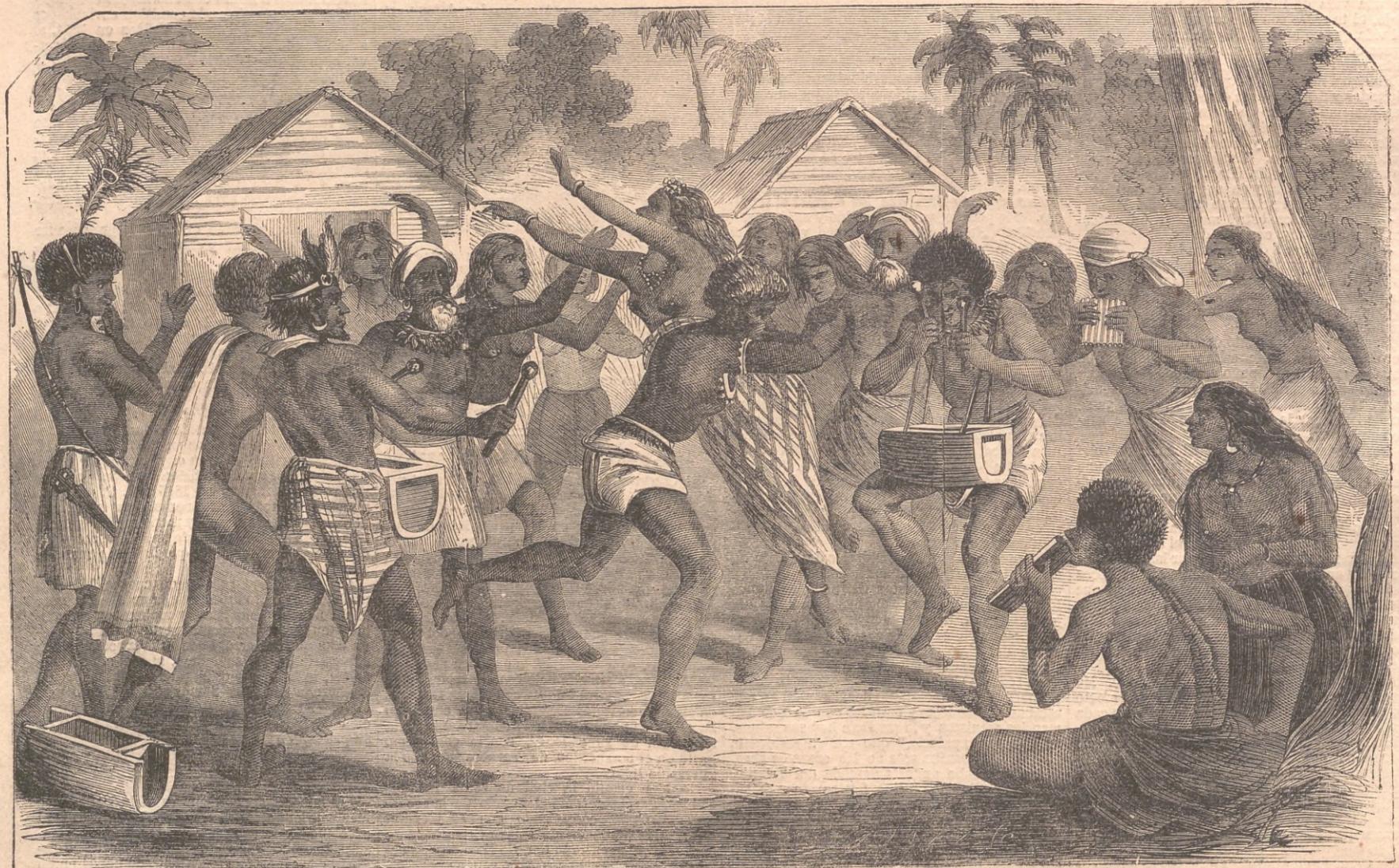
primeras lenguas de fuego, el vigia del vapor De Soto dió la alarma; pero pocos minutos despues toda aquella porcion del caserío se habia incendiado.

Los oficiales de dicho buque con una brigada de marinería acudieron con presteza y lograron detener el progreso de las llamas; su cuyo auxilio es casi seguro que hubieran devorado toda la poblacion, porque los nativos no se dieron prisa ninguna en apagarlas. Así se salvaron los edificios mas nuevos y valiosos, entre ellos el gran depósito del ferro-carril. Las pérdidas en casas y efectos no bajaron de 400,000 pesos.

UNA ARAÑA EN EL OIDO HUMANO.—En el *Courrier* de San Francisco leemos lo siguiente: Quejábese una señora de Virginia City, de

zumbidos desacomunados en un oído, y durante tres dias sufrió mucho, llegando á creer que se le habia introducido una mosca. Por medio de una geringa se le hicieron inyecciones de agua tibia y ya puede imaginarse la sorpresa de los circunstantes cuando se vió salir una araña grande de la cavidad auricular. Pero lo mas extraño fué que no se presentó inflamacion, por donde se comprueba, que si bien el insecto tenia horrosas antenas, no habia mordido las paredes internas de la oreja. En el momento de la extraccion la araña vivia

Mujer que viste con sencillez, mujer de buen gusto. No hay mujer fea si tiene bondad del alma. El alma envia al rostro un destello divino.



ROBO DE MUJERES, Ó MODO CURIOSO DE HACER EL AMOR EN NUEVA ZELANDA.—PÁG. 67.



CHATTANOOGA, ESTADO DE TENNESSEE VISTA DESDE EL CERRO DE LOOKOUT.—PÁG. 84.



A una Ave Acuática.

(DEL INGLÉS DE BRYANT.)

¿Dó, en medio del rocío,
Mientras de vivos tintes baña el cielo
El espíritu sol, por el vacío,
Tiendes el rápido vuelo?

En vano atento el ojo
Del cazador te sigue amenazante,
Al dibujarse en el espacio rojo,
Tu figura flotante.

¿Buscas la orilla ignota
De verde lago, ó caudaloso río?
O el desnudo peñón que rudo azota
El océano bravo?

Un poder misterioso
Existe, que dirige tu camino,
I el éter atraviesas anchuroso,
Sola, mas no sin tino.

Tus alas todo el día
El aire han agitado en la honda altura,
I aun no buscas descanso, aunque sombría,
La noche se apresura.

I pronto tu tarea
Terminará; tu hogar apetecido
Pronto verás; y mecerá la enea
Pronto sobre tu nido.

Ya á mi vista tu leve
Forma desapareció; pero en mi mente
Grabóse la lección que á tí te debe,
I la tendré presente.

Quien guía, en su omnipotencia,
Por el inmenso azul tu rumbo cierto,
Mis pasos, al traves de esta existencia,
Conducirá á buen puerto.

F. J. A.

Nueva York.

GANAR LAS ESPUELAS.

(Conclusion.)

—Ah! dijo él sarcásticamente, no sabía que tú eras tanto orgullo, tan encumbrada ambición. Era preciso que tu esposo se haya distinguido en algo, ¿eh?

—No, no he dicho eso, Enrique, y tú sabes que esa es una interpretación falsa. Tú sabes que yo podría ser bastante feliz contigo, tal como eres, á no ser por una circunstancia, y es: que tú mismo no podrías ser feliz.

—¿No ser yo feliz contigo, Nina!

—Sí; á pesar de tu asombro y de esa lisonjera energía de tu expresión, esa es precisamente la verdad del asunto. Te conozco mejor Enrique Foster, de lo que te conoces tú mismo. Tú eres perezoso, vives en la ociosidad, eres un *fainéant*, y piensas que estás contento con eso; y no obstante tienes tanto orgullo como Lucifer y eres ambicioso. Tú eres capaz de mejores cosas, y si no puedes alcanzarlo se disipará tu sueño de felicidad como la niebla. Por lo pronto hay bastante en el amor, y por algún tiempo te contentarías igualmente que á mí; pero los hombres no viven de amor como nosotras las pobres mujeres: ellos necesitan un alimento mas fuerte. De aquí á diez años podría yo ser feliz todavía con mi amor; pero el tuyo, aunque sin disminuirse en un átomo, se vería sobrepujado y dejado atrás por la actividad progresiva y las exigencias de tu propia naturaleza de hombre. Al despertar entonces, ya tarde, te sería demasiado tarde para comenzar, y yo recordaría mi sueño de amor para hallar su traición en un esposo descontento y desdichado por culpa mía. Nunca podría yo perdonarme si mi egoísmo fuese causa de tu infelicidad. Por eso no me caso contigo, Enrique; y quizás al decirte con tanta franqueza, y darte mis razones sin sin ceremonias, estoy aplicándote el tábano que te pondrá en acción.

—En acción! Ah! no te acuerdas de lo que le sucedió á lo cuando la picó el tábano? Pero no! exclamó mudando de tono súbitamente y despojándolo de la amargura con que había empezado á hablar. No! no he de permitir que creas que tus palabras generosas han pasado por mi oído sin ser estimadas. Lo que me has dicho no ha sido desatendido ni me ha lastimado: créeme amada Nina; recojo tus nobles palabras segun la intención con que han sido pronunciadas. No puedo disimular que tu decisión me es indeciblemente penosa, y que tus ideas están en pugna con las que yo tanto he acariciado y en que fundaba mis mas dulces esperanzas; pero no dejo de alcanzar que tus ideas pueden encerrar la verdad austera á que yo no he tenido valor de hacer frente, mientras que las mías pueden no ser mas que meras ilusiones con que mi apática naturaleza cubre como un velo la falta de cumplimiento de sus deberes. Triste de mí! ¡qué rudamente despierto de mi sueño! Nina, es hora de que me despidas. No volveré al tema de esta conversación hasta que me encuentre capaz de combatir la opinión que tienes de mi ineptitud, ó de convencerte de tu equivocación.

Diciendo esto le alargó la mano.

—¿Nos separamos amigos? dijo ella con viveza.

—Nunca mas íntimos, contestó él con energía.

Pero ¿qué diantre he de hacer, y como habré de manejarme?—pensaba Enrique Foster algunas noches después, á tiempo que caminaba con dirección á la ópera, meditando con mucho desagrado sobre la determinación de Nina Bernard de hacer de él un héroe ó un trabajador contra su voluntad. Esto pasaba un año ó dos antes de la guerra, y entonces no estaban tan claramente definidas las obligaciones de los jóvenes de sus circunstancias, como lo han sido después en nuestro tiempo. El *amari aliquíd* que se hallaba entonces en cada manantial de juventud era la falta de algo propio que hacer; y por carecer de ello todos se dedicaban á vejar en completa ociosidad ó á hacer las cosas mas impropias que pueden imaginarse. Para los jóvenes de ocio y opulencia no había en aquella época, en la superficie de las cosas, mas alternativa que la de mayor riqueza ó mas ocio: mas riqueza por los medios depresivos y sórdidos del comercio ó profesiones comerciales; ó mas ocio, en la forma de correrías sin objeto, de posada en posada y de calle en calle, asistencia á tertulias, caballos corredores, con algun paseo campestre de vez en cuando, ó algun entretenimiento lánguido en artístico capricho

de extremada insustancialidad. Estas cosas así como las novelas insulsas y la charla de salón, ofrecían poco aliciente á los *esprits forts*; por cuya razón los *esprits forts* juntaban á sus placeres la botella de licor, y con este lastre llegaban pronto al fondo. Es verdad que tambien se conocía la política, y muy verdadera por cierto para quien quisiera. Pero el molde de la política no ha recibido nunca patente de nobleza en este país, y no ha habido otra puerta para entrar en ella que la alfarería y la junta del barrio, cosas de cuyo contacto se apartan con natural repugnancia nuestros jóvenes aristócratas.

En tal estado de sociedad de pocos alicientes ofrecía lo serio á sus aficionados, y fascinación ninguna. Las medianías sociales no tienen propensión á producir cometas, y cuando los jóvenes se disponen á desviarse de la órbita prescrita, no se elevan generalmente, sino declinan. Además, y volviendo á nuestro tema, no eran muchas las jóvenes que tomaban de las cosas el mismo punto de vista que la señorita Bernard. Todas hubieran sido igualmente exigentes en punto á lo que á ellas se debía, así como tambien á las costumbres y á la sociedad; pero mas allá, ni pensaban ir, ni acaso les alcanzaba la vista. Véase, por tanto, Foster, en un caso sin ejemplo, lo que hacia tanto mayor su perplejidad. Conocía que la señorita Bernard tenía muchísima razón; se admiraba de su resolución y hallaba en ella motivo para ensalzarse; pero—aquí se detenía su pensamiento: el camino se perdía aquí en un árbol que cerraba el sendero. ¿Cuál era precisamente la exigencia de ella? ¿Qué era, en resumen, lo que ella quería que él hiciera, ó que llegase á ser?

Sin duda deseaba ella verlo empeñado en alguna especie de caballería andante; y como la caballería andante era una profesión noble y laudable, se resolvió á seguirla al punto y de un modo permanente. Pero ¿qué clase de caballería andante era la que ella esperaba de él? y en cuál podría él contar con sobresalir? ¿Debería entrar de una vez en lidia á recibir cuchilladas y contusiones, y exponerse como Ivanhoe á besar el polvo del circo? O ¿se haría miembro de alguna hermandad para hacer las cuestas de San Greal como Galahad y Perceval? Todo esto era una confusión para el pobre Foster, en cuyas meditaciones habia una mezcla de lo festivo, lo triste y lo zumbón, con que iba entreteniendo el tiempo al ir hacia la Academia debatiendo en su mente el originalísimo problema de cómo hacer un héroe de sí mismo.

¿Por fin, qué es lo que ella quiere que yo alcance? ¿Algo que brille por fuera, ó algo que tenga una alma dentro? Y ¿para qué sirvo yo? ¿A qué puedo yo dedicarme? Mi espíritu exclama *hoc age*; pero aquí está el babilis, que necesito anteojos con que ver el *hoc*. Yo no tendria reparo en acompañar á Garibaldi en un lance: no sería mala aventura hacer dar una carrera á los *tedeschi* con sus casacas blancas, en las cercanías románticas de Como; pero yo no he hecho nunca gran cosa con un rifle, y la guerra italiana pide fuego á todo trance. ¿Le gustaría á ella que acompañase yo al Dr. Hayes al polo norte? Allí podría quizás aprender el dialecto esquimal, tomar afición al sebo crudo, y adquirir algun conocimiento de las corrientes eléctricas y la teoría de los ventisqueros. Voto á sanes! y podría llevar un diario, y escribir un libro tambien. Pero sería cosa de malísimo gusto quedarse aprisionado por el hielo en aquellas regiones árticas, como el pobre Sir John Franklin. Además, nunca he podido aguantar los pies frios: no; este pensamiento basta para despolizarme de una vez. En verdad, quisiera poder entrever algo de su pensamiento secreto acerca de una ocupación; yo no puedo creer que Nina le exija á un hombre que vaya á los mares del sur en asunto de misiones, solo por grangearse con ella opinion de fortaleza; ni que su definición del heroísmo implique una infracción de las leyes sanitarias ó de las leyes estéticas. No es preciso que su caballero andante sea un Quijote ni que se ponga un yelmo de Mambrino. En eso es una mujer verdadera, que tanta santidad encuentra en lo natural como en cualquiera otra cosa. Pero fuera de esto no puedo adivinar qué es lo que piensa. A fe que se necesita algo mas que un termómetro para tomarle el pulso á una mujer. Y siempre ha sido lo mismo, desde los días de Adán hasta esta época de Enrique Foster, en que la torpeza del hombre se ha puesto en contacto con la agudeza de la mujer. Bueno, si no me fuere posible captarme su voluntad, á lo ménos podré ver su bonita cara aquí en la ópera.

En efecto, estaba allí, y jamás se habia presentado mas radiante á sus ojos. El no habia vuelto á visitarla desde que fué rechazado, ni ahora iba á hablarle, ni se acercaba á ella; pero la contempló con ávidas miradas hasta que el alma toda se le iba tras ella. Pobre mancebo! Ya comenzaba á echar de ver todo lo que ella habia sido para él; y el desconsuelo por su pérdida crecía en la proporción que se le aumentaba su descontento de sí mismo, y que se le hacia imposible escalar la altura que tenia que alcanzar antes de llegar á ella.

—Tengo que llevarle una pluma del ala del fénix, dijo con amargura al salir del teatro, yo que no creo en la existencia de tan extraño pájaro, ni mucho ménos sé en qué lugar anida. Es maldita fortuna, por cierto!

No se encaminó á la posada en que tenia su habitación, sino se quedó por largo espacio dando vueltas por las calles, sin objeto y con una independencia que mas que cualquiera acción revelaba la infeliz disposición de su ánimo. Era para él una sensación desconocida aquella desazon y descontento de sí propio, que lo mortificaba aun mas por su novedad misma. Porque Enrique Foster era un hombre notoriamente dispuesto para gozar, y que tenia fama de no permitir que los cuidados y las molestias le llegasen al pelo de la ropa: tanto lo habian alabado por su mansión en el palacio de *Sans Souci* que él habia llegado á mirarlo como propiedad suya; y ahora que la negativa de Nina Bernard le habia hecho descubrir lo profundo de sus afectos, y lo vivo de su sensibilidad, se

encontró indefenso y abrumado en su desmayo y confusión.

Pasó por el club. Las ventanas estaban brillantemente alumbradas, y se oía el sordo murmullo de la conversación y el golpe de las bolas de billar. Sintióse tentado á entrar á jugar, beber un vaso de licor ó una botella de champaña, algo que echase sobre su humor tétrico un barniz pasajero de alegría; pero pasó de largo, siguiéndose con medidos pasos de centinela, retorciéndose el bigote y atormentado por las espigas que le punzaban el corazón.

Pero como quiera que sea, siempre tiene uno que volver á su casa, ántes ó después, aunque su casa sea de huéspedes; y en este concepto enderezó sus pasos hacia la suya Foster, con su problema todavía por resolver. Cerca llegaba ya de la puerta de la muy decente mansión donde compraba todas las comodidades domésticas á un precio descomunal por semana, cuando á la inmediación de un farol de la calle se le acercó una mujer callejera que le dirigió la palabra del modo estereotipado. Repelióla él con alguna dureza, é iba á proseguir su camino cuando sintió que la mujer dió un traspie y que hubiere caído al suelo si no se hubiese agarrado del poste del farol. Habia en esta acción algo que lo hizo detenerse.

—¿Qué tiene V.? Supongo que no es embriaguez; le dijo con sequedad.

—Me muero de hambre! contestó la mujer con voz áspera y ronca, y sin alterar su posición inclinada, levantó hacia él una cara descolorida, macilenta y solícita, cuya significación comprendió él fácilmente á la luz de la lámpara.

—¡Vive Dios que así lo parece! dijo metiendo la mano en el bolsillo, tome V. y vaya á buscar algo que comer.

La mujer apretó el billete entre los dedos sin dar siquiera las gracias, se afirmó con trabajo sobre sus pies y echó á andar; pero no habria dado diez pasos cuando lanzando un gemido cayó al suelo perdiendo el sentido, moribunda tal vez, de todas maneras insensible. Para un hombre como Foster no habia tiempo para titubear ó discurrir: levantó á la pobre mujer en sus brazos, y un momento después la tenia en su casa de huéspedes, en su cuarto, y tendida sobre su propia cama. Con un vaso de agua caliente logró reanimarla algo; pero se hallaba ella en tan mala condición que se hacian necesarios otros auxilios. Llamó y al punto acudieron dos criados que tenían hartas pruebas de su liberalidad para no andar listos en su servicio; envió por un médico, hizo que le llevasen pronto una taza de té y algun alimento ligero, y al cabo de una ó dos horas tuvo la satisfacción de ver un principio de reacción y que la mujer se quedaba tranquilamente dormida. "Otra infeliz criatura" libertada esta vez en el acto de dar la zabolida fatal.

—No valia mas dejarla morir? preguntó el médico al concluir sus instrucciones, metiendo los honorarios en el bolsillo, y preparándose á salir.

—Para ella pudiera haber sido mejor, pero no para mí, respondió Foster.

Fuése el médico, y mientras la mujer dormía con tranquilidad y un criado se mantenía en observación, Foster sentado y con un libro por delante alumbrado por una luz cubierta con pantalla, comenzó á pensar. Mientras duró el periodo de actividad no habia hecho ninguna reflexión; pero ya era tiempo de reflexionar, y comenzaba á echar de ver que su impulso caritativo lo habia colocado en una posición algo parecida á la del hombre que remató un elefante en la almoneda. Veía, sin embargo, que ya no podia hacer otra cosa que seguir la aventura hasta el fin; y mientras John roncaba y soñaba con los cuchillos y tenedores, leía su libro y meditaba sobre lo imposible de la caballería moderna.

Por la mañana comenzaron á presentarse nuevos inconvenientes del mal negocio que habia hecho Foster. La mujer se despertó con mucha calentura, delirio y desvarios. Sus torcidas inclinaciones se expresaban en una forma que no decia nada bien con la atmósfera pura y la decencia de una casa de huéspedes de primera clase. De sus labios salía una corriente de maldiciones y palabras obscenas tan negra y pestilente como la que de los albañales va á desembocar al río. Las puertas de los cuartos de Foster no tenían tanto espesor que pudiesen contener encerrada en ellos la execrable corriente, y sus reconvenções no hacían mas que exasperar el frenesí de aquella calenturienta.

Foster envió por el médico otra vez; presto! pero la señora de la casa tambien hizo llamar á Foster. Lo recibió con un aire severamente virtuoso, de que no pudo él ménos que sonreírse interiormente, no obstante que su tendencia era para él verdaderamente trágica: le dijo que no hubiera podido creerlo aunque se lo hubieran dicho, y le intimó que desalojase al cumplirse la semana y que en el instante mismo hiciese sacar de allí "aquella criatura," porque de lo contrario se vería en la triste necesidad de llamar á la policía. Foster quiso explicarse, pero tanto valia intentar el milagro de Mahoma: ella le cortó la palabra con un últimatum todavía mas frío y perentorio. Hizole él presente que la mujer estaba muy mala y no podría quizás moverse. Pero ella no tenia que ver con eso ¿para qué la llevó allí? A esto contestó él que porque la habia hallado moribunda en la calle. Pues haberia enviado al vivaque ó á la casa de beneficencia: aquel no era ciertamente lugar propio para eso; ni era de esperar que ella pudiese consentirle mujeres semejantes en su casa; ninguno de sus huéspedes querria quedarse en ella. Aquello era un engaño y un insulto que nunca habria creído á un caballero como el señor Foster capaz de hacerle á una viuda desamparada. Dicho lo cual y para completar la demolición, comenzó la señora á sollozar y derramar lágrimas; viniendo todo á parar en que Foster le pagó su recibo, dispuso que llevasen sus baúles á otra posada, y se fué con su mal negocio al hospital mas cercano, donde cuidó de proveer lo necesario para que la asistiesen con los auxilios que exigía su situación.

Durante algunos días estuvo la vida de la mu-

jer pendiente de un hilo; pero al fin se vió fuera de peligro y comenzó á mejorarse. Foster cuidaba de ella con diligencia, pero para el día en que salió curada del hospital, ya habia él experimentado por completo los desagrados que á veces se proporciona el que se desvia del sendero trillado de la caridad y se mete á hacer las cosas por un método de su invención. La aventura de la casa de huéspedes hizo ruido naturalmente, y entre amigos y conocidos se hacían de ella cuantas versiones son imaginables, ménos la verdadera. Las guiñadas maliciosas y las indirectas que á cada momento le eran dirigidas, no alteraban mucho la ecuanimidad de nuestro amigo; ni hacia él mucho caso del santo horror que el hecho producía en los mogigatos de ambos sexos: lo que sí le dolía era verse reconvenido de mala conducta por los amigos de cuya buena opinion hacia mérito; y cuando, por último, encontró á la señorita Bernard en la calle, y ella pasó de largo sin hacer la menor demostración de conocerlo, sintió la mortificación mas amarga y mas terrible que habia experimentado jamás.

Fácil es conjeturar que estos incidentes no contribuían á aumentar las buenas disposiciones con que Foster miraba ya su ancha. Y con todo esto, habia en la índole del sugeto, cierta especie de sedimento tenaz que solo por oposición podia sacarse á la superficie, y el hecho mismo del clamor levantado contra él lo aguijoneaba quizás á hacer mayores esfuerzos por demostrar que no tenian razón. Llegó á mirar á aquella mujer como una carga que le enviaba la Providencia; y resolvió no dejarla flotando expuesta á ser arrebatada por el primer viento recio, sin hacer por lo ménos algun esfuerzo por ponerla en puerto de salvamento.

"El médico dijo que yo hubiera hecho mejor en dejarla morir," decía él para sí;—"pero yo les haré ver todo lo que yo he hecho bien y todo lo que ellos han interpretado mal."

Y así sucedió que para el tiempo en que Sara Lough, que así se llamaba la mujer, estuvo en disposición de salir del hospital, ya tenia un protector en Enrique Foster. Antes de esto tuvo con ella una entrevista para acordar lo que habia que hacer; en lo cual descubrió que era una persona poco simpática y muy acabada por disipación y mala vida. Tendría treinta años de edad, y era cejijunta y mal encarada. Pertenece á la clase infima, era totalmente ignorante, no creía en nada generoso ó bueno, y su instinto era el de cierta especie de desesperación apática que es lo mas difícil que hay de arrancar de tales almas. Era visible en ella algo de agradecimiento por lo que debía á Foster; pero era asimismo evidente que no podia alejar de sí la idea de que él habia tenido algun móvil de interés, aunque desconocido para ella todavía. Vivía en guerra con la raza y necesitaba mas razones todavía para poder eximirlo de sus sentimientos hostiles. Al contemplarla Foster sentada en presencia suya, con aquellas facciones rudas y montaraces, y tan vulgares y toscos modales, pensaba que hasta la misma señora Grundy, su ofendida patrona, habria sido desarmada de sus sospechas si hubiera llegado á ver el objeto de ellas.

Preguntó á Sara si tenia algun lugar á donde ir, ya que estaba restablecida; á lo que contestó que á su parecer tendria que volverse al mismo de donde venia cuando se encontró con él; que ninguna persona decente habia de querer saber nada de ella, y que así tendria que ir donde podia, cualquiera que fuese el lugar.

"V. tiene dos manos bien fuertes, y me parece que puede muy bien trabajar," le dijo Foster sin rodeos.

En lo cual convino ella sin dificultad, añadiendo que se alegraría mucho de hallar cualquier trabajo en que emplearse; pero que esperando llegaria á morirse de hambre, porque la gente no puede trabajar sin tener una base de que partir.

Después de una larga consulta con Sara y con las hermanas de la caridad que tenían á su cargo el hospital, resolvió Foster hacer un ensayo encaminándola á nuevo género de vida: no lo animaban las mas halagüeñas esperanzas; con todo, quizo probar á ver lo que podia alcanzarse con esfuerzos perseverantes y bien dirigidos. Era posible que su empeño lo hiciese objeto de la risa de los demás; pero salvaria una alma, y al fin y al postre no habia de costarle gran cosa.

Buscó, pues, un lugar en donde hacer hospedar á Sara Lough, le compró ropa decente, y le hizo proporcionar la única clase de obra de que ella era capaz: costura sencilla. Mas allá de esto y de un poco de supervigilancia, lo preciso para que ella entendiese que él se interesaba por su bienestar, pero no tanto que pensase que él la espiaba, no pasaron los planes de Foster para la reforma de la mujer; y tal vez por esto mismo dieron mejor resultado. El no le predicaba ni le enviaba sermones; ni de palabra ni por escrito le echaba en cara su torpe camino; procuraba, sí, de un modo modesto y sin charrería hacerle comprender el valor de no depender sino de sí misma, que viesse que sostenerse con mediana comodidad mientras trabajase con tesón, y que experimentase que era mas feliz así de lo que lo habia sido llevando la vida de que acababa de separarse. Y al mismo tiempo hacia que comprendiese que la ayuda que le estaba dando no era mas que temporal y hasta que estuviese en camino, estimulándola á que guardase sus cortos ahorros para que comprase una máquina de coser.

Ingratísima y refida fué la batalla que tuvo que sostener con aquella mujer de áspera condición y rústica índole; pero por grados logró su incansable bondad y la eficaz energía de su buen juicio alcanzar el fin apetecido. Poco habia en ella que pudiera interesar á un hombre de gusto refinado: para Foster no habia peligro en "jugar con la lumbré" en sus escasas relaciones con ella. Y con todo, no podia nuestro amigo ver sin un orgullo natural cómo iba exorcizando el demonio espantoso de que estaba poseída su protegida. Observó que su costumbre de trabajar se hacia cada vez mas ordenada y constante; su salud se mejoraba á merced de un régimen mas arreglado; su ánimo y su espíritu adquirían cierta elasticidad; y en su vestido

mas limpio y mejor dispuesto, sus modales mas comedidos y propios, y su semblante mas confiado, descubria pruebas satisfactorias de que la reforma en que tanto se habia interesado se hallaba en buen camino.

Pero entretanto se efectuaban cambios, y nada gratos por cierto, en la economia domestica del mismo Foster. La transicion de una casa de huéspedes a un hotel, no habia hecho mas que causarle admiracion de haber pasado tanto tiempo sin proporcionarse las comodidades de la vida; pero la conexion ilicita que le suponian con Sara Lough lo habia hecho tropezar con muchas caras desdeñosas en la sociedad. El dominio de sí mismo y algo tambien de porfiaz y tenacidad en su carácter no le permitian en tales casos adelantarse á dar explicaciones. Uno ó dos desaires recibidos lo habian vuelto suplicaz para imaginarse otros desaires: suponía que le cerraban la puerta en casas que habia visitado con satisfaccion, y no se cuidaba de entrar por otras puertas que sabia que estaban todavia abiertas para él.

Otro hombre en su situacion hubiera corrido peligro de hacerse ismaelita; pero era cualidad característica de Foster, salir siempre fuerte de la oposicion y las dificultades. Por otra parte, y sin que el lo echase de ver, habia ejercido su empresa de mejorar á Sara Lough una influencia poderosa en desarrollar la actividad latente de carácter que en muchos hombres como él, por estar largo tiempo dormida, llega á morir de atrofia. De repente habia tropezado con una falacia social: habia descubierto una rotura en el manto de púrpura: venia á desengañarse de que la gente que él estimaba no podia tolerar ni la caridad misma á menos que fuese *comme il faut*. Además, habia llevado al foro en su propia persona los juicios superficiales de la sociedad, habia puesto á prueba la amistad en que creia poder confiar, y en ambos respectos habia hallado vasto espacio entre los dichos y los hechos. Imaginábale que la sociedad lo habia tratado particularmente mal; no habia encontrado sino camino llano en tanto que habia seguido su antigua vida ociosa, sin hacer cosa alguna, sin dársele cuidado de nada, pero sin perturbar ningun objeto; mas apenas se habia propuesto ejecutar una buena accion verdadera y genuina, se habia armado el mundo contra él, habia acumulado sobre su cabeza una granizada de interpretaciones falsas y de calumnias, y lo habia echado fuera como profeta del mal. No podia darse un hombre que tuviese mas respeto que Enrique Foster por la máxima *"quiescit non movere"*; pero en este caso sabia que la razon estaba de su parte y la sin razon de parte de la sociedad; que habia hecho una accion buena y honesta por una mujer extraviada é infeliz; que obrando con la intencion mas pura habia logrado una reforma de que hubiera desesperado el mismo John Howard; y que por este hecho lo habia juzgado la sociedad sin oírlo, y lo habia sentenciado sin apelacion. Confiado en que el tiempo le haria justicia, aguardaba la obra segura del tiempo; y no queria abandonar su buena empresa á una preocupacion infundada; ni habia de ir á pedir perdon de rodillas á la sociedad que tan mal lo habia tratado. No; sabia reprimirse, y estaba resuelto á seguir su camino.

Pero, entre tanto, extrañado y en destierro como se veia, comenzó á echar de menos alguna ocupacion: le entró una especie de inquietud extraña y comprendió que no le era posible pasar la vida en dar vueltas por las calles recogiendo mujeres extraviadas en quienes practicar la medicina espiritual: forzoso era emplearse en algo menos extravagante y mas sustancial. Comenzaron entónces á brotar en su mente las aspiraciones naturales; y él comenzó á maldecir de la ociosidad en que habia dejado correr tan buenos años. Sin saber casi lo que hacia se encontró dando pasos adelante en el camino de su descuidada profesion jurídica, y á poco pasaba ya en ella la mayor parte de las horas de trabajo, limpiando de polvo y volviendo á ordenar sus libros, clasificando de nuevo sus papeles, y perfeccionando con el estudio y cuidadosos repasos sus buenos conocimientos antiguos en su profesion. Leia por ocupacion y no para provecho de clientes, pues no tenia idea de que estos viniesen. Por casualidad, sin embargo, tropezaron con él uno ó dos que le confiaron pleitos, de que se hizo cargo con particular gusto, no obstante que sus confrades del foro se reian burlescamente de ver el nombre de Enrique Foster inscrito en las listas de causas criminales y civiles, como defensor de pleitos cuyos honorarios no le bastarian para comprar cigarros. Pero esto le proporcionaba algo que hacer; encontraba en ello algo en qué pensar fuera de sí mismo, y, segun pensaba filosóficamente, tanto que hacer puede hallar un abogado en una causa que le dé cinco pesos, si quiere, como en otra en que su actividad sea estimulada por mil pesos de honorarios.

Estando un dia sentado en su bufete estudiando un caso muy enmarañado de apelacion, entró el abogado con quien él habia aprendido leyes. Era este el señor Códice, uno de los miembros mas eminentes del foro de la ciudad, y fuera de su profesion el hombre mas observador, mas sagaz y de mas cabeza que pudiera imaginarse.

—He visto tu nombre impreso en algunas de las listas, Enrique, le dijo despues de saludarlo. Qué significa eso? un mero capricho? ó intentas seguir practicando con formalidad?

—A fé que no lo sé, respondió Enrique: la cosa es demasiado reciente para que haya yo formado una resolucion todavia: volví á emprender los estudios por casualidad, por decirlo así, por no hallar otra cosa que hacer; y veo que me gustan mucho. Por supuesto que estas causas ruines de que me he hecho cargo no me presentan ocasion de lucimiento; pero las he admitido por cálculo, y me parece que no haria yo mal abogado si me cayese en las manos algun asunto de importancia.

—Eso es precisamente lo que queria decirte. Te vi ayer en el tribunal y me pareció leer en tu semblante que ansiabas por tener un buen pleito. Y supe tambien, picaron, que estuviste criticando mis argumentos: no lo niegues. Pues bien, yo soy hombre franco y conozco muy bien

tu calibre. Creo que en tí se encuentra material para un abogado excelente, y que solo falta que pongas manos á la obra. Vamos: yo te diré lo que hay que hacer. Ahí tengo el caso del testamento de B. . . que se verá dentro de dos semanas: el punto que se ventila es muy importante, ha llamado mucho la atencion y ofrece la mejor oportunidad para un triunfo ruidoso: yo estoy demasiado ocupado para hacer todo el trabajo; si quieres te asociarás conmigo como abogado director, y partiremos honra y provecho.

Los ojos de Foster brillaban de placer y gratitud al aceptar la generosa proposicion del señor Códice.

—No, nada de gracias, dijo éste, yo sé lo que me hago; tú me servirás de mucho, y me ahorrarás muchísimo trabajo engorroso. Nada de gracias. Por la mañana á las nueve te espero en mi despacho: allí están los autos, los examinarémos juntos y acordarémos el plan de campaña. La batalla será reñida, pero confio en que la ganaremos. Adios.

No necesitaba Foster que nadie le encareciese lo grande del servicio que le hacia su antiguo maestro de derecho al colocarlo en posicion tan conspicua en una de las causas mas importantes del día; y él se propuso no solo obrar de modo que su padrino no tuviese que arrepentirse de su buena intencion, sino hacer hábil uso de tan rara oportunidad para asegurarse un rango incuestionable en el gremio. Al efecto se decidió en las dos semanas siguientes á un estudio asiduo é incesante, sin ir á ninguna parte ni ver á otra persona que el señor Códice.

Debo, sin embargo, hacer excepcion de una noche en que á ruego de Sara Lough fué á verla. Deseaba ella consultarle acerca de una proposicion que le hacian de ir á un lugar del interior con otra mujer que intentaba establecerse en sociedad con ella como costurera de señora. Hechas las averiguaciones convenientes vió Foster que la proposicion era provechosa para su protegida, y la animó á que la aceptase, ofreciéndole al mismo tiempo ayudarla en lo necesario.

—Tengo suficiente dinero para mi objeto, le dijo ella, y al levantarse para irse añadió muy conmovida: "No tengo para qué darle á V. gracias por lo que ha hecho por mí: ni V. las necesita, ni yo sabria expresarlas. V. ha vuelto á hacer de mí una mujer; lo ha hecho V. del único modo que le era posible, y esto á pesar de cuanto decian y pensaban las gentes. Yo sé mas de lo que V. cree; no lo referiré todo; pero sé que V. ha experimentado grandes sinsabores por causa mia, y sé que ya esos disgustos tocan á su fin, y que va V. á recibir una recompensa mayor de lo que V. se imagina por haberme hecho tanto beneficio. Oh! señor Foster, confio en que será V. muy feliz; yo sé que lo será."

Habia algo en las palabras significativas y en las penetrantes miradas de la mujer que llamó la atencion de Foster; y al volverse á su habitacion llevaba la cabeza llena de pensamientos y de imágenes de Nina Bernard.

Segun lo habia previsto el viejo Códice, la causa del testamento de B. . . excitaba el mayor interés en el público y en la facultad. Siempre habia gran número de expectadores en los dias que duró el juicio, entre ellos muchos profesores, y un corrillo de cronistas de periódicos que consagraban cada dia á este asunto cuatro ó cinco columnas de los diarios de la mañana. Foster se vió algo embarazado al principio; pero esto duró poco y aun se olvidó pronto con el interés creciente de la causa, que por los diversos puntos que abrazaba, el carácter dudoso y las vicisitudes varias de la prueba, y la capacidad de los abogados empleados en ella, reunia todas las circunstancias de una gran campaña estratégica. Nuestro amigo se portó admirablemente: habia estudiado la materia con ardor bajo la hábil direccion del viejo Códice, y habia penetrado de tal modo en todas sus contingencias que se encontraba armado en todos puntos, y prevenido como un buen jugador de ajedrez para contener cada jugada prevista de su contrario. Desempeñaba tan cumplidamente su papel que en la noche anterior al dia en que iba á cerrarse el juicio cambió de plan Códice y cedió á su compañero el discurso final. Foster quiso excusarse, pero el abogado viejo no admitió réplica.

—Todo mi temor, le dijo, era que no conservases tu sangre fria, y para esto has mostrado aptitud. Tenemos ya vencidos todos los pormenores técnicos, y quiero que presentes el caso al jurado. Tú tienes mas *vim*, mas fuego que yo, que estoy ya viejo: tu sangre joven te permitirá electrizarlos mas, ponerte en mas estrecha relacion con ellos; y eso es cuanto necesitamos para ganar el pleito. Ahora vete á tu casa y prepárate para reunir tus fuerzas: yo creia haber adivinado toda tu capacidad, Enrique, pero has superado mis esperanzas. Echa el resto mañana.

Ya esto lo tenia resuelto Foster, y llegado el dia se lució en un discurso de tres horas de una manera que le causó á él mismo tanta sorpresa como á cuantas personas lo oyeron.

—Lo has hecho admirablemente, le dijo Mr. Códice estrechándole la mano, al tiempo que se sentaba á descansar, con todos los nervios de su cuerpo agitados de tan insólito esfuerzo.

—Ha ganado el pleito, dijo con aspereza el abogado principal de la parte contraria, lanzando una mirada escudriñadora á los jurados, á tiempo que los ministriles los conducian fuera de la sala del tribunal.

Y así sucedió, porque ántes que pasara media hora estaba decidida la causa del testamento de B. . . por una sentencia á favor de las partes representadas por Códice y Foster.

Al salir estos del tribunal, dijo Códice:—Hablándole de otra cosa, Enrique, tengo un encargo para tí.

—¿Para mí? de quién?

—Sí, para tí, y de una señorita muy amiga mia: la señorita Nina Bernard; creo que tú la conoces.

—Oh, sí, la conozco!

—No sé cómo, pero supongo que por la natural curiosidad de su sexo, ha tomado un interés extraordinario en el curso de esta causa nuestra de B. . . ; y me ha encargado que te diga que tendria gusto en que fueses á verla mañana á cualquiera hora, si tienes tiempo, para que le referas todo el asunto. Dice que hace tiempo que no vas á verla, y que por eso te envia ese recado especial. Yo estoy ya muy viejo para hacer de Ganimedes; pero le prometí dártelo. Por supuesto que irás?

—¿Qué si iria! ¡Qué superfluidad de palabras!

SARA LOUGH habia de partir para su destino á la mañana siguiente muy temprano; y despues de la comida se dirigió Foster á su habitacion á cumplirle la promesa de despedirse de ella. Vivía Sara en la guardilla de una casa pequeña, y al subir las escaleras que estaban enteramente oscuras á la hora del crepúsculo, pasó rozándose con Foster una señora que habia con celeridad, y que no pudo ver quien era. Pero cuando llegó al cuarto de Sara halló á esta mujer en el pasadizo llorando y muy agitada. Al verlo creció su agitacion y le preguntó:

—¿No la ha encontrado V.? ¿No se ha cruzado con V. en la escalera?

—Encontrado, á quién? exclamó él.

—A ese ángel; á la señorita Bernard.

—¿Qué! la señorita Bernard aquí?

—Sí, bendita sea una y mil veces! Ella me ha favorecido; ha hecho por mí tanto como V. Llegó á sus oídos lo que V. habia hecho por favorecerme; no dió crédito á las mentiras; me siguió la pista y descubrió la verdad. Lo hizo por V., no hay duda: todo lo sabe; no se detenga V. por mí; sígala V. y alcéncela. No se detenga V., señor Foster. ¿No le he dicho todavia que ella lo ama á V.? Ha estado tan nerviosa con el discurso de V. de hoy, que poco le faltaba para llorar. Adios, señor Foster: Dios lo proteja á V. y á la señorita Bernard.

Foster no la escuchaba ya, ni se acordaba del objeto que lo habia conducido allí. Echóse á correr por las escaleras, que bajó saltando de tres en tres escalones, á riesgo de desnucarse. La calle estaba ya oscura y los faroles encendidos; pero él sabia el camino que habia de seguir, y no necesitó mucho tiempo para dar alcance á la dama, que iba tambien á paso largo con su velo echado.

—Señorita Bernard! Nina! le gritó casi sin aliento—llevo el mismo camino; quiere V. tomar mi brazo?

No contestó ella una sola palabra, pero con mano trémula le tomó el brazo.

—Me dijo el señor Códice que deseaba V. verme mañana; no sería lo mismo esta noche?

—El señor Códice dijo eso? Ah viejo picaron! Yo no le he dicho nada de eso, créame V., señor Foster. Le he de dar por eso un buen tirón de orejas.

—Me dijo que tomaba V. mucho interés por la causa del testamento de B. . .

—Ciertamente. ¿Habló V. hoy? ¿Ganó V. el pleito?

—Sí, se decidió á mi favor.

—Quiere decir que lo ha hecho V. muy bien, señor Foster?

—¿Y para qué desea V. saberlo?

—¿Para qué? porque yo he sido quien le ha dado á V. el pleito.

—V. me ha dado—á mí—el pleito!

—No hay la menor duda. Supe que estaba V. tan desesperado que habia descendido á hacerse cargo de penencias y palizas; tuve compasion de V. y me interesé con el señor Códice para que le proporcionase algun asunto decoroso que lo sacase á V. de toda ocupacion humillante. Y es claro que deseaba que saliese V. bien despues de haber respondido que así sucederia.

—Nina, yo. . . me he dedicado á trabajar, como V. ve.

—Sí, y me parece V. muy ruin con sus amigos. ¿Está V. tan ocupado que le falta tiempo para visitar?

—Nina, V. sabe como me desairó V. en la calle.

—Oh! yo estaba loca aquel dia; acababa de oír las voces que corrian. No las creí mas que por un dia, Enrique, y siento haberle hecho á V. esa injusticia. Despues he hecho lo posible por repararla.

—Aquella mujer me acaba de decir. . .

—Enrique Foster, dijo Nina, volviéndose de pronto á mirarlo, y apartando otra vez la vista con prontitud, es V. un hombre muy noble.

—¿Lo cree V. así Nina? ¿Cuán grato me suena eso en los labios de V.!

—Sí; hizo exactamente lo que era justo, pero lo que por nada de este mundo habrian hecho los demas, que ni siquiera han sabido reconocer el mérito de la accion de V. A eso llamo noble.

—Bien, Nina; pero ademas me he dedicado á trabajar.

A esto no tuvo ella que responder.

—¿No le parece á V. que he hecho algo?

Por toda contestacion le estrechó ella ligeramente el brazo.

—El obrero merece su salario, Nina.

No hubo contestacion.

—Nina, ¿no tienes todavia confianza en mí?

Vuelta á mirarlo y vuelta á apartar los ojos.

—Sí, Enrique, confio en tí.

Y así fué como Enrique Foster ganó las espuelas, como fiel y buen caballero, digno de romper lanzas por el honor de su dama, la señorita Nina Bernard.

SALINAS.—El pueblo de Kansas está de enhorabuena por el descubrimiento de una gran salina en el extremo S. O. del Estado. Dice el *Tribune de Lawrence*, autorizado por un caballero de los muchos que en romeria han visitado ya la region salada,—que cubre el suelo enteramente, formando capas que pueden levantarse con palas á carretadas. La sal es de la clase mas pura, capaz de usarse sin prepara-

cion alguna desde el momento que se recoge del suelo. No bien se quita una capa, dejando la tierra al descubierto, cuando aparece de nuevo y en uno ó dos dias se forma otra costra tan espesa como la primera por los depósitos salitrosos del suelo. Se extiende la salina con mas ó menos abundancia sobre un campo de 60 millas.

Robo de Mujeres.

El célebre robo de las Sabinas, no es un hecho aislado en la historia de Roma. Aun hoy dia existe en algunas tribus salvajes la costumbre de arrebatarse aparente ó realmente por fuerza la mujer que se quiere hacer esposa. Al llegar á la casa del robador, si sucede que ella no aprueba el casamiento, huye á la de alguno que pueda protegerla; por el contrario, si lo aprueba, el asunto queda arreglado desde luego; á la mañana siguiente, se da un festín á los amigos y quedan casados los dos, el robador y la robada.

Un ejemplo de esta costumbre curiosa cuanto inexplicable, la presenta la isla de Nueva Zelanda. Y considerando la responsabilidad que se echa encima con cada mujer que roba, no puede uno menos de sorprenderse, no que se observe la poligamia, sino que todo neozelandés, no permanezca soltero hasta el fin de su vida. Porque con cada nueva esposa le es forzoso cargar con la familia de ella. Tiene que vivir en la misma aldea en que viven sus suegros, sus cuñados y cuñadas; cuando ocurra un disgusto entre el padre de su tribu y el padre de la tribu de su mujer, es preciso que tome la defensa del último contra el primero. Para ser libre desde que nace el neozelandés, no hay duda que parece un sí es no es gurrumino. Todos los actos de su vida están regidos por el querer ó el bienestar de su esposa, y si se rebela, se marcha ella corriendo á casa de su padre, llevándose consigo no solo sus vestidos penates, sino la buena voluntad de todos sus parientes hasta los primos en grado remoto.

Pero volvamos al robo de mujeres. Cuando un neozelandés le declara su pasion á una mujer, ó la roba y la hace suya de grado ó por fuerza, ó se expone á las burlas y al desprecio de cuantos le conocen, y le apellidan cobarde. Así que, no bien enamora á una damisela, y se la niegan sus padres despues de pedirselo en forma, cuando reúne á todos sus amigos y procede á ejecutar literalmente lo que figuradamente se ejecuta en los paises civilizados,—ponerle sitio á la dama.

Aproximándose al sitio donde ella está oculta, y donde, con toda probabilidad, los parientes sabedores del proyectado ataque se han reunido para defenderla,—el enamorado y sus amigos rodean la cabaña y tratan de echarla abajo. Los sitiados no dejan nunca de hacer una salida y ver de rechazar á los sitiadores, siguiéndose una lucha que acaba casi siempre por el arrebató de la muchacha de en medio de sus defensores, despues de hacer trizas la cabaña por poco que aquella se prolongue.

Es cierto, sin embargo, que la lucha no comienza en toda forma hasta que hecha pedazos la cabaña, aparece la muchacha convertida en una Magdalena, del sobresalto, sin duda, rodeada de sus mas ardientes defensores; porque á su vista el enamorado, que actúa como capitán, anima con voces al ataque á sus fieles compañeros. Pero no pára aquí la pelotera: en la mayor parte de los casos el uno y el otro bando saca á relucir sus cuchillos y corre la sangre. Los partidarios del pretendiente echan mano de la pretendida, y mientras tiran de ella por un lado, sus amigos tiran por otro; de que resulta que ó sale con una pierna ó un brazo descoyuntado, ó el novio desesperanzado de poseerla le hunde el puñal en el pecho y huye con los suyos, perseguidos por los otros que amenazan vengarse en el asesino y en toda su parentela.

Aun en los casos en que, por de contado, son mas frecuentes, los padres de la joven no se oponen á su matrimonio, es tan fuerte la inclinacion al robo de la novia, que el amante si la visita es á ocultas, y si se casa con ella, es sustrayéndola de la casa paterna. No disgusta á los padres semejante proceder, porque eso les proporciona la ocasion de quejarse, y de que el yerno para conciliarlos les dé una buena fiesta y costosos regalos.

—Se enseña actualmente en Londres la antigua muestra de una taberna llamada de los *Cinco todos*. Representa un rey, un noble, un clérigo, un soldado, sentados á la mesa, y un paisano de pié junto á ellos. El rey dice:

- Yo lo como todo;
- El noble:
- Yo lo pillo todo;
- El clérigo:
- Yo lo absuelvo todo;
- El soldado:
- Yo lo defiendo todo;
- El hombre del pleito:
- Yo lo pago todo.

—Un suavo frances contestó á un prusiano que le presentaba un fusil de aguja:

—¿A mí fusiles de aguja? Quite allá. No los necesito; porque yo no coso sino descoso.

He visto en la cabeza de una mujer casada un aderezo de diamantes; en un brazo un brazalete de oro: he leído en esas joyas la disension de la familia, y acaso el principio de su ruina.

Conviene á una madre descuidar algo su persona, para cuidar mucho de la de sus hijos; á una cristiana, renunciar estériles adornos para socorrer necesidades verdaderas.

Mujer que se niega al amor de los hombres, no busque engalanándose su aplauso y sus miradas. Ocuételes, sí puede, su hermosura para que Dios solamente la vea.



UN BARBERO JAPONÉS.

Un Barbero Japonés.

AUNQUE no "bárbaros" en la estricta acepción de la palabra (excepto cuando ganan una victoria ó ejecutan criminales), los japoneses lo son en otro sentido, pues que la tonsura se mira en la tierra del Taicun con tanta nimiedad como la barba entre los Tembladores. El paciente en mas de un sentido, que despacha el barbero de nuestro grabado de hoy, pintura fiel de las costumbres japonesas, es la vera efigie del rapista y del rapado.

El afan del primero de estos dos hombres se cifra en reunir en el coronal de su victima la trenza del cabello á fin de atarla con una cinta, despues de haber rapado de cuajo el resto de la rabeza. La operacion es tediosa, pero parece que el tonsurado se ha armado de toda su pa-

ciencia, pues ha acomodado las piernas y brazos debajo de la mesita, sobre la cual se ven dos vacias con sus correspondientes jaboneras. Sin embargo, no haya temor de que la tijera ó la navaja del barbero japonés, muerda el cabello ni arrolle el cutis del paciente, porque los instrumentos de su oficio no se parecen á las cuchillas de abrir ostras, con que atormentan á sus parroquianos los barberos de los pueblos civilizados.

Las Estatuas de Mozier.

El distinguido escultor americano Mr. Mozier, residente en Roma y bien conocido de sus paisanos viajeros, acaba de exponer siete de sus mas bellas estatuas en mármol en la galeria

de la calle Décima de esta ciudad, edificio nombrado Studio. Raras veces se goza aquí la oportunidad de contemplar obras de tanto mérito. Todas las de que hablamos ahora fueron modeladas y esculpidas en Roma, metrópolis aun de las bellas artes del mundo civilizado. El autor se halla actualmente en el país de su nacimiento y cediendo á las instancias de muchos americanos, que visitaron su taller en Italia, ha traído las estatuas consigo.

Son siete por todas, segun hemos dicho,—*el Penseroso, la Ondina, Pocahontas, la hija de Septé, Peri, Llanto de Wish-ton-wish* y el *Grupo de la vuelta del hijo pródigo*; que es la mas importante de la coleccion y la que ha puesto el sello á la fama de grande artista que ya goza Mr. Mozier. Nosotros la hemos escogido para dar con su grabado una idea del estilo y genio

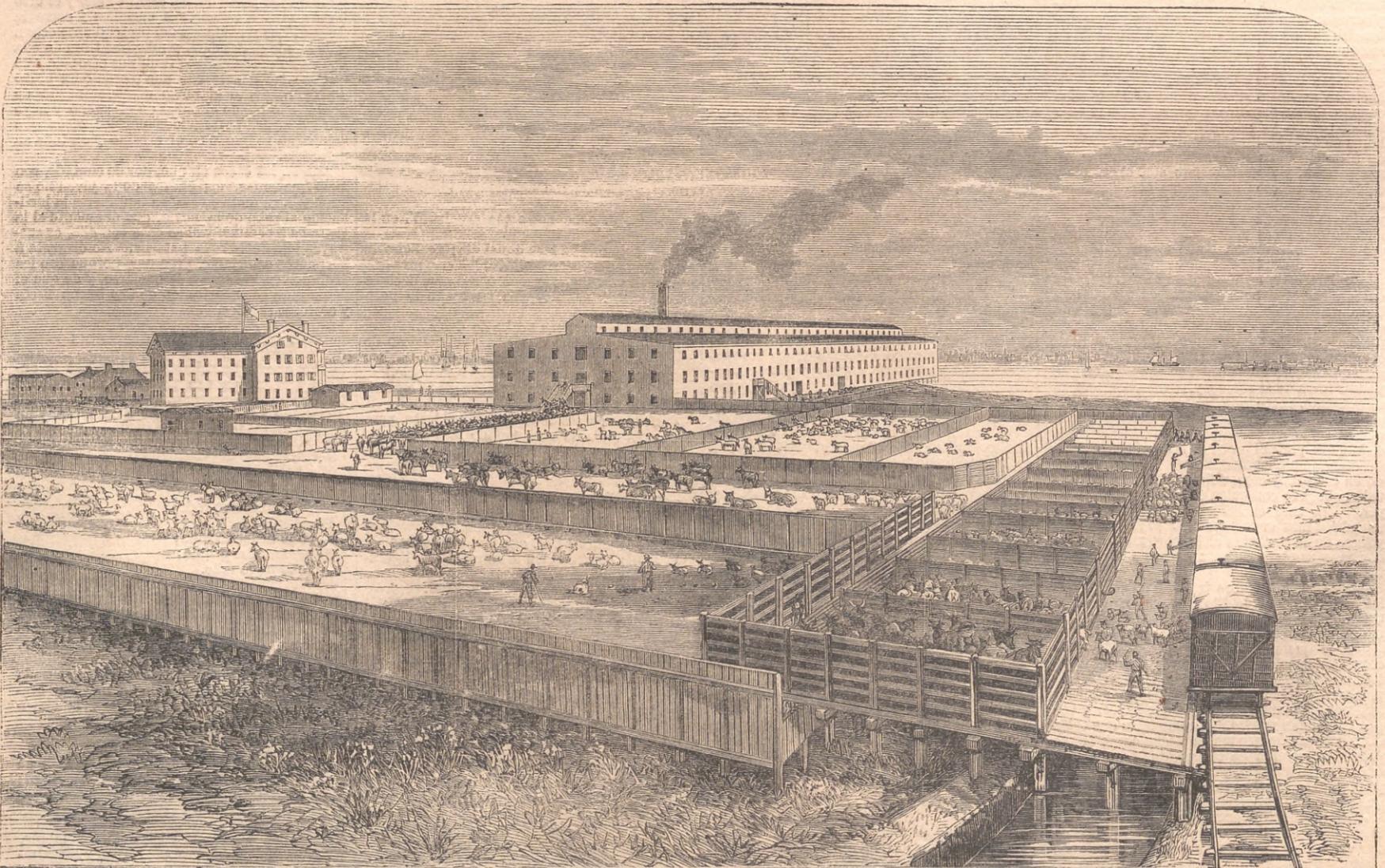


LA VUELTA DEL HIJO PRÓDIGO.—GRUPO EN MÁRMOL POR MOZIER.

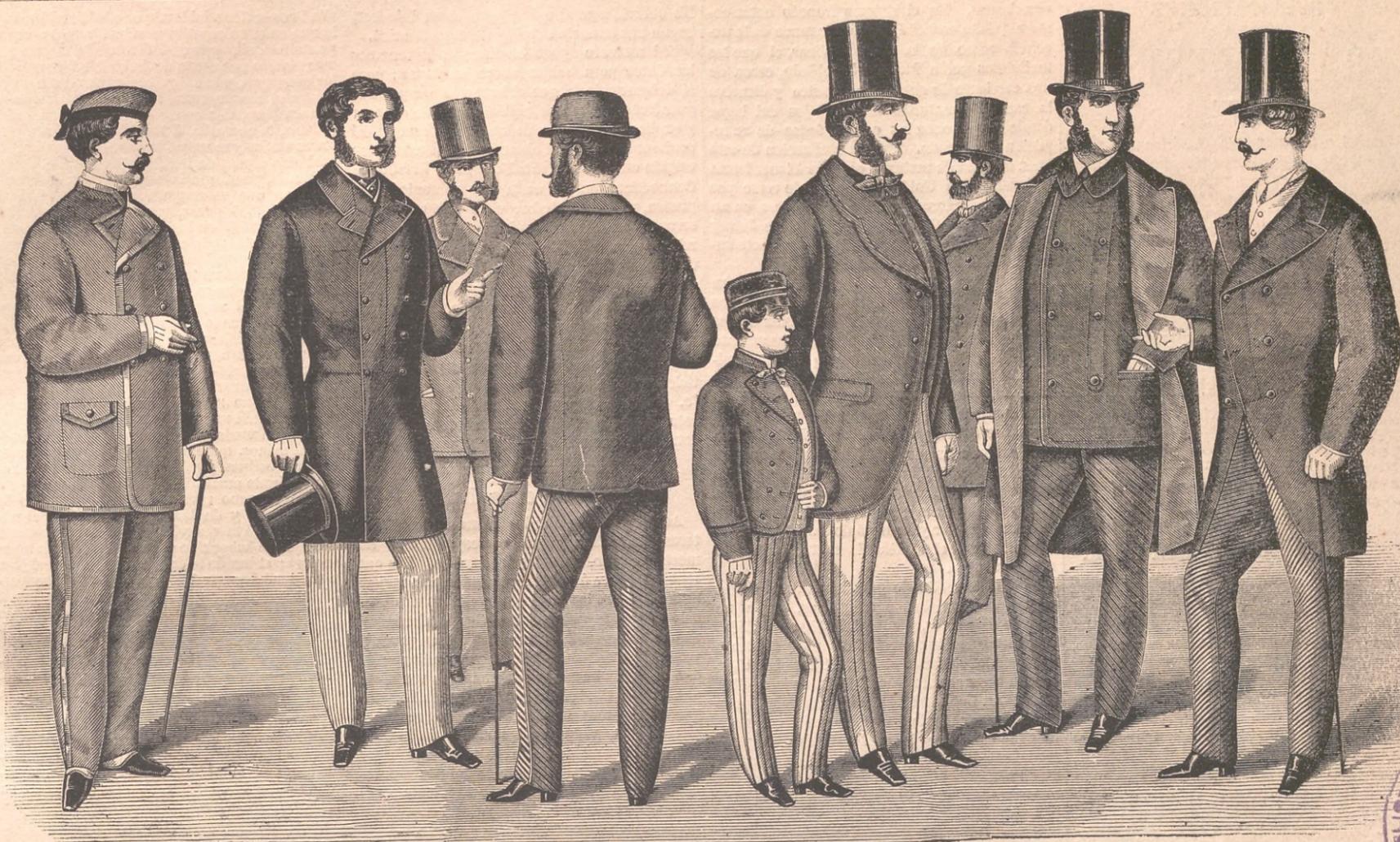
del escultor. Ella es la ilustracion de aquel pasaje tan conocido de la Biblia:

"Y él se levantó y vino á casa de su padre. Pero cuando se hallaba á gran distancia, su padre le vió y tuvo de él compasion y corrió y le echó los brazos al cuello y le besó."

Las dos figuras son del tamaño natural. El hijo rodea el cuello de su padre con el brazo izquierdo y reclina la cabeza en su pecho, mientras el padre atrae á sí al hijo con la mayor ternura, le besa la frente y se la humedece con sus lágrimas. La figura del padre recuerda uno de los antiguos patriarcas que nos pintan los profetas de la Biblia: en su cara se marcan con caracteres salientes, la compasion, el afecto paternal, y la misericordia. Lleva en la cabeza el turbante hebreo, cuyo ropaje es amplio y por eso es fuerza que le haya costado al artista me-



DESEMBARQUE ED GANADO NE LOS CORRALES DE COMMISARIAT, PARA EL CONSUMO DE NUEVA YORK.—PÁG. 91.



MODAS DE CABALLEROS PARA EL OTOÑO.

ses de estudio y de trabajo. Toda la figura respira animacion y fuerza, por donde se deduce que nada se ha descuidado.

La figura del hijo representa un jóven de 18 á 20 años de edad: la extenuacion de sus formas muestra las privaciones que ha sufrido; hambriento, cansado y á punto de desfallecer vuelve al techo paterno; todo esto está expresado con el cincel sobre la materia bruta por la mano del hábil escultor. Es en la cara del hijo pródigo sin embargo, donde se descubre el triunfo del artista. Cuando el arrepentido jóven reclina la cabeza en el seno de su padre y levanta hácia él los ojos, ilumina su emaciado rostro una sonrisa celestial. Al descubrir la misericordia de su padre, un sentimiento de gratitud ensancha su corazon y todas sus facciones revelan un mundo de ternura.

Aquel que á la vista de este grupo, no se siente movido de compasion ó piedad, fuerza es que tenga un corazon tan duro y frio como el mármol de que está hecho.

Una Tienda en el Brazil.

De todos los oficios el del zapatero es el que ha ofrecido siempre y en todos los países mas lugar á la crítica y á la observacion. Entre los zapateros mismos, el remendon con marcada frecuencia ha prestado asunto á la novela. No ha dejado de ser él nunca personaje importantísimo en mas de una intriga amorosa, ni su covacha el receptáculo ya de un enamorado Macias, ya de un criminal famoso, ya de un personaje célebre, que quiere guardar el incógnito.

Pero en ninguna otra parte quizas como en el Brazil presenta tantos rasgos bizarros la tienda del zapatero remendon. No solo se ven allí zapatos y botas viejas, que tambien encierra de de muchas otras cosas un poco. Vende, por ejemplo, arroz en la espiga, frutas y raíces, ó aves domésticas, ó pájaros, ó monos, ó perros. Al lado de la cotorra, que mientras se vende aturde con sus chillidos, es cosa frecuente ver un titi arrebatándole al loro un pedazo de pan, ó metiendo su larga mano en la jaula del canario para robarle el alpiste. Y luego por los mechinales de las paredes, por los rincones, ó colgando de clavos y tarugos de madera, no es raro tropezar con un sombrero militar viejo, una casaca abigarrada y rota, un clarin, una guitarra cascada, un baston á guisa de báculo, el asta de un toro, y mil otros objetos mas, que han perdido la forma primitiva. Si no estuviese continuamente aporreando suela ó echando remiendos, como para mostrar que es zapatero, nadie le tomara por tal, sino por traficante de objetos raros y antigüallas.

En los países como el Brazil, donde estan en atraso las artes y oficios, donde tambien escasean los brazos libres é inteligentes, es muy comun la confusion de industrias de que hemos querido dar ahora idea á nuestros lectores. El hombre honrado y trabajador no desecha la ocasion que se le presenta de hacer dinero, y si una industria no le produce lo bastante á cubrir sus necesidades, la escasez de brazos le facilita el medio de dedicarse á otra y de abarcar varias á un tiempo. Casi siempre el zapatero remendon del Brazil es un individuo de la raza de color, cuando en la mayoría de los casos, es de la raza blanca el zapatero de obra prima.

El Sastre del Emperador.

M. LÉGER, sastre del emperador Napoleon I, ha muerto recientemente en Paris; con cuyo motivo los periódicos refieren la siguiente curiosa anédocta del afortunado fabricante del célebre *redingote grise*. Estaba encargado de

la roperia imperial el camarero mayor conde de Remusat; y se sabe que Napoleon dedicaba solamente 800 pesos anuales para gastos de su vestuario. Sábese igualmente que él usaba siempre calzon blanco de casimir, que se veia en la necesidad de mudárselo hasta dos veces al dia, porque en la prisa de escribir solia salpicarlo de tinta. El resultado era que las cuentas de Léger excedian casi siempre de la cantidad señalada para cubrir esos gastos, y el conde de Remusat no tenia facultad para aumentar el presupuesto. Al principio, Léger

presentaba su cuenta una vez al mes, el conde se disculpaba como podia y no pagaba, por supuesto. Léger determinó entonces mandar la cuenta cada quince dias, luego cada ocho y por fin diariamente, aunque sin mejor resultado, hasta que agotada su paciencia, un dia, mientras le probaba un uniforme nuevo de los Cazadores de la Guardia al emperador, se le quejó de lo que pasaba. La cólera y sorpresa de S. M. I. no conoció limites al averiguar que le debia á su sastre 6000 pesos. Hizo que le pagaran la cuenta al punto y despidió al conde

de Remusat. Cuando nombró para ocupar la plaza á M. de Montesquieu Fezensac, le dijo el emperador:—Espero que V. no me expondrá á la vergüenza de que mi sastre me cobre el valor de mis calzones.

Hácia fines de setiembre de 1805 pasó Napoleon por Paris en camino del Rin de vuelta del campamento de Boloña. Mandó llamar á su sastre. Hacia frio y este se echó encima de la levita un *redingote grise*.—Señor Léger, le dijo el emperador, le mando llamar para que mi ayuda de cámara le explique cómo quiero el uniforme. Voy á entrar en campaña y necesito algo abrigado y fuerte, que no sea tan molesto como una capa. . . Por ejemplo, algo que se parezca á ese sobretodo que trae V. puesto.

—Bien, haré un sobretodo á V. M. ¿Qué color? Le parece á V. M. bueno el color verde, un verde mas oscuro que el de la levita. . . ?

—No, no, replicó Napoleon; el verde es muy marcado. Gris, en el gris no se nota tanto el polvo.

Dos meses despues, durante la noche que precedió á la batalla de Austerlitz, el emperador se paseaba entre sus soldados y el *redingote grise* aparecia en la historia á la claridad de los fuegos del campamento.

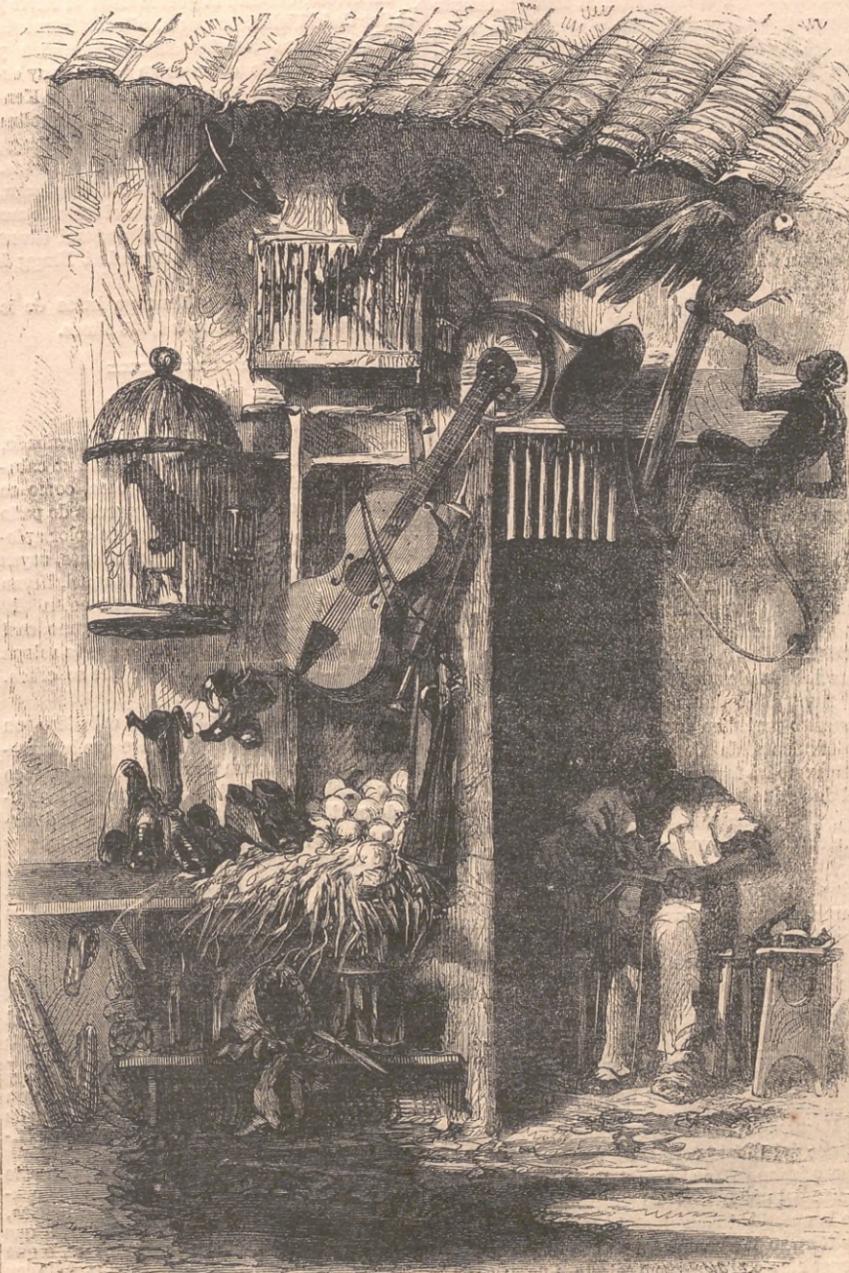
La bola de fuego.

HABIA sufrido mucho nuestro barco (cuenta un marino) por el mal tiempo y cuando nos acercábamos á las islas Canarias la tempestad era furiosa. El viento nos arrebató uno de los botes y se echó al punto el otro al agua para ver de recuperar el perdido. Grande era el riesgo, sin embargo, era mejor que unos cuantos se expusieran un poco á fin de recoger lo que, dentro de unas horas, quizas seria la única esperanza de salvacion de muchos.

Me hallaba yo en ese bote y con el fin de asegurar en lo posible nuestra vuelta á bordo sanos y salvos, arriamos una cadena atada al barco por un extremo. Aunque remamos por una buena distancia, no descubrimos el bote perdido en parte alguna, porque al alborotamiento del mar se unió la repentina oscuridad del cielo. Desesperando de conseguir el objeto de nuestras pesquisas, volviamos atras, y cuando yo tiraba por la cadena con todas mis fuerzas, una luz repentina y viva la iluminó toda y se extendió hácia la opuesta costa, como una lengua de fuego, y en diez segundos desapareció completamente.

Tendiendo la vista entonces hácia el barco, descubrimos el mástil envuelto al parecer en una lengua de fuego, y se presentó por el N.N. O. como una nube cargada de electricidad. A medida que cargaba sobre el buque le envolvia en una oscuridad profunda, y luego de imprevisto estalló, no en la forma de relámpago ahorrillado, sino en la de un perfecto globo de fuego, que se hundió en el mar entre nosotros y el barco, haciendo encrespar y hervir el agua, como si de pronto se hubiese calentado hasta el estado de ebullicion. Por el contrario el cielo, cual si se hubiese desgarrado el velo que lo ennegrecia, se despejó completamente y cesó la tempestad.

Al llegar al barco encontramos á todos los tripulantes sorprendidos de la escena que acabo de describir. Y esta fué la primera vez que yo contemplé el famoso fuego de Santelmo, sin que sepa que en ninguna otra parte, haya otro visito un meteoro eléctrico tan brillante ni notable como aquel.



EL ZAPATERO REMENDON EN EL BRAZIL.



PUBLICACIONES

DE

FRANK LESLIE.

SEMANALES.

"Frank Leslie. Ilustracion Americana."
 "Frank Leslie's Illustrated Newspaper."
 "Frank Leslie's Chimney Corner."
 "Frank Leslie's Illustrirte Zeitung." (Aleman.)
 "Frank Leslie's Boy's and Girl's Weekly."

MENSUALES.

"Frank Leslie's Budget of Fun."
 "Frank Leslie's Ladies' Magazine."
 "Frank Leslie's Pleasant Hours."

FRANK LESLIE.

Ilustracion Americana.

Calle de Pearl No. 537.

NUEVA YORK, 28 DE NOVIEMBRE DE 1866.

"EL TELÉGRAFO."

SUPLEMENTO GRATUITO A LA

"ILUSTRACION AMERICANA."

CON este título comenzamos hoy á publicar un papel de cuatro páginas, suplemento á LA ILUSTRACION, que contendrá las últimas noticias, tanto políticas como de otra clase, del país y del extranjero, y las competentes revistas marítimas, comercial y del mercado.

1.º. Publicará EL TELÉGRAFO, además de las noticias, revistas detalladas del mercado monetario de Nueva York y Londres, el movimiento marítimo de los Estados Unidos y de la América española, así como tambien los precios corrientes de las principales producciones de esos países en su comercio con el mundo, y las exportaciones de esta plaza.

2.º. EL TELÉGRAFO tratará de no mezclarse en polémicas políticas ó religiosas, pero sí cuidará de tener al corriente á sus lectores de todo lo que ocurra, extractando para ello sus noticias de los periódicos que merezcan más fé.

3.º. EL TELÉGRAFO como órgano imparcial de los intereses hispano-americanos, se esforzará en hacer conocer los recursos de esos Estados, y para ello publicará todos los documentos públicos, mensajes de presidentes, discursos de gobernantes, memorias de ministros, estados de aduanas, noticias estadísticas y bibliográficas, y de empresas de utilidad general. Como no podrá llenar debidamente esta parte de su misión sin la ayuda de los amantes del progreso de las instituciones y países hispano-americanos, los editores de EL TELÉGRAFO recibirán con gratitud todo papel, documento ó apunte que se les envíe con ese digno y civilizador objeto.

A LOS LITERATOS.

PARA llenar como es debido la misión civilizadora del periódico ilustrado, cuya publicación regular hemos emprendido desde el 7 del corriente, solicitamos la cooperación de los escritores de la América española. Nuestra empresa es grande cuanto difícil, útil al mismo tiempo que interesante, cumple pues que digamos con franqueza que no bastan nuestras propias fuerzas para llenarla en todas sus partes con felicidad. No sería tampoco el periódico el reflejo de la civilización y del carácter americano, si su redacción se redujese á las producciones meramente de sus actuales redactores. Por eso anunciamos que recibiríamos con gusto toda composición en prosa ó verso, tales como novelas, cuentos, descripciones de viajes ó de países, de costumbres ó hábitos, biografías, disertaciones, poesías, etc. escritas con brevedad y sencillez, en estilo claro y ameno, propias de la índole de este periódico.

Las composiciones que se nos remitan para su publicación en LA ILUSTRACION AMERICANA, las pagaremos al precio que se convenga entre el autor y los redactores, con arreglo á una pauta que en su caso daremos á conocer. Preferiríamos, sin embargo, que cada autor fijase el precio de su composición á tiempo de remitirla á esta oficina. Si no la aceptamos, la detendremos hasta que se reclame, esperando que entonces se nos envíe el porte de correo para la devolución.

AVISO.

El editor de LA ILUSTRACION AMERICANA participa á sus favorecedores que no autoriza suscripciones por más del precio anunciado, persuadido de que, con el TELÉGRAFO gratis, dicha publicación, á ese precio, es la más barata de su clase en el mundo. Los señores que se suscribieren á menos precio que el publicado, por conducto de agentes ó otras personas, deberán entenderse directamente con ellos, pues este establecimiento no será responsable en tales casos.

Gran Matadero de Communipaw.

En vano las autoridades municipales de Nueva York, de acuerdo con los consejos de la Junta de Sanidad y la comision de Policía, han tentado varias veces de alejar del poblado aquellos establecimientos contrarios á la salud, á la decencia y al ornato público. Todos sus esfuerzos se han estrellado siempre contra la libertad ilimitada que goza el ciudadano y lo sagrado del ejercicio franco de su industria. Todavía muchos mataderos, y otros establecimientos accesorios y concomitantes, afean la ya harto populosa ciudad, viciando el aire que en ella se respira con los desperdicios y jifas de las matanzas, derretimiento de sebo, preparacion de abonos y elaboracion de jabones.

Contra tamaños males, que parecen inherentes á toda gran poblacion moderna, se ha levantado un campeón mas fuerte, aquí al ménos, que la autoridad pública: el espíritu de especulacion americano. Este, guiado por el sentimiento de decencia, característico del pueblo anglo-sajon, empujando la clava de Hércules, se ha encargado ya de limpiar las caballerizas del nuevo Augias que parece habia sentado sus reales en la metrópolis del Nuevo Mundo. El resultado de sus hazañas empieza á notarse desde la ereccion del matadero de Communipaw, de que pasamos á hablar brevemente.

Los ingleses, como se sabe, han copiado de los franceses su admirable sistema de matazon; no siendo pues difícil, sino muy fácil y natural la imitacion en grande escala por parte de los

americanos. En el sistema francés entra como requisito esencial, tanto por razon de la decencia como de la salud públicas, el que los mataderos estén fuera del poblado, cerca de una corriente de agua que arrastre y disuelva la sangre y materias inútiles léjos del lugar donde se exponen las carnes, ántes de su remision al mercado. Pues la realizacion de este buen sistema de matazon empieza á tener forma en los Estados Unidos, como puede verse por el gran matadero que acaba de abrirse en un punto llamado Communipaw, al sur de Jersey City, opuesto á Staten Island, en la parte superior de la bahía de Nueva York.

Como por fortuna no hay que someter en este país á la operacion lenta y torcida de los expedientes y protocolos la realizacion de las empresas grandes ó pequeñas, del pensamiento al hecho del grandioso matadero de que venimos hablando no ha habido distancia apreciable. El terreno donde se ha levantado llamó la atencion hace algun tiempo de personas interesadas é inteligentes en la provision de carnes para el consumo; partiendo de ese dato se formó una compañía titulada del Ganadero, la cual autorizó la legislatura del Estado de Nueva Jersey el invierno pasado, y el 15 de octubre próximo anterior ya surgió de los pantanos de Communipaw el espléndido matadero de este último nombre.

El edificio destinado para la matazon de res mayor, con los demas accesorios, ocupa un área de diez acres, y cuando estén concluidos todos los corrales para el resguardo y descanso del ganado, entónces el área total no bajará de treinta acres; casi una caballería de la medida agraria en Cuba. Ya han construido grandes albañales por donde se vierte una corriente de agua caudalosa, la cual arrastra á su paso y conduce directamente al mar, la jifa y demas objetos que siempre abundan en las lomas del matadero, dañando su estancamiento las carnes destinadas al consumo.

Pero no bien los americanos han puesto la mano en este asunto cuando le han impreso con el sello particular de su nacion. La industria jifera tiene por accesorias, aunque bien separadas, la de la ganadería, la del transporte del ganado al matadero, y la del espendio de la carne en el mercado. Todas ellas, en una poblacion tan grande, están representadas por centenares de hombres, que forman clases aparte, que no se ocupan de otra cosa, y que bien al conducir el ganado, bien al extraer la carne, tienen unos y otros que demorarse mas ó ménos tiempo en el lugar del matadero, distante de la ciudad. Para llenar la necesidad del hospedaje, la compañía, al establecimiento de matazon y corrales, ha agregado un vasto hotel. Todavía con esto no quedaba bien americanizado el sistema que se tomaba del francés, y para ello en el matadero de Communipaw ha entrado la maquinaria á desempeñar muchas, si no todas las operaciones, que en los demas mataderos estan encomendadas al brazo del hombre, ahorrándose así tiempo, trabajo y gastos. Ni es de pasarse por alto que allí se han designado departamentos para la purificacion de la jifa, el sebo y la manteca; librando á la ciudad por completo de unas manipulaciones que tanto contribuyen al desaseo y al emponzoñamiento del aire respirable.

Dícese que los motores principales de esta gran empresa son traficantes en ganado de Chicago interesados en la provision del vasto mercado del Este, con quienes se han asociado los accionistas y directores de las compañías de caminos de hierro Central de Nueva Jersey y Pennsylvania, Fort Wayne y Chicago, que hacen casi todo el transporte del ganado de las dehesas del Oeste á los mercados de esta parte de la Union. Han inaugurado ellos sin duda una empresa tan estupenda como útil y necesaria, la cual no podrá ménos de tener imitadores, porque siendo vastísimo el consumo de Nueva York, el abasto de un solo matadero no llena las necesidades de la demanda.

Aunque diminuta damos en otra parte de nuestro periódico una vista completa del establecimiento de Communipaw, por donde el lector podrá formarse una idea mas definida de él de la que habrá podido formarse con la descripcion precedente. Hacia la derecha se ven los carros del ferrocarril Central de Nueva Jersey descargando el ganado en los corrales; hacia el centro se descubre el matadero, edificio inmenso que se avanza al mar, en cuya puerta del norte se agrupan las víctimas de la jifería; hacia la izquierda está el hotel, y á lo léjos, del otro lado de la bahía, se divisan las torres de la ciudad de Nueva York.

Meteoro Igneo.

HABIAN prometido los astrónomos que en la noche del 13 á la del 14, se veria un gran meteoro igneo sobre el arco del horizonte de esta parte del país. Con tal motivo habia dispuestto la autoridad municipal de Nueva York, que se tocaran las campanas no bien comenzara á tener efecto el fenómeno celeste, á fin de que la poblacion pudiera presenciarlo á sus anchas.

No ocurrió aquí al cabo; pero sí en Londres, segun nos anuncia el telégrafo trasatlántico.

Del meteoro igneo en Europa, no tenemos los datos para hablar ahora en forma; pero sí debemos decir que el hecho ha despertado grandemente en este país el deseo de conocer y explicar las causas de esos fenómenos. El profesor Loomis, del observatorio astronómico erigido en la universidad de Yale, Estado de Connecticut, en una carta que comunicó á la prensa, manifiesta haber visto 1,500 estrellas errantes en las madrugadas del 12 y 13 del corriente mes, cerca de 700 en cinco horas y veinte minutos de la primera mañana y mas de 800 en cinco horas de la segunda; siendo en cada una de estas el número mayor de estrellas observadas en un año.

En igual día del año de 1833 ocurrió una verdadera lluvia de estrellas errantes; cuya repeticion no se ha verificado este año sino en parte. Entónces segun los cálculos de los mejores astrónomos, no bajó de diez mil el número de estrellas observadas.

Museo Venezolano.

ACABAMOS de recibir los números de este interesante cofrade, que corresponden á los meses de julio, agosto, y setiembre. Los que tenemos ahora á la vista presentan una mejora notable sobre los primeros recibidos aquí, no solo en las litografías de que vienen adornados, sino tambien en las composiciones en prosa y verso. Las vistas de edificios, aunque litografiadas, son muy buenas y dan una idea ventajosa de Caracas, Ciudad Bolívar y Maracaibo. No puede ser mas interesante, como recuerdo histórico, la vista de las ruinas de la Casa Fuerte de Barcelona, que se vé en el número 19 del 1.º de julio. El retrato del poeta venezolano, Abigail Lozano, es de excelente parecido, si no obra acabada litográfica.

Chattanooga.

En su lugar correspondiente se hallará un grabado grande de Chattanooga á vista de pájaro. Es una aldea del condado de Hamilton, Estado de Tennesi, sobre el rio de este último nombre, que sirve de término á los ferrocarriles de Nashville y Chattanooga y Occidental y del Atlántico. Por este último se pone en frecuente comunicacion con las principales plazas de Georgia. Es muy importante su posicion geográfica respectiva; pero su celebridad data de época reciente.

En efecto, durante la guerra entre el Norte y el Sur de la Union, ocuparon alternativamente á Chattanooga las fuerzas confederadas y unionistas; siendo como es un punto muy estratégico ya para invadir á Tennesi y Kentucky, ya para invadir á Georgia y la Carolina del Sur. En 1863 la evacuó el general Bragg y de seguida la ocupó el general Rosencranz. Este fué batido por el primero en Chiamauga, y se encerró en Chattanooga con el resto de sus tropas; le socorre adelante el general Grant con un poderoso ejército, obligando á Bragg á levantar el sitio y huir.

La poblacion de Chattanooga ántes de la guerra se calculaba en unas 4,000 almas.

Modas de Caballeros.

LA primer figura de la izquierda del grabado, que se halla á la página 93, representa un caballero en traje de mañana, entre casa, como se advierte mas claramente por la gorrita de paño y las chinelas. El saco es de pañete color aplomado claro, lo mismo que los pantalones, cuyas costuras exteriores y las orillas de aquel, llevan por adorno galon de cinta de otro color. El saco es sobre lo corto, sin pliegue ninguno, casi ajustado, y aunque es indiferente que la solapa sea sencilla ó doble, es de rigor que se cruce. El cuello es recto.

La otra figura representa un caballero en traje riguroso de mañana; al paso que la tercera uno en traje comun de paseo ó trabajo, saco corto y holgado. Hacia la derecha hay la figura de un jóven de 12 años, con chaqueta de dobles solapas, abotonadas sobre sí mismas, y cuello recto. Las demas figuras, con sus trajes cerrados de alto á bajo y el sobretodo estan indicando la aproximacion del invierno. Los pantalones de lista menuda y colores claros son de última moda.

25,000 PESOS POR UN BESO.—Compareció el otro día ante el juez Jones, del tribunal superior de esta ciudad, la señorita Carolina A. Brower, en queja contra Carlos E. Fleming, reclamándole 25,000 pesos como indemnizacion por el abandono en que la ha dejado despues de arrebatarle un beso bajo promesa de matrimonio.

El caso no es nuevo. Su frecuencia en este país ya toca en escándalo; y en el que nos ocupa ahora han concurrido tales circunstancias, que, á ser ciertas, prueban una de dos, ó que ha habido parcialidad de parte del juez, ó que le ha dado una interpretacion torcida á la ley que protege el honor de la mujer. Se reveló en el curso del procedimiento no solo que la seño-

rita Brower tiene doble mayor edad que Fleming, lo que en sí no constituye culpa, aunque arguye malicia, sino que está divorciada de un primer marido por causa de infidelidad de uno de los cónyuges, y hace quince años tendia lazos contra el reo supuesto, le provocaba á que se tomara libertades con ella, se le sentaba en las rodillas, le acercaba á los labios la frente y de todos modos y maneras le asediaba y perseguía cual otra esposa de Putifar al casto José.

Sucedo, pues, que la única prueba de la promesa en que se apoya la querellante para reclamar 25,000 pesos, por la falta de cumplimiento, consiste en las palabras—por supuesto—que dice ella se le escaparon al jóven, cuando sentada en sus rodillas, él la ciñó el talle con un brazo y le pidió un beso, que le fué concedido á condicion de que se casaría con la donadora.

No negó el supuesto reo el beso ni las circunstancias que le precedieron; pero sí que la querellante pusiese una condicion tan onerosa por un favor tan pequeño, y mucho ménos que el—por supuesto—que se le escapó en un momento de desvario, fuese el sello de la promesa formal de que se casaría mas tarde mas temprano con una mujer que podia ser su madre, que no era viuda ni soltera, segun el rito católico, al ménos, que no pasaría en ninguna parte por una belleza, y sobre todo que nunca le habia inspirado amor.

Pero en vano presentó Fleming pruebas de su inocencia y de las artes que para hacerla pecar empleó la querellante; en vano protestó que léjos de haber sido el seductor, fué ella la seductora; el jurado le declaró culpable y el juez le condenó á pagar 1,000 pesos de daños y perjuicios por haber quebrantado la fé jurada á una mujer, casándose con otra, con quien le unian quizás lazos si no mas sagrados, mas dulces y sinceros.

Ello, ya se comprende, que si la ley y la opinion no protegieran, como protegen en los Estados Unidos la honra de la mujer, sería á cada paso el juguete del libertino, pues en ninguna parte goza ella de tanta libertad. Pero se nos figura que esta ciega ó parcial proteccion es causa de frecuente abuso, y que se darian ménos casos de la naturaleza del presente, si alguna vez hubieran mantenido los jueces en su fiel la vara de la justicia.

Academia de Ciencias de California.

IMPORTANTE DESCUBRIMIENTO GEOLÓGICO.

REUNIDA la Academia de Ciencias de California, en sesion ordinaria en su local de la esquina de las calles de Sacramento y Montgomery, á principios del mes de julio último, se trataron de diversos asuntos muy importantes; pero el que excitó mayor interés, por lo que importa á la ciencia geológica, fué el anunciado por el profesor Whitney.

¿Cuál es la edad de la tierra? No estan todavía de acuerdo los sabios sobre esta cuestion. Mientras que los tímidos se contentan con hacer remontar el origen de nuestro globo á cuarenta mil años, otros no temen elevar esta cifra á un millon de años. Entre las diversas teorías no tenemos la pretension de decidir; pero entretanto, piénsese lo que se quiera de la divergencia de opinion de los sabios, está probado hoy que nuestro mundo es mucho mas viejo de lo que nos atesta la tradicion bíblica. Se han determinado las épocas, como se sabe, por la inspeccion de las diferentes formaciones rocosas, que sucesivamente han servido de costra exterior de nuestro planeta; y las especies que han vivido en esas épocas, algunas de las cuales han desaparecido totalmente en nuestros dias, lo mismo del reino vegetal que del animal, han podido reconocerse y clasificarse mediante los fósiles encontrados en las diversas capas.

Hasta hace pocos años se estaba en la creencia de que el hombre no habia vivido en la superficie del globo sino despues de la formacion del periodo geológico actual. Pero descubrimientos posteriores hechos así en Francia como en Inglaterra, han probado lo erróneo de esta teoria. Se han encontrado osamentas humanas en los depósitos de piedra franca, al lado de restos de animales que han cesado de habitar las regiones europeas, y que ya no se encuentran mas que en Asia ó bajo las latitudes tropicales del Africa. Ahora mismo el profesor Whitney anuncia el descubrimiento de un cráneo humano en una formacion geológica todavía mas antigua, en aquella que precede á las erupciones volcánicas de California.

El cráneo de que se trata se encontró á 150 pies de profundidad, en un pozo á dos millas del campamento del Angel, en el condado de Calaveras. Le encontró un minero de nombre James Matson, quien se lo dió á un mercader, Mr. Scribner, este se lo regaló al doctor Jones, y este por fin se lo remitió al profesor Whitney. El último fué en persona al sitio, examinó por sí el pozo, interrogó á las personas que habian tenido el cráneo en sus manos, y se convenció de que se habia encontrado donde se le habia asegurado.

El pozo en cuestion encierra en el dia un poco de agua, corta cinco lechos de lava ó toba volcánica y cuatro depósitos de casquijo aurífero.

La capa superior de toba es compacta, homogénea, sin grietas que haga suponer que e fósil pasó á traves de ella. Para continuar las investigaciones se trata de desecar el pozo. Si no hay hecho que desmienta los datos recogidos, se puede afirmar que ese cráneo pertenece á un hombre que vivió ántes que se alzase el monte Shasta, las montañas del condado Butte y todos los picos volcánicos que cubren la California y elevan su altiva cabeza sobre la superficie del globo. El ángulo facial es el de un indio californiano de nuestros dias. Se enviarán fac similes del cráneo, que no es completo, á las principales sociedades etnológicas de Europa y de los Estados del Atlántico.

Esa mujer tiene hijos: apenas los vé por el día, y consagra la noche á bulliciosas diversiones. Eso consiste en que esa mujer los ha parido, pero no es su madre.



LECCIONES ORALES DEL ABUELO.

EL OJO HUMANO.

Ya os he hablado en una leccion anterior de la armazon del cuerpo humano y de todo el aparato que viste ese conjunto de huesos tan ingeniosamente unidos entre sí para sostener el cuerpo y permitirle el libre movimiento. Hoy quiero llamar vuestra atencion á una de las partes visibles y exteriores, cuyo análisis basta para dar una idea de los prodigios con que el Creador ostenta su poder aun en los objetos mas pequeños.

Uno de los medios que tiene el hombre para ponerse en comunicacion con los objetos que le rodean es el sentido de la vista. Por él apreciamos la distancia, distinguimos los colores y disfrutamos del magnífico espectáculo que la naturaleza despliega á cada paso. Además, dicho sentido nos proporciona atender á muchas necesidades de nuestro cuerpo y contribuye en gran manera á dotar nuestro espíritu de ideas muy elevadas sobre la naturaleza y el autor de esta.

El órgano de la vista es el ojo; máquina tan sabiamente construida que no hay artificio del ingenio humano que con él pueda compararse ni en lo delicado de la obra ni en lo útil de su uso.

El ojo en apariencia es simplemente un globo aplanado por delante y por los lados en cuya superficie están como pintados dos círculos concéntricos, cuyo color no es el mismo en todos los individuos. Nada parece mas sencillo de describirse pero cuando conocais todas las partes de que se compone, os sorprendéis al ver que objeto en apariencia tan poco digno de consideracion encierre un tan maravilloso mecanismo.

Encuétrase, en primer lugar, una membrana de color blanco que envuelve toda la superficie del globo ménos la parte de otro color que se halla en su centro y otra detrás que no se vé mientras el ojo está colocado en la concavidad donde se mueve.

Esta membrana se llama esclerótica y la parte circular que vemos en el espacio que ella no cubre se denomina córnea.

En la parte interior de la esclerótica se encuentra una membrana de color oscuro llamada coroides, que no llega nunca á cubrir la córnea pues entonces sería como un velo espeso y tupido que nos impediría la vision.

Ocupa su lugar detrás de la córnea una membrana llamada iris en cuyo centro se halla lo que llamamos pupila ó vulgarmente niña del ojo.

El barniz que cubre la parte de atras del iris se llama úvea. El iris tiene la facultad de hacerse mas grande ó mas pequeño segun es mas ó ménos fuerte la impresion de la luz que recibe. Así cuando esta es demasiado viva, el iris se contrae de tal modo que no recoge bastante luz y entonces casi no vemos como sucede cuando de un lugar iluminado por los rayos del sol pasamos á otro que no lo está.

En el caso contrario, sufre el iris tal dilatacion que no podemos tener los ojos abiertos sin experimentar una penosa impresion hasta que vuelve el iris á tomar las proporciones necesarias para permitir la vision sin ningun inconveniente.

Llábase retina, el punto en que se hace la vision y es una membrana que se dilata sobre la superficie de la coroides siendo una expansion del nervio llamado óptico, que conduce la sensacion de la vista al cerebro.

Entre la córnea y el iris se halla el humor llamado acuoso, por ser una especie de líquido semejante al agua, y está encerrado en una membrana que la separa de otro humor llamado cristalino por tener la transparencia del cristal. Entre esta y la retina se encuentra el humor vítreo encerrado en una membrana que lleva su nombre.

Me he ceñido simplemente á daros una idea del ojo humano y algun dia os explicaré los usos que tiene cada una de esas partes para ayudar al maravilloso fenómeno de la vision.

Ya veis cómo un objeto tan pequeño está compuesto de tantas partes distintas que todas contribuyen á una de las funciones mas importantes de la maravillosa máquina del cuerpo humano. No ménos sabiduría se ostenta en la formacion de tan importante órgano si le contemplais en su parte exterior y visible. Hállanse colocados los ojos en un sitio elevado para dominar mejor todos los objetos, y para resguardarlos de las violencias exteriores tienen los párpados, las cejas, las pestañas. Los primeros son pantallas con que voluntariamente interrumpimos la vision y escudos con que la defendemos de impresiones desagradables durante la vigilia. Durante el sueño son las cortinas que interponemos entre el mundo exterior y nuestro espíritu para entregarnos á un completo reposo.

Las cejas templan la impresion de una luz demasiado viva y las pestañas, al par que encierran los intersticios que dejan los párpados al cerrarse, nos sirven para rechazar las agresiones de los animalillos y corpúsculos que revolotean por el aire.

Advertid también cuanto contribuye el ojo á

la hermosura del cuerpo humano. El dá á la fisonomía del hombre la expresion que revela sus sentimientos interiores: en él se pinta la cólera con sus colores de sangre, la bondad con su mirar de ángel, la ternura que nos gana simpatías y la ferocidad que nos inspira horror. Así decimos con mucha propiedad que el ojo es el espejo del alma.

Sensaciones de Uno que se Ahogaba.

EN CIERTA ocasion en derredor de todas las lanchas cargadas de leña á orillas del Sena, nadaba él con voluptuosidad. Agua por aquí, agua por allá, agua por todas partes. ¿Cuántos metros de profundidad bajo sus pies? No se sabe.

Apesar de su larga cara imberbe, casi femenil, la idea del peligro no hace mas que amenazar el goce del baño. Si me acometiese un calambre, ó un desmayo, decía para sí, de seguro que me iba al fondo como una piedra.

Entonces se detuvo á meditar un tanto, se examinó las piernas y los brazos, se aseguró que no habia novedad en ellos y nadó de nuevo, cual si tras cada empuje se creyese seguro contra un peligro de que gustaba darse cuenta.

Se iba hasta el medio del rio y hacia que la corriente obliquara su direccion. Abstraído, olvidado de sí mismo, se balanceaba en las aguas como en un ensueño de frescura. Tuvo la idea de atravesar el rio; pero cediendo á una prudencia que juzgó excesiva, dijo entre sí, que lo haria la próxima vez que viniese á bañarse.

Queriendo descansar se propuso volver á la orilla; pero contra su deseo y prevision la corriente le arrastró y la linea continua de barcas atracadas se prolongaba indefinidamente. No habia mas abertura que aquella por la cual él habia pasado. Le agua el placer y le advierte del peligro una vaga inquietud. Para sostenerle, sus fuerzas ya no son bastantes y le es preciso remontar la corriente.

Se arma de valor, trabaja, pero adelanta poco, si se tiene presente que hace grandes esfuerzos y luego no hay alma viviente en las barcas. . . . Prueba á acercárseles lo mas posible á fin de descansar.

Percebe una soga á lo largo del bordo, se alza todo lo que puede, estira un brazo, y traga agua sin alcanzarla. Está demasiado alta y se fatiga en vez de descansar. El costado del barco parece hecho á plomo y es imposible subir.

Se acerca un bote que va á cruzar el rio. El pobre estudiante se lanza tras él con todo vigor. Los del bote creen que se trata de una regata y se mofan de él dejándole á retaguardia en dos por tres.

Con la mayor tristeza le mira alejarse; no le hace una señal, sino que del todo descorazonado vuelve al costado del barco de alto bordo. —¿Por qué no grité que me esperasen? Me hubieran creído? . . . Me habran visto echarla del buen nadador.

Con el corazon oprimido, vuelve á su lúgubre estacion. Luego que recobra el costado del barco, á poder de uñas, quiere ir hasta una escotadura que hay hácia el medio. Qué fatiga! El bordo es muy grueso, las manos se le resbalan y la corriente le arrastra las piernas en sentido inverso. Llega por fin á la escotadura; pero, cuán alta está todavía! Aprieta, hace un esfuerzo supremo, se endereza para elevarse; en vano, sus dedos no hacen presa.

Contra las tablas viscosas, como si les hubieran dado jabon, se deslizan sus rodillas y sus pies no hacen firme. Cada vez que se enarca en el costado del barco, se le desliza el cuerpo y queda colgando de los brazos, cada vez mas rendidos del esfuerzo y la sacudida.

Registrando, por acaso su pié derecho ha tropezado con un pequeño punto de apoyo, hay quizas lugar para el dedo gordo; pero por mas que lo encoge, no agarra; al fin afirmando la uña logra detenerse. . . . ¡Brillante esperanza! Ah! Hinca, le penetra las carnes, el apoyo es la punta de un clavo!

Se encorba de nuevo, valiéndose de la punta del clavo para suspenderse una linea. los brazos se le ponen azules del esfuerzo, la sangre parece que va á saltar de las venas. Este esfuerzo dura unos instantes de horrible ansiedad para terminar en la impotencia.

Los tendones se le aflojan al modo que las cuerdas usadas, su cuerpo pende de los brazos como una viga en ruina. Las manos se le han puesto de un azul negro, ya no las siente, poco á poco pierden los dedos su elasticidad. El cansancio corporal contagia su espíritu. Sin embargo, él se ve, tiene la conciencia clara del peligro, es testigo sordo del agotamiento de su propia vida. . . .

—¡Socorro! grita. Sí, aquí estoy. . . . yo soy quien grita. ¡Socorro!

Asoma una cabeza por la proa del barco, le mira, se rie y. . . desaparece.

—¡Ah! Dios mio! Cree que juego. . . Si se viese en el agua como yo, no se reiria. ¡Socorro! ¡Socorro!

Ahora el que mira es un carbonero, quien también se figura que es una falsa alarma.

—¡Ah! mis manos, se deslizan, no puedo agarrar mas.

Instintivamente abre las quijadas y clava los dientes en la madera.

Comprende entonces el carbonero lo terrible de su situacion, ya no duda, y se lanza para arriar un bote.

Peró en vez de apretar la madera aprieta unos contra otros los dientes, y uno por uno los dedos se desprenden. No ve, ni oye el bote que arrian por la popa del barco, pálido como un muerto cae de espaldas en el agua. Se hunde, el Sena le recibe en su seno frio sin dejar huella en la superficie, pero no han acabado los padecimientos del pobre estudiante.

Con un zumbido lúgubre se le introduce el agua en los oidos. De nada le vale cerrar la boca y apretar los dientes, el pecho le pide aire; forcejea por sobrenadar, . . . toca algo con la cabeza. . . ¡Maldicion! es la quilla del barco.

Abre la boca, se dilatan sus narices, con la violencia de una bomba vacía, sus pulmones absorben galones de agua turbia. . . . ¡Qué dolor! Quiere gritar y bebe agua, tuerce la boca y bebe también; y de cuando en cuando siente que su cabeza raspa los costados del barco.

La sofocacion se hace cada vez mas opresiva, son horribles las punzadas del pecho, tal parece que le emborran el esófago á martillazos.

Poco á poco pierde la sensacion y el conocimiento. . . . Se duerme. . . . Una ligera convulsion parece que le vuelve al dolor, en seguida quietud. . . . todo ha terminado. . . .

UN CUARTO DE HORA MAS TARDE.

¡Ah! mi pecho! ¡ah! mi cabeza! ¿Por qué está llena de plomo? ¿Qué frio! ¿Qué es lo que me hace abrir la boca? Sobre mi piel fria, siento unos labios candentes. ¿Y mis vestidos? ¿Quién me oprime el estómago y me quemaa? Gente. . . . ¡Ah! (le entran náuseas). Tú eres quien me arranca los pulmones. ¿Qué es esto? Sus cabellos me rosan la cara. Debo soñar. ¡Ah! no. ¿Quién me pasa este rallo por el pecho?

Para calentarle le frotaban con un haz de paja. Volvia en sí. Le rodeaba un grupo de hombres. Habia boteros con gorro rojo, trabajadores de muelle y bañistas en paños menores.

Excepto un chico que reia, los demas guardaban el mayor silencio y esperaban con afan su vuelta á la vida.

Por sí mismo habia venido á salir á la orilla, dícese que empujado por las olas que formó un vapor al pasar.

MORALEJA. — Cuando os arrojeis al agua honda, no pongais en ejercicio mas que la quinta parte de vuestras fuerzas; guardad el resto para la vuelta.

UN HOMBRE TRANSFORMADO EN MANZANO. — El cuento de Dafne transformada en laurel acaba de repetirse de la manera que se verá ahora.

Rogerio Williams, el fundador de Rhode Island, murió hace la friolera de 183 años, y el sitio donde se le enterró no estaba marcado ni con una piedra sepulcral. Se habia resuelto últimamente elevarle una tumba, con cuyo motivo se empezaron á buscar sus restos mortales, y se averiguó que yacian en cierto punto donde crecia un frondoso manzano. Escavóse la tierra en torno del árbol y en vez de los huesos de Rogerio Williams, no se encontraron mas que el carnero y clavos del atahud, pero las raices de aquel se habian extendido de manera que representaban ni mas ni ménos la envoltura de un cuerpo humano. Por cráneo habia una exerecencia leñosa; dos proyecciones laterales se descubrian en direccion de ambos brazos; la columna vertebral la figuraba una cadena nudosa guarnecida de ramas que describian las costillas, y se dilataba en dos haces ligeramente encorbadas en el punto de las rodillas, como en representacion de las piernas. No contenia ya un átomo de sustancia humana todo este conjunto de vegetacion plástica; era una transformacion completa de la materia; en una palabra, un hombre vegetal. Este extraño fenómeno, por inverosímil que parezca, lo explica no obstante la ciencia. Atesta la química, que los músculos, las sustancias blandas del cuerpo, como tambien la materia gelatinosa, que ocupa las cavidades de los huesos, se resuelven en gas ácido carbónico, en hidrógeno y en oxígeno, al paso que el fosfato de cal permanece en estado sólido. En el caso actual, aun este elemento habia desaparecido, habiéndole absorbido el árbol y transfundido en su sistema orgánico. Para decirlo de una vez, Rogerio Williams se habia pasado todo entero á las raices, al tronco, á la corteza, á las ramas, á las flores y á los frutos del manzano. ¿Cuántas personas no han comido inocentemente parte de Rogerio Williams!

La Leyenda de Perrotin.

Justo ha sido sin duda el tributo de condolencia que han pagado los diarios á la memoria de Perrotin con motivo de su muerte reciente: él fué el editor, el amigo y el legatario universal de Béranger.

El modesto mobiliario de pino, los grabados, todos los objetos en fin que guarnecian el cuarto del gran poeta en París, recogidos devotamente por Perrotin, que los transportó á su casa de campo en las cercanías de la capital francesa y los colocó en el mismo orden en que los tenia su dueño cuando vivia, le sirvieron para rehacer de algun modo el sitio donde Béranger exhaló el último suspiro.

Hase dicho á menudo que este hizo la fortuna de su amigo, lo que no es absolutamente verdadero, como tampoco lo es, segun afirma un biógrafo, que Perrotin fué el bienhechor de Béranger. Si Perrotin viviese no dejaría de protestar contra semejante alabanza, pues era él demasiado modesto y sincero para admitir un honor que no habia merecido.

Cierto es que Béranger habia cedido sus últimas canciones á Perrotin en cambio de una pension, cuya cifra este tuvo la generosidad de aumentar aun cuando el resultado no correspondió á sus esperanzas; pero no es cierto que Perrotin hubiese comprado directamente del mismo autor sus Primeras canciones.

Los que presentáron en las fuentes bautismales de la publicidad los hijos primogénitos de la musa de Béranger, fueron los hermanos Baudouin, célebres editores de la época de la restauracion. Sábese con qué aplausos fueron recibidos á su entrada en el mundo literario y político aquellos hijos predilectos del gran poeta: tan buena fué la acogida que los primeros editores creyeron ver agotada la edicion en muy corto tiempo.

Tal fué, asimismo, el parecer de un jóven patriota, antiguo subteniente de caballeria, que, largo tiempo prisionero en Prusia, se habia decidido á buscar en el comercio de libros en París un empleo á su juventud, á su inteligencia y actividad. Su capital consistia de

diez mil francos que le habia traído en dote su mujer: todo ese dinero lo ofreció á los hermanos Baudouin en cambio de la propiedad de las canciones de Béranger y fueron suyas.

De este modo fué cómo Perrotin por trasmano llegó á ser el editor de Béranger. Se pasaron algunos meses despues de la celebracion de aquel contrato con los hermanos librerios. Cuando cierto dia le ocurrió á uno de estos averiguar qué se habia hecho de su cofrade novato y de sus canciones. Le encontró en una tiendecita de la plaza de la Bolsa; á solas el librero, sus canciones intactas; pues por el espacio de tres meses apenas si se le habia presentado uno que otro comprador. Las primeras palabras con que Perrotin recibió á Baudouin fueron estas:—Estoy arruinado.

—Ya veo, le contestó el otro, que la venta está paralizada; pero me ocurre una idea que quizas saque á V. del apuro.

—¿Cuál? preguntó Perrotin dando un suspiro.

—Ya la sabrá V.; ante todo hagamos un pequeño contrato.

—¿Querrá V. comprarme la edicion? exclamó Perrotin sin poder disimular su regocijo.

—No en verdad; pero cédame V. un franco por cada ejemplar que venda de la edicion en la tienda, y le descubro mi secreto.

Convino en ello Perrotin y añadió Baudouin:—Venda V. los volúmenes por entregas á razon de diez céntimos una.

El consejo era bueno y lo siguió el librero al pié de la letra, y en pocos dias la edicion quedó agotada, siendo necesario hacer, como se sabe, otras varias.

Y he aquí cómo, á pesar de la tradicion, se puede decir que no es verdad que Béranger hizo la fortuna de Perrotin, ni que Perrotin fue el bienhechor de Béranger. Lo que no les impidió de amarse mutuamente como si fuese verdadera la leyenda.

Milton componiendo el Paraiso Perdido.

MILTON, libre y olvidado, proseguia con ardor la composicion de su sublime obra. El tenia entonces 56 años; estaba ciego y lo atormentaba el mal de gota. Una vida estrecha y de miserias, muchos enemigos, el sentimiento amargo de sus ilusiones desmentidas, el peso humillante de la desgracia pública, la tristeza del alma y los dolores del cuerpo, todo daba al traste con su débil existencia; pero un genio sublime moraba en él. En sus dias rara vez interrumpidos, en las largas vigiliias de sus noches, Milton meditaba, y hacia versos sobre un motivo que por largo tiempo le preocupaba, y que, todos los acontecimientos y todas las pasiones de su vida habian madurado, por decirlo así. Separado de la tierra por la pérdida de la luz, y por el odio de los hombres, el poeta no pertenecia sino á ese mundo misterioso del cual contaba las maravillas. "Dadme ojos á mi alma," decía Milton á su Musa; y en efecto, veia en sí mismo, en el vasto campo de sus recuerdos y de sus pensamientos.

Los furiosos del fanatismo, el entusiasmo de la revolucion, los tristes gozos de los partidos triunfantes, las enemistades irreconciliables de la guerra civil, todo esto á su vez habia ejercitado el genio de Milton. Los púlpitos de las Iglesias de Inglaterra y los salones de Westminster, todos llenos de sediciones y de terribles amenazas, le habian hecho oír el grito de guerra contra la libertad que él acababa repetir en sus cantos. La religion independiente de los Puritanos, sus éxtasis místicos, su ardiente piedad sin fé positiva, sus interpretaciones arbitrarias de la Escritura, habian gustado de quitar todo freno á su imaginacion, y le daban cierto aire de impetuoso y de ilimitado, como los sueños del fanatismo.

A tan grandes fuentes de originalidad, es preciso añadir esa fecunda imitacion de la poesia antigua que alimentaba la musa de Milton.—Homero, despues de la Biblia, habia sido su lectura favorita. Lo sabia de memoria y lo estudiaba siempre. Ciego y solitario, sus horas estaban distribuidas entre la composicion poética y el recuerdo siempre agradable de las bellezas de Isaías, de Homero, de Platon, de Eurípides. El habia hecho aprender á sus hijas el griego y el hebreo para leerlo correctamente; y cada dia, al levantarse, Milton se hacia leer un capítulo de la Biblia hebrea; luego se ponía á trabajar en su poema, dictándole los versos á su mujer, ó algunas veces á un amigo, á un extranjero que le visitaba, etc. La música era una de sus distracciones, tocaba el órgano y cantaba con sentimiento.

En medio de esta vida sencilla y ocupada, acabó MILTON su inmortal obra:—"EL PARAISO PERDIDO."

El manuscrito de esta obra incomparable, terminado en 1667, se vendió en 10 libras esterlinas, y quedó por mucho tiempo en el olvido. Addison fué el primero que hizo conocer todas las bellezas de la obra y estableció la reputacion eterna de Milton.

Mesas de Billar Americanas de primer orden.



Y COMBINACION DE COJINES.

Aprobadas y adoptadas por el Congreso de los aficionados al billar. Son las mejores y únicas en su clase que se manufacturan en el país. Todo lo concerniente á artículos de billar, como son: tacos, bolas, etc., se hallarán de venta en el almacén de los señores

PHELAN & COLLENDER, Nos. 63, 65, 67 y 69 calle de Crosby, Nueva York.

E. A. VASQUEZ, CORTADOR

De los Señores V. B. DEPIERRIS y Ca., Sastros, 509 Broadway, New York

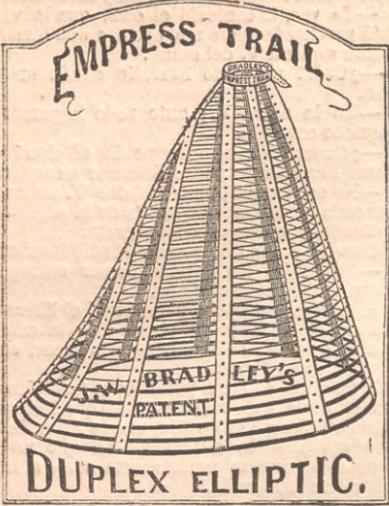
MODAS DE OTOÑO DE 1866.

Las Crinolinas ó Malakoffs de doble resorte y elípticas de DUPLEX, mejoradas por J. W. BRADLEY, son las de última moda. Combinan la comodidad, con la durabilidad, la economía con la elegancia de forma, que ha hecho de las crinolinas elípticas de DUPLEX el non plus ultra de la moda.

Se venden por mayor en los almacenes de sus fabricantes y únicos propietarios del privilegio

WEST, BRADLEY & CARY,
91 Chambers y 79 y 81 Reade streets
NUEVA YORK.

Como tambien en los almacenes de los negociantes por mayor.



La última Moda.

NO MAS SARPULLIDO.
SE ACABO LA SARNA.

El Unguento de Wheaton
Los cura en 48 horas.

Tambien cura Tifia, Ulceras, Sabañones y todas las Erupciones cutáneas.—Precio 50 centavos. Se vende en todas las Boticas.

A las personas que remitan 60 centavos á WEEKS & POTTER, únicos Agentes, 170 Washington St., Boston, se les enviará una cajita por el correo, á cualquier parte de los Estados Unidos.

REAL LOTERIA DE LA HABANA.

SORTEO DE 9 DE OCTUBRE DE 1866.

No. 12,315	premiado en	\$100,000
No. 30,979	"	50,000
No. 16,138	"	25,000
No. 12,175	"	10,000
No. 16,472	"	5,000
No. 17,373	"	5,000

Estos son los mayores premios. Los premios se pagan en oro. Se dan informes. Se pagan los premios mas altos por las onzas de oro ó moneda de plata.

TAYLOR & Co., Banqueros, 16 Wall St. N. Y.

COLECCION DE RELACIONES Y DOCUMENTOS RAROS Y ORIGINALES

RELATIVOS AL

Descubrimiento y a la Conquista de America
SACADOS PRINCIPALMENTE DE LOS ARCHIVOS ESPAÑOLES.

Publicados en su Texto Original
CON TRADUCCIONES, NOTAS ACLARATORIAS, MAPAS Y RESEÑAS BIOGRAFICAS.

POR E. G. SQUIER, M.A. F.S.A.,

Miembro de la Sociedad de Anticuarios de Francia; de la Real Sociedad de Anticuarios de Dinamarca; del Instituto Arqueológico de la Gran Bretaña; de la Sociedad Etnológica Americana, etc., etc.

El No. 1, con traduccion en ingles y un mapa, está ya de venta, impreso 4o menor, en tipo antiguo y en papel excelente; y contiene:

Carta dirigida al Rey de España por el Dr. Don Diego de Palacios, Oidor de la Real Audiencia de Guatemala, año 1576.

Se ha impreso ahora por la primera vez en su texto original y la acompaña una traduccion inglesa. Contiene la mas antigua relacion de las Ruinas de Copan. Las visitó Palacios quien las encontró despues del Descubrimiento, casi en su condicion actual. Sus observaciones sobre los indios, su idioma, sus usos y costumbres son muy detalladas y exactas.

El número consta de 130 páginas. Precio, mandado por el correo ó por otro conducto \$5.

El No. 2, Monógrafos de autores que han escrito sobre las lenguas de la América Central y recogido Vocabularios ó Compuesto libros en los dialectos nativos de ese país.

Este número consta de 70 páginas. Precio \$3. Los que deseen suscribirse pueden acudir á la oficina de LA ILUSTRACION AMERICANA.

537 Pearl Street, Nueva York.

PARA CURAR

Las Enfermedades del ESTOMAGO Y LOS RIÑONES, EL REUMATISMO, LA HIPOPIESIA, LA GOTA, LA PIEDRA, y todos los desarreglos que proceden de los excesos é imprudencias,

Usese el Extracto de Bucku DE SMOLANDERO,

Que venden B. F. STEPHENS, O'Reilly No. 42, Habana, y todos los boticarios en general; BURLEIGH & ROGERS, Boston, Mass., Agentes Generales por el propietario, E. de los U. E.

DEGRAAF Y TAYLOR,
87 y 89 Bowery, Nueva York.

Poseen aun un grande y variado surtido de muebles de sala y comedor, lo mismo que camas de todas clases. Es el establecimiento que mas puede satisfacer las necesidades del mercado en los Estados Unidos. Venden por mayor y menor á precios ínfimos.



AVENTURA TERRIBLE CON UN COMEDOR DE GENTE.

ROPA INTERIOR DE VERANO

PARA

Señoras y Caballeros.

SE HALLARÁ SIEMPRE DE VENTA,

A precios bajos,

EN EL ALMACEN DE

UNION ADAMS,

No. 637 Broadway,
NEW YORK.

UNION HOTEL
SARATOGA.

LELAND HERMANOS,
Propietarios.

MAQUINAS DE COSER

DE

GROVER Y BAKER

495 BROADWAY, N. Y.

Son las que han obtenido el premio mayor por

La Elasticidad y Fortaleza de su Puntada.

CELEBRES PIANO FORTES

CON PRIVILEGIO, DE LOS

HERMANOS DECKER.

LOS ALMACENES SE HALLAN EN LA

Calle de Bleecker, No. 91.

UNA CUADRA DE BROADWAY, NUEVA YORK.

Se hacen notables estos pianos especialmente por el volumen de su tono, la igualdad de su diapason, excelentes cualidades para el canto, riqueza y brillantez, soberbio estilo y poder de afinamiento que dura mucho mas de lo que dura en todos los otros pianos conocidos.



METEORO ÍGNEO EN EL MAR.—PÁG. 93

Swietenia.

La Swietenia da brillantez y lustro á los dientes, firmeza á las encías y gusto delicioso al paladar, al aliento un fragante perfume. Está preparada por un dentista que lleva mas de treinta años de práctica en Nueva York, el Dr. Morris Levett.

Agentes de la venta por mayor,

LANMAN Y KEMP,
69 Water Street,

NEW YORK.

Ldo. José A. Quintero,
NOTARIO PUBLICO,
30 calle de Camp,

NUEVA ORLEANS.

LA MAQUINA DE LAVAR Y EXPRIMIDOR LA UNION



Obtuvo la primera medalla en las Exposiciones de Europa y América.—Garantizada.—Lava perfectamente sin necesidad de remojar, restregar, machacar ó hervir. Los exprimidores se adaptan á toda clase de tinajas, y es lo mejor que se conoce. Se usan en los hoteles, conventos y en las casas particulares.

J. WARD & Co.,

23 Cortland Street, Nueva York.

B. F. HAYWARD,



FABRICANTE DE

Divisas Masonicas, de Odd Fellow, de Sociedades de Templanza y Militares.

Tienen tambien un surtido completo de joyas finas y baratas, cadenas de relojes, etc.

208 Broadway, New York.

ESCUELA DE SEÑORITAS,

Dirigida por Madama C. MEARS,

Situada en la Avenida de Madison, No. 224, ciudad de NUEVA YORK.

Se enseña inglés, francés y español y se admiten pupilas y medio pupilas. Las clases principian desde el 2 de setiembre y continúan abiertas hasta el 1 de julio. El que desee informes sobre esta Academia, puede dirigirse á los señores

IZNAGA DEL VALLE y CA.

En esta ciudad.



PIANOS.

Grandes, cuadrados y de escaparate, De WATERS.

Melodiones, Organos portátiles y otros instrumentos de música por mayor y menor. Se alquilan y se toma en cuenta el alquiler en caso de compra. Se venden pagando un tanto todos los meses. Tambien hay pianos de segunda mano cuyo precio varia de \$60 hasta \$225. Pianos nuevos de 7 octavas de \$275 para arriba. Se toman en cambio pianos usados y se compran de segunda mano. Fábrica y almacenes en el No. 481 BROADWAY, NUEVA YORK.

METROPOLITAN HOTEL

NUEVA YORK.

S. LELAND & CA.

Propietarios.

NOTICIA!

MAQUINAS DE COSER DE

EMPIRE LOCK STICH,

LAS ULTIMAS MEJORAS CON PRIVILEGIO.

No tienen igual en el trabajo, en la facilidad de manejarse, en su fortaleza, en su sencillez, en el poco ruido que hacen y en la belleza de su construccion. A los Agentes que compren para exportar se les hace una gran rebaja.

Dirijirse á EMPIRE SEWING MACHINE Co.

616 Broadway, New York.

E. STEIGER,

Agente de Periodicos Americanos y Europeos, Importador y Librero, Publicador e Impresor,

17 & 19 North William Street,
NUEVA YORK

Surtido de Libros Alemanes de todas clases.

Publicaciones baratas y Libros de Escuela.

AGENCIA ESPECIAL PARA LA

Coleccion de Autores Españoles.

Publicada por BROCKHAUS en LEIPZIG.

AGENCIA GENERAL DEL

"Weser Zeitung," "Koelnisch Zeitung"

Y otros Periódicos Alemanes.

Catálogos gratis.